

UAN

UTÓNOMA DE NUEV

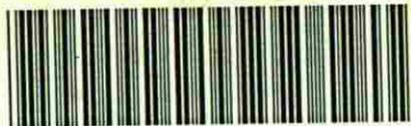
GENERAL DE BIBLIOTE

CC

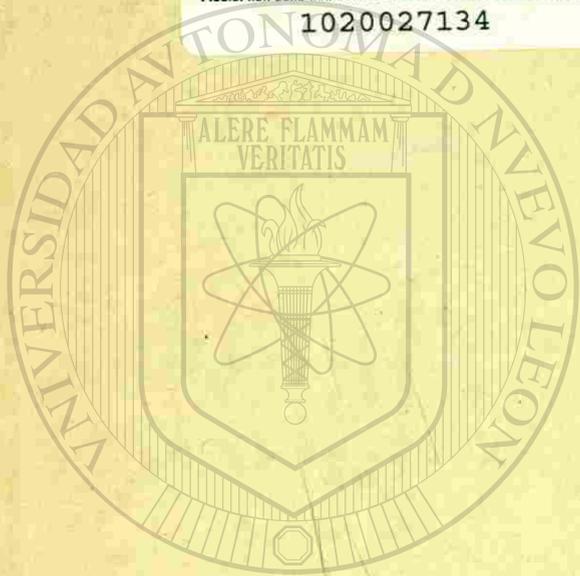
IRANDELLI
—••—
EL
CARNAVAL
DE LOS
MUERTOS

PO4835
.17
C381





1020027134

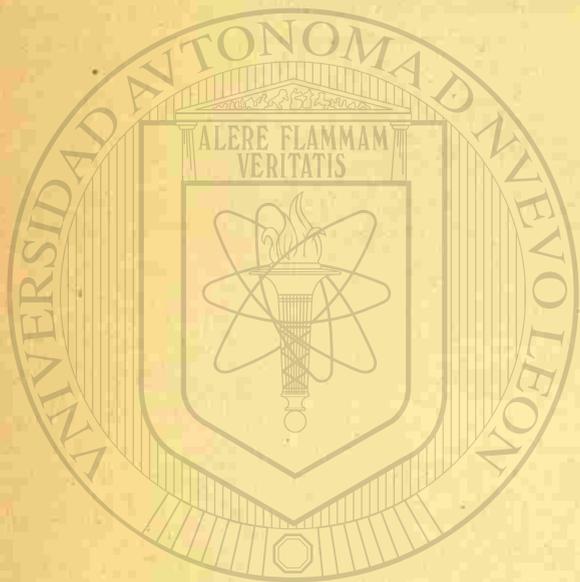


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL CARNAVAL
DE LOS MUERTOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas ^N
Núm. Autor P 661e
Núm. Adg. 31078
Procedencia -8-
Precio (R)
Fecha
Clasificac.
Catalogo

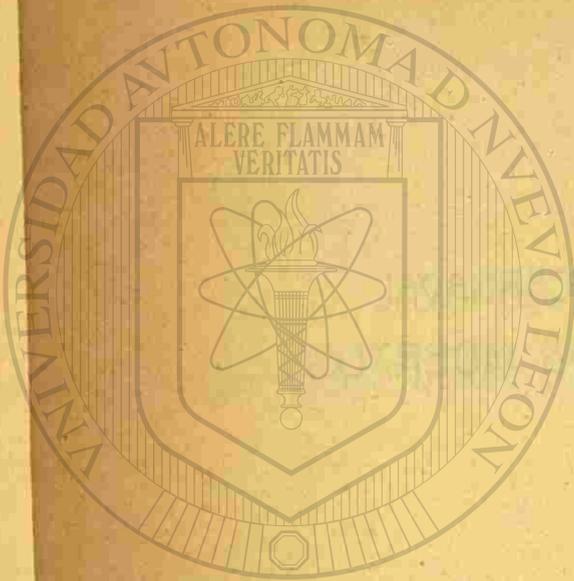
LUIS PIRANDELLO

EL CARNIVAL DE LOS MUERTOS

TRADUCCIÓN CASTELLANA

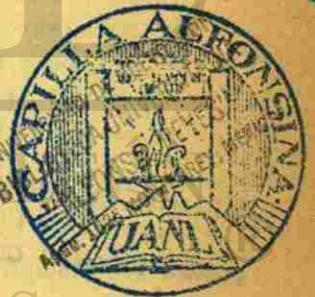
DE

ADELA CARBONE



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDITORIAL SEMPÉRÉ

Martí, C. C. - Valencia

85870

31078

Printed in Spain

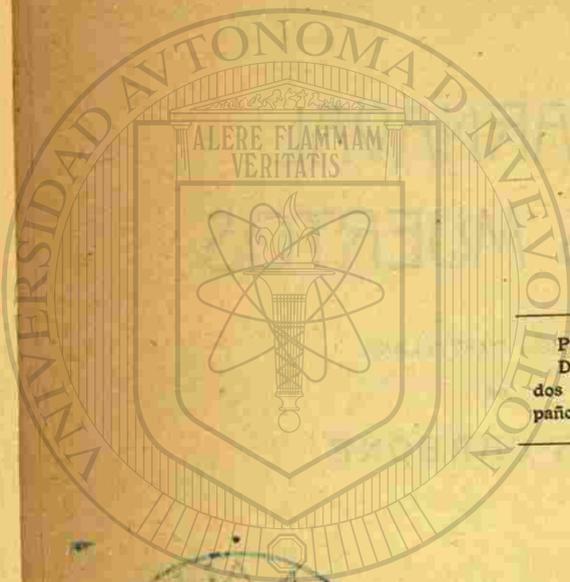
853

P.

Pa 4835

.57

C381



Propiedad.
Derechos reservados para todos los países de lengua española.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta Hijo de F. Vives Mora, Hernán Cortés, 8. - VALENCIA

De cómo Cirinció olvidóse por un momento, que era él

Entró callado, calladito, renqueando, con los ojos sombríos bajo la gruta de la frente arrugada. Entonces, en la sala—ya casi llena por la reunión del comité electoral, convocado en casa del candidato Laleva—volviéronse a mirarlo todos, casi no dando crédito a sus propios ojos.

—¿Don Ciccino (*) Cirinció?... ¿Era posible? ¿Quién le habría invitado?

Desde hacía muchos años no intervenía en nada, absorto y abismado en sus desdichas, a cuál más grave; la muerte de su mujer y la de sus hijos; la pérdida de la mina de azufre, con el fin de pleitos ruinosos que le habían seguido; y la miseria, que tal vez debió exhibir en público, con una dignidad menos lúgubre.

Algún amigo—de haber tenido siquiera uno—

(*) Los diminutivos de nombres propios se dejan como están en el original para conservar el carácter regional que preside el libro.—N. del T.

hubiera debido aconsejárselo, porque, tal y como la llevaba, resaltaba de un modo espantable aquel evidente sello de irrisión, con que la suerte, irónica, habíase recreado en marcar sus desventuras.

En efecto, su mujer, que dejó transcurrir veintiocho años sin darle hijos, había muerto, según parece, por haber dado a luz, muy cerca de la cincuentena, no se sabía a punto fijo el qué: unos decían, burlándose, que un perrito; otros, que una mona.

Y, añadían, que había perdido la mina por una coma, puesta insidiosamente en el contrato de arrendamiento. Y que cojeaba de aquella manera por una famosa aventura de caza, en la cual, en lugar del pájaro, había volado él, en unión del perro y de la escopeta, embestido, nadie sabe cómo, por las aspas de un molino de viento, abandonado en un collado de las tierras lejanas de Montelusa. Por cuya razón, desde entonces, se le conocía por don Ciccino Cirinció, «el del molino».

Puede que esta aventura (por lo menos tal y como se refería en el pueblo) no fuese cierta. El caso es que don Ciccino Cirinció, al oírse llamar «el del molino», se salía de sus casillas y decía que aquél era un pueblo de embusteros e imbéciles.

Ahora estos embusteros e imbéciles se maravillaban de su intervención en la reunión electoral.

¿Por qué se maravillaban?

¿Era tan difícil pensar que él debía—ante todo—eterna gratitud al abogado don Francisco Laleva, padre del actual candidato, el único, entre todos los abogados del foro, que le había defendido y ayudado con ocasión de sus pleitos por las minas de azufre?

Aquellos pleitos, en realidad, los había perdido; la ayuda, por tanto, había sido vana; mas ¿qué? El deber de la gratitud ¿no era para él igualmente sagrado? Y, además,—gratitud aparte—¿era tan difícil creerlo capaz de un sentimiento, que debía ser en aquellos instantes común a todos los caballeros, desgraciados o no desgraciados? ¡Caramba, el sentimiento de la dignidad de su propio país! ¿Era o no era ciudadano también él? Bien estaba que las desdichas fueran a cuenta suya, mas, como ciudadano, ¿no podía también indignarse con las desvergüenzas que, impunemente, cometía, desde hacía veinte años, el diputado saliente?

No hablaba; no había hablado nunca, porque las palabras se las lleva el viento. Pero ahora que había llegado el instante de obrar, sí, señores; allí lo tenían; se presentaba él mismo, sin que lo invitaran, para ponerse a la disposición del hijo de su antiguo y único protector.

Los congregados permanecieron un buen rato observándolo, escuchándolo, como atontados; luego se alejaron, mirándose unos a otros, a los

ojos, con aire consternado; alguno de ellos llevóse un dedo a la frente e hizo un gesto, como diciendo: —«Se le ha trastornado el cerebro, ¡pobrecillo!» Porque a todos les constaba que no era cierto, que no debía toda aquella gratitud al padre de Laleva. Sólo una vez, eso sí, Cirinció había consultado con don Francisco Laleva sobre el asunto de la mina; y entonces, no sólo no le había ayudado —ni menos aún defendido— sino que le había disuadido de meterse en pleitos.

A fuerza de razonar consigo mismo sus desdichas, quién sabe ¡pobre Cirinció! la interpretación que habría llegado a dar a los hombres, a las cosas, a todos los acontecimientos de su vida; y, qué papeles—en tal lejanos acontecimientos—atribuiría a presuntos amigos y a presuntos enemigos.

Tal vez fruto de esta dolorosa deformación de la realidad, tal y como todos la veían y la conocían; fruto de este retorcimiento de las cosas, en su cerebro atormentado, era también esta imprevisible entrada suya en el escenario de las luchas políticas. Quién sabe qué estrambóticas razones le habían inducido a presentarse allí, sin previa invitación, y qué representaría para él, en los misteriosos desvaríos, en las previsiones secretas de su espíritu conturbado, esta participación suya en la lucha a favor del hijo de don Francisco Laleva; qué enormes beneficios se prometería; qué tremendos peligros y responsabilidades imaginaba

afrontar... ¡Desde luego! Aquellos ojos que relampagueaban bajo la frente contraída; aquellos puños cerrados sobre las rodillas... ¡Pobre don Ciccino!...

* * *

Cirinció, en cambio, adoptaba aquella actitud, porque no acababa de explicarse los motivos de todo aquel asombro por su llegada.

Al verse observado, espiado desde lejos, con aquel aire de consternación, afligido y perplejo, comenzó a sospechar que no le quisieran admitir. ¿Es que, tal vez, no debería intervenir? ¿Habría interpretado mal, acaso, la invitación del Comité electoral?

Al fin, no pudiendo ya más, levantóse colérico, y, renqueando, se aproximó a preguntar a Laleva:

—Usted perdone; pero ¿es que debo marcharme? ¿Es que he hecho mal en venir?

—¡Ah, no! ¿Cómo?... ¿Por qué? ¿Qué dice usted, mi querido don Ciccino?—se apresuró a responderle Laleva.—Nos hallamos todos contentísimos—y yo particularmente—de su presencia. ¡Imagínese usted!... Siéntese, siéntese... ¡Un honor para mí; un verdadero gusto!...

¿Y entonces?—preguntóse a sí mismo Cirinció volviendo a sentarse.—¿Por qué me miran todos así?

¿Porque le creían obsesionado con sus desdi-

chas? Al revés; ellos eran los obsesionados, en cambio, al no admitir que pudiera substraerse a sus penas para participar, con los demás, en la vida pública, en las contiendas políticas de su país...

—¡Imbéciles! ¡Roña!

¡Ah! ¿Era eso, entonces, lo que creían? ¿Creían que un hombre, a quien le hubiesen ocurrido todas las desdichas que le habían ocurrido a él, no podía, no debía tener ya cabeza para pensar en ciertas cosas?... Como si dijésemos, que se hallaban más compenetrados que él mismo con sus desgracias, y que, aún riéndose de ellas, las consideraban más graves aún que él.

Y al verlo allí, entre ellos, como uno de tantos, ocupándose de las elecciones, lo estimaban, quizás, como un inconsciente ¿eh?... por lo menos; o, decididamente chiflado... ¡Sí, estaba bien claro! ¡Todos le miraban como se mira a un pobre loco!...

¿Habría cometido una ligereza al ir? ¿Su decisión de tomar parte en la lucha sería, en realidad, fruto de una imprevista enajenación mental?...

Cirinció miró fijamente, con crueles ojos, a esta incertidumbre surgida ante él de improviso, que le ponía en dudas sobre su razón, sobre la entidad real de sus desdichas, de la verdad de sus condiciones.

¿Habría algo en él que los demás veían y él no? Porque, en aquel momento, podría realmente afirmar que no entendía la razón de todo aquel

asombro de los demás ante su participación en la lucha; le parecía, en verdad, que como los otros, podía ocuparse de las elecciones, y que no había, en todo ello, nada de extraordinario.

Comprendía ¿sí o no? Sí que comprendía, ¡caramba!, comprendía muy bien todas las discusiones que se estaban haciendo entonces a su alrededor, sobre las mayores o menores probabilidades de triunfo, sobre la actitud de los varios partidos locales en este o en aquel pueblo del distrito, sobre el cómputo de votos favorables o contrarios. No era eso solo, sino que le parecía ver más claro que muchos la táctica que habría de emplearse con algún electorero, todavía neutral, en la contienda. De tal manera que, en un instante dado, olvidando la duda que lo había tenido hasta entonces agraviado, receloso y circunspecto, no pudo contenerse; se incorporó, tomó la palabra y brevemente, con la máxima claridad y sencillez, expresó su opinión, lo que él creía que debería hacerse.

Quedáronse todos mirándolo, con la boca abierta, más desconcertados que nunca. Era evidente que nadie llegaba a explicarse la posibilidad de que él, don Ciccino Cirinció, pudiese tener un concepto tan claro y tan justo.

¿Era posible? Y no obstante, sí; era precisamente aquel recurso el que había que intentar: había que hacer precisamente lo que él decía.

Tres, cuatro veces, durante la larga, animadí-

sima discusión, se renovó el general desconcierto, ante la recta providencia, el acierto de los consejos, la sutileza de los recursos insinuados. ¡Parecía mentira! Señores míos, don Ciccino Cirinció... Pero ¡si hablaba muy bien! ¿Quién lo hubiese creído? Un orador... ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Viva Cirinció!

Quedó aún más desconcertado que los otros, al final; porque, de una parte, no creía en realidad, haber dicho cosas tan extraordinarias para suscitar tal estupor, tan fervorosa admiración, tanto aplauso; y, de otra, medio ébrio por aquellos mismos aplausos, hallóse designado por todos para un difícilísimo puesto de combate en Borgeto, pueblo del distrito que se consideraba como la ciudadela inexpugnable del partido contrario.

Trató de retroceder, con el pretexto de que no conocía a nadie, de que no había estado nunca allí; dijo también que no eran empresas para él; que había hecho una exposición así, en abstracto, de su manera de ver; pero que, al llevarlo a la práctica, se perdería.

No quisieron ni siquiera escucharle, obligándole a aceptar el puesto de combate; y, así, a la mañana siguiente, don Ciccino Cirinció, provisto de medios pecuniarios y de algunas cartas de presentación, partió para Borgeto.

¡Y, milagros, milagros llegó a hacer en opinión de todos! ¡Verdaderos milagros! En los quince días que precedieron a la elección, cambió totalmente la posición de Lavea en aquel pueblo.

¿Cómo? ¡Nadie lo supo nunca!

¿Fue la necesidad de alcanzar y tocar una realidad cualquiera en aquel extraño vacío, a que aquella inesperada y rara aventura le arrastraba? ¿Fue la necesidad de ver, viva y activa, su propia realidad, puesta en duda por él mismo, antes de partir, entre el asombro de los congregados, allá, en casa del candidato o aquí, ahora, en el vacío, airoso y leve, en el que tantos aspectos nuevos se le aparecían como en un ensueño? ¿O fue el irrumpir de tantas energías, latentes e ignoradas, durante años y años oprimidas en él, ahogadas, por la pesadilla de las desventuras, intactas energías juveniles que lo hubiesen llevado quién sabe dónde, quién sabe a qué empresas, a qué triunfos, si su vida no se hubiese desenvuelto y encerrado, en el luto de aquellas desgracias?

El caso es que obró verdaderos milagros allí, en aquella ciudadela del partido contrario, considerada como inexpugnable, donde nadie le conocía, y ¡quién sabe, si, porque nadie le conocía!

Cierto es que el hecho de ser absolutamente desconocido contribuyó muchísimo a que Cirinció se olvidase, por entero, de sí mismo.

Ningunos ojos familiares, con una opaca mirada de irrisoria conmiseración, se le opusieron, ni por un sólo instante, al ardor con que, desde los primeros momentos, se lanzó a aquella empresa; ni le hicieron volver en sí, mientras se daba por entero, presa de aquellas insospechadas energías desencadenadas súbitamente en él, que le arrastraban, ora haciéndole afrontar, impertérrito, a los adversarios y forzándolos a discutir, a reconocer primero las faltas y la ignorancia, luego la vergüenza de su anterior diputado; ora animando a los titubeantes; aquí, a desvanecer una insidia; allí, a presidir un comicio, desafiando al contrincante, aunque fuese el propio diputado saliente o, a quien por él se le opusiera, y al pueblo entero en masa.

Cosas que jamás hubiera supuesto, no ya poder decir, sino ni siquiera poder remotamente pensar, se le venían a los labios, espontáneas, con una abundancia y facilidad de palabra, una eficacia de expresiones, que a él mismo le pasaban, como si una nueva vena de vida, hubiese brotado en su sér, comenzando a fluir, urgente e impetuosa. Todo lo cogía al vuelo, todo lo comprendía al más insignificante gesto, como un rayo; y cada cosa, una vez adquirida, aun apareciéndole nueva y reciente, se le hacía conocida y propia; adueñábase de ella con aquellas fuerzas vírgenes, que no habían podido jamás expansionarse en él y que, ahora, le hacían ágil y confiado en la victoria, como un muchacho.

Una especie de frenesí hervía en todos cuantos le rodeaban, cada vez en mayor número; mas ninguno podía ya secundarle en aquella tumultuosa agitación que no le daba ni un instante de tregua.

Cirinció no recordaba ya ni su cojera... ¿Cómo?... Sí, sí; la pierna derecha un poco... ¡Pero ya no le dolía! ¡Adelante! ¿Los años? Sesenta y dos, sí... Pero ¿qué era eso? ¡Adelante! Era como si comenzase ahora a vivir... ¡Adelante! Allí, por el momento, había que acudir, primero, a amenazar a aquel teniente de alcalde con la denuncia por las cien cédulas retenidas a los socios del círculo obrero; después, a comprobar la tentativa de corrupción del señor alcalde; la compra de cincuenta votos, a diez liras cada uno. ¿Cómo comprobarlo? Los testigos ¡caramba! El se encargaría de que confesasen aquellos aldeanos en presencia de un notario, él, él... ¡Adelante!

Llegó así al día del triunfo que parecía otro, absolutamente otro, vuelto a crear en aquella aurea de popularidad, entre gente nueva, en un pueblo nuevo, tomado al asalto, vuelto de arriba a abajo y conquistado, en pocos días, como por prodigio. Y por la noche, radiante —tras la proclamación triunfal— se presentó en la amplia sala del Círculo cívico, donde se hallaba dispuesta una larguísima y espléndida mesa, en su honor: radiante, aun cuando aparecían ya, evidentes, algu-

nas señales de cansancio en la vieja careta olvidada...

* * *

Pero es el caso que iba recorriendo el salón, en espera de que se señalaran los puestos en la mesa, un hombrecillo, escualido y contrahecho. Un cráneo de marfil relucía bajo las luces y circulaba por la sala... Aun cuando, como tratando de ocultarse, tuviese la cabeza hundida entre los hombros huesudos, circulaba metiendo en todos los grupos la punta de su barbita aguda, amarillenta y descolorida, clavando en el rostro de éste, o de aquél, los ojillos brillantes, agudos como alfileres, que resaltaban, malignos, en la lividez del semblante.

Deteníase para repetir una pregunta con insistencia y era evidente que no recibía una sola respuesta satisfactoria; negaba con un dedo, se encogía de hombros como si exclamase: — «¡No, no! Si es imposible» — y alargaba el rostro, avanzando el labio inferior, como el que no acaba de persuadirse. Y se alejaba, volviéndose para mirar, de pasada y al soslayo, a Cirinció, con aquellos ojillos penetrantes.

Cirinció dióse cuenta de ello en seguida. Y hasta entre el fervor entusiasta de la acogida, desde el principio se sintió herido por aquellos ojos. Trató de esquivarlos, sumiéndose en la con-

fusión de la fiesta; mas por aquí y por allá, de cerca y de lejos, donde menos lo esperaba, sorprendía, de cuando en cuando, que le perseguían. Y, de improviso, se iba quedando helado, desconcertado, sintiéndose dominar todo él por un sentimiento obscuro que, rabiosamente impetuoso, le iba invadiendo con un tenebroso vértigo el cerebro. Se rehacía; mas advertía, íntimamente, que no le era ya posible afirmarse, que todo en su interior vacilaba, no sólo por la persecución de aquellos ojillos—de los que a fin de cuentas, nada tenía que temer,—sino porque... porque no lo sabía él mismo a punto fijo.

No era temor, no era vergüenza; mas sentíase como arrastrado por dentro a esconderse, a desaparecer de aquella fiesta, que le parecía ya fantasmagórica...

Demasiado ruido ¡ay, Dios!... Demasiado ruido...

Y dando una vuelta por el salón, como aturrido, con las manos hacía señas para que se quietasen.

Pero cuanto más insistía él en esta actitud, más se extraviaban los ojillos que le perseguían, acusando hasta el espasmo, una curiosidad dememente, una curiosidad ahogada ya en un estupor de loco.

Y, entonces, Cirinció fué presa de una violenta exasperación, que produjo el extraño efecto de que apareciese como cambiado de improviso.

Se repuso un instante, cuando todos le rodearon llevándose en triunfo para sentarlo a la cabecera de la mesa; mas una vez pasado el atropello de la busca de puestos, en cuanto todos se hallaron acomodados, Cirinció, dirigiendo a su alrededor una mirada, volvió a turbarse más que antes, y en su turbación permaneció como petrificado al ver muy cerca, a cuatro puestos de distancia, al hombrecillo que le miraba estupefacto, alargaba el cuello—eso es—hacia él, y alzaba una mano señalándole —con el índice tendido, como una pistola junto a uno de aquellos ojos diabólicos, como para tomar la mira—y le preguntaban:

—Usted perdone; ¿no es usted don Ciccino Cirinció?

No era por el nombre la pregunta. Los demás no podrían comprenderlo; pero él, Cirinció, lo entendió muy bien. Que él era don Ciccino Cirinció, se lo debían haber dicho y repetido cien veces. Mas era eso precisamente lo que el hombrecillo no acababa de explicarse, esto es, que don Ciccino Cirinció—aquél don Ciccino Cirinció que, tiempo atrás, había conocido—fuese precisamente este mismo que ahora tenía delante... ¿Este? ¿Era posible?

—«¿El del molino?»

Sí, sí, el del molino... ¡Tenía razón!... ¡Parecía imposible!—Cirinció, ahora, de repente, lo reconocía también.

¡Parecía imposible! No le parecía menos imposible a él mismo, que «el del molino»—él, precisamente él—pudiera hallarse allí, en aquella fiesta y hubiese podido hacer, todo cuanto había hecho, sin saber ya el por qué...

¿Qué le importarían a él, en efecto—ahora que con los ojos de aquel hombrecillo volvía a entrar en sí mismo, con todas sus desdichas y su miseria—qué le importan a él los triunfos de Lavea, las indignidades del diputado derrotado?

Los comensales, viéndole palidecer de improviso, ensombrecerse, creyeron, al principio, que era efecto de una momentánea fatiga y trataron de reanimarlo con felicitaciones y estímulos; mas se quedaron yertos al escuchar unos estúpidos y arrastrados: «—¡Ya... ya!...» —pronunciados a manera de contestación y que revelaban ausente, lejano, a mil leguas de la fiesta, el espíritu de aquel hombre.

Y, cuando al día siguiente, Cirinció partió de Borgeto, reconcentrado, fúnebre, respondiendo de mala manera a los saludos, todos permanecieron mirándose entre sí, no sabiendo explicarse las razones de aquel cambio tan imprevisto. Y muchos insinuaron la sospecha de que tal vez fuese un embrollón, un miserable impostor, que había ido allí a engañarlos...

El café nocturno

—¡Ay, pero si lo estaba diciendo! Usted que es un hombre pacífico... ¿ha perdido el tren?

—Por un minuto ¿sabe? Llego al andén y lo veo que se marcha.

—Claro. Es como para reírse, lo sé. Sólo me hubiese bastado no tener el estorbo de tantos paquetes y paquetitos... ¡Más cargado que un asno! Pero las señoras—encargos... encargos...—¡y no acaban nunca! Al bajar del coche necesité tres minutos, créame usted, para ir colocándome los bramantes de todos los paquetes entre los dedos: a dos paquetes por dedo.

—Debía ser gracioso... ¿Sabe usted lo que yo hubiese hecho? Los hubiera dejado en el coche.

—¿Y mi mujer? ¡Ah, sí, sí! ¿Y mis hijas? ¿Y todas sus amigas?

—¡Ah! ¿Por qué gritan? Pues me hubiese divertido de lo lindo.

—Tal vez porque usted ignore cómo se vuelven las mujeres cuando veranean.

—Pero, si lo sé... Precisamente porque lo sé. Dicen todas que no necesitarán nada.

—¿Eso sólo? ¡Son capaces de sostener que veranean por ahorrar! Luego, en cuanto llegan a uno de estos pueblecillos de los alrededores, cuanto más feo, más miserable y más sucio, más se empeñan en asombrarlo con sus galas más llamativas. ¡Ay, las mujeres, querido amigo! Por lo demás ¡si es esa su profesión!...—«¡Si te dieses una vueltecita por la ciudad, querido! Tendría verdadera necesidad de ésto... de aquéllo... Y podrías, también, si no te molesta... (—qué simpático es ese, si no te molesta—)... Y después, ya que estás allí, podrías pasarte por...» «—¿Pero cómo quieres, querida, que en tres horas haga todos esos encargos?». «¿Pero, qué dices? Toma un coche...». —Lo malo es, ¿sabe usted? que, como no pensaba estar más que tres horas, no me he traído las llaves de casa.

—¡Tiene gracia! ¿Y qué ha hecho usted?...

—He dejado toda aquella montaña de paquetes y paquetitos depositados en la estación; me marché a cenar a un restorán; luego, para desquitarme, me fui al teatro. ¡Se ahogaba uno de calor! A la salida, digo: ¿y qué hago? ¿Irme a dormir a un Hotel? Son ya las doce; a las cuatro tomo el primer tren; tres horitas de sueño no valen el gasto. Y me vine aquí. Este café no se cierra ¿verdad?

—No, señor, no se cierra. Entonces, ¿ha dejado

usted todos los paquetes depositados en la estación?

—¿No están seguros? Estaban bien atados...

—No, no digo eso. Bien atados sí lo estarán, con ese arte especial que tienen los dependientes de comercio para envolver lo que han vendido...

¡Qué manos! Una linda hoja de papel, grande, lustrosa... que da gusto sólo el mirarla... Tan suave, que sería cosa de posar sobre ella la cara para sentir la fresca caricia... La extienden sobre el mostrador y, luego, con desenvuelta habilidad, van colocando sobre ellas la tela leve. Con el dorso de la mano levantan primero uno de los extremos; bajan después el otro y le hacen, con graciosa ligereza, un plieguecito más, como un extra, por amor al arte; después doblan a uno y otro lado los triángulos y ocultan en la parte de abajo las puntas; alargan una mano a la caja del bramante; tiran de él desenrollando lo necesario para el paquete, y lo atan con tal rapidez, que no le dan a usted tiempo siquiera de admirar su habilidad cuando ya se lo presentan con la lazada dispuesta, sin tener usted más que introducir el dedo.

—Ya, ya; se ve que usted ha prestado mucha atención a los dependientes de comercio...

—¿Yo? Querido amigo, si me paso los días enteros, ¿lo cree? delante de los escaparates: de uno a otro... Soy capaz de estar en pie una hora, mirando hacia dentro, a través de un escaparate. Me olvido de todo. Me parece que soy—quisiera ser real-

mente—aquella tela de seda... aquél bordadito... aquella cinta, roja o celeste, que los dependientes, tras haberla medido con el metro, ¿ha visto usted lo que hacen? se la van envolviendo, como un ocho, entre el pulgar y el meñique de la mano izquierda, antes de empaquetarla... Me quedo mirando al cliente, o a la clienta, que salen de la tienda con el paquete suspendido de un dedo, en la mano, o bajo el brazo... Los voy siguiendo con los ojos, hasta perderlos de vista... imaginando— ¡ay, cuántas cosas imagino!—no puede formarse usted idea. Pero me sirve; me sirve eso...

—¿Le sirve? Perdona... ¿el qué?

—Agarrarme así, con la imaginación, digo... agarrarme a la vida, como una enredadera a una tapia, o a los barrotes de una verja. ¡Ah, no dejar jamás en reposo la imaginación... adherirme, adherirme con ella, continuamente, a la vida de los demás... Pero no a la de la gente que conozco. ¡No, no! ¡A esa no podría! Me produce un fastidio... Si usted supiera... ¡un asco...! Prefiero la vida de los extraños, junto a los cuales mi imaginación puede trabajar libremente, mas no a su capricho, sino teniendo en cuenta las más mínimas apariencias acechadas en cualquiera. Y, ¡si supiera usted cómo trabajo hasta que logro introducirme! Veo la casa de éste o aquél, vivo en ella, me siento en ella, hasta advertir... ¿Recuerda usted ese particular aroma que hay en cada casa, en la de usted, en la mía...? Pero en la nuestra no la

advertimos ya, porque es el ambiente propio de nuestra vida, ¿me comprende? Veo que dice usted que sí...

—Sí, porque... digo, debe ser un bonito placer, ese que usted siente, imaginando tantas cosas...

—¿Placer? ¿Yo?

—Eso es... me lo figuro...

—¡Nada de placer! Vamos, dígame usted. ¿Ha estado alguna vez en la consulta de un médico célebre?

—Yo, no. ¿Para qué? ¡No estoy enfermo!

—No, no; se lo pregunto, para saber si ha visto, en casa de estos médicos notables, la sala en donde los clientes aguardan turno, antes de entrar en la consulta.

—¡Ah, sí!... Tuve que acompañar una vez a una hija mía que padecía de los nervios.

—Bueno. No necesito saberlo. Digo, esas salas... ¿Se ha fijado usted bien, bien? Aquellos sofás, de tapicería oscura... anticuados...; aquellas sillas acolchadas, por lo general desiguales...; aquellas butaquitas... Son muebles comprados de ocasión, de saldo, que están allí para los clientes: no pertenecen a la casa. El doctor tiene para él, para las amigas de su señora, un salón muy distinto, rico, espléndido. ¡Quién sabe cómo desentona alguna de las sillas, de las butacas de ese salón, si la llevaran a la sala de los clientes, en donde basta este ajuar sencillo, decente... sobrio... este sofá, estas butaquitas de tela oscura

que, aunque resistente, se desgasta bien pronto por el uso excesivo y por la gente que acude a la consulta, ya se sabe, de toda especie!... Quisiera saber si usted, cuando fué con su hija, se fijó bien en la butaca, o en la silla, en que estuvo sentado, aguardando.

—Yo, no, verdaderamente...

—¡Ah, ya!... Porque usted no estaba enfermo... Pero es que hasta los mismos enfermos no se fijan, a veces abstraídos en su enfermedad. No obstante, cuántas veces, algunos, se quedan fijos, mirándose un dedo que va trazando signos vagos sobre el lustroso brazuelo de la butaca en que se hallan sentados! Piensan y no ven. Pero ¡qué extraño efecto produce cuando, al salir del consultorio y tener que atravesar la sala, nos volvemos a observar la silla en que, poco antes estuvimos sentados, en espera de la sentencia sobre nuestro mal oculto! Volver a verla, ocupada por otro cliente, también él con su oculta dolencia; o verla vacía, impasible, en espera de que otro vaya a ocuparla.

Pero ¿qué es lo que estábamos diciendo? ¡Ah, ya!... El placer de la imaginación... Quién sabe por qué he pensado de pronto en una de esas sillas de las salas de los médicos, donde los clientes aguardan el instante de la consulta.

—Sí... verdaderamente...

—¿No lo comprende? Yo tampoco. Es que ciertos recuerdos, tan lejanos entre sí, son tan

peculiares en cada uno de nosotros, y se determinan por razones y experiencias tan singulares, que no llegaríamos a entendernos si, al hablar, no nos prohibiéramos exponerlos. Nada más ilógico, generalmente, que estas analogías. Pero la relación tal vez, pueda ser esta; vea usted:—¿Tendrían gusto esas sillas en imaginar quién es el cliente que va a sentarse en ellas en espera de la consulta?—No lo tendrían. Pues yo, tampoco: ¡ninguno! ¡Llegan tantos clientes! Y ellas, las pobres sillas, se están allí, para que las ocupen. Pues bien, es una ocupación semejante a la mía. Ahora me ocupa ésto, ahora aquéello. En este momento me está ocupando usted y crea que no siento el menor gusto porque haya perdido el tren, porque su familia le esté aguardando en el pueblecillo donde veranea, por todas las molestias que puedo imaginar en usted...

—¡Oh, muchas!

—Pues dé gracias a Dios si no son más que molestias. Hay quien tiene algo peor, querido amigo. Ya le he dicho a usted que yo necesito agarrarme con la imaginación a la vida de los demás; pero así, sin gusto, sin verdadero interés. Por el contrario... para notar mejor el fastidio, para poder juzgar la vida, necia y vana, tanto, que no debe importar a nadie gran cosa el perderla. Y esto debemos demostrárnoslo a nosotros mismos ¿sabe? con pruebas y ejemplos, implacablemente.

Porque, amigo mío, no sabemos lo que es, pero lo tenemos, lo tenemos, lo sentimos todos aquí, como una ansia en la garganta; y es el gusto de la vida, que no se satisface nunca, que no puede satisfacerse jamás. Porque la vida, en el acto mismo en que la vivimos, es tan voraz de sí misma, que no se deja saborear. El sabor que conservamos vivo dentro, está en el pasado. El gusto de la vida nos viene de allá, de los recuerdos que nos sujetan. Pero ¿sujetos a qué? A esta tontería... a estas molestias... a tantas ilusiones estúpidas... a tantas insulsas ocupaciones.

Sí, sí. Esto, que es ahora una tontería...; esto, que es ahora un contratiempo...; diré más: esto, que es para nosotros ahora, una desgracia, una verdadera desgracia... sí señor, en el transcurso de tres, de cinco, de diez años, quién sabe el sabor que podrá adquirir... el gusto que tendrán estas lágrimas... Y la vida, ¡caramba! solo a la idea de perderla... especialmente cuando se sabe que es cuestión de días... ¡Mire, mire usted! ¿No ve?... ¡Allí, en aquella esquina!... ¿No vé usted una triste sombra de mujer?

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Quién es?

—¿No la ha visto? Ya se ha ocultado...

—¿Una mujer?

—Mi mujer, sí...

—¡Ah! ¿Su señora?

—Me vigila desde lejos. Y me dan deseos, créame, de ir a darle de puntapiés. Es como una

de esas perras vagabundas, obstinadas, que cuantas más patadas le da usted, más se le pegan a los talones. No puede usted imaginar lo que esa mujer está sufriendo por mí. Ya ni come, ni duerme... Va detrás de mí, día y noche, así... a distancia... ¡Y si se cuidase siquiera de cepillarse esa chancleta que lleva en la cabeza por sombrero! No parece ya una mujer, sino un pingajo. Se le han empolvado para siempre los cabellos, aquí en las sienas, y no tiene más que treinta y cuatro años... Me encoleriza de una manera, como puede usted imaginarlo. Salto hacia ella algunas veces y le grito en la cara: «¡Estúpida!», zarrandéandola. Se lo aguanta todo. Se queda mirándome con unos ojos... con unos ojos que, se lo juro, me hacen sentir aquí, en los dedos, un deseo salvaje de ahogarla. Nada, aguarda a que me aleje para comenzar de nuevo a seguirme desde lejos... Ya está allí, mire... asoma otra vez la cabeza desde la esquina...

—Pobre señora...

—Pero ¡qué pobre señora! Quisiera, ¿entiende usted? que yo me estuviese en casa, quieto, tranquilo, acurrucado entre sus más tiernos y apasionados cuidados... a gozar con el orden perfecto de todas las habitaciones... de la limpieza de los muebles... de aquel silencio de espejo que había antes en mi casa; midiéndome por el tic-tac del péndulo del reloj del comedor... ¡Quisiera eso! Y ahora le pregunto a usted, para que comprenda el

absurdo... ¡qué digo el absurdo! la macabra ferocidad de esta pretensión: ¿usted cree posible que las casas de Avezzano, las casas de Messina, de tener noticia del terremoto, que poco después había de derrumbarlas, hubieran podido estarse allí tranquilas, a la luz de la luna, ordenadas en fila, a lo largo de las calles y las plazas, obedeciendo al plano regulador de la comisión municipal? Casas, ¡caramba! de piedras y vigas y ¡hubieran huído! Imagínese usted los habitantes de Avezzano, los habitantes de Messina; desnudarse tranquilos para acostarse, doblar muy bien la ropa, poner los zapatos fuera en el pasillo, y, deslizándose bajo las mantas, gozar del candor fresco de las sábanas limpiísimas, con la conciencia de que, a las pocas horas, tenían que morir... ¿Le parece posible?

—Pero es que tal vez la señora...

—Déjeme usted acabar... ¡Si la muerte, señor mío, fuese como uno de esos insectos extraños, repugnantes, que cualquiera inopinadamente, descubre en nosotros...! Usted va por la calle; otro transeunte, de improviso, le detiene y, cauto, con dos dedos extendidos, le dice: —«¿Me permite usted? Caballero, usted lleva la muerte encima». Y, con aquellos dos dedos extendidos, le coge la muerte y la tira lejos de usted... ¡Sería magnífico! Pero la muerte no es como uno de esos insectos repugnantes. Muchos de los que pasean por ahí, ajenos y desenvueltos, la llevan tal vez encima;

nadie la ve; y ellos piensan, serenos y tranquilos, en lo que harán mañana o pasado. Pues bien, querido amigo; venga usted aquí... aquí, bajo este farol... Quiero enseñarle una cosa... Mire usted aquí, bajo el bigote... aquí; ¿ve usted qué linda mancha violácea? ¿Sabe qué nombre tiene esto? ¡Ah! Un nombre dulcísimo... más dulce que un caramelo: se llama «Epitelioma». Pronuncie, pronuncie... notará qué dulzura: «e-pi-te-li-o-ma»... Pasó la muerte, me dejó esta flor en la boca y me dijo: —«Consérvala, querido: ¡volveré dentro de ocho o diez meses!» Ahora dígame usted, si con esta flor en la boca, puedo estar tranquilo y quieto en casa, como aquella desgraciada quisiera. Le grito: —«¿Aún quieres que te bese?»—«¡Sí, bésame!»— ¿No sabe usted lo que ha hecho? La semana pasada, con un alfiler, se hizo un rasguño aquí, junto al labio, y luego me cogió la cabeza y quería besarme... besarme en la boca... Porque dice que quiere morir conmigo. Está loca. No, no me quedo en casa. Necesito estar tras los escaparates de las tiendas, admirando la habilidad de los dependientes. Porque si se me hace un instante el vacío dentro... podría hasta matar la vida en uno a quien no conozco... sacar el revólver y matar a uno que, como usted, por desgracia, hubiese perdido el tren... ¡No, no tema; amigo mío, hablo en broma! —Me marcho. Me mataría yo en un caso... Pero hay en estos días unos albaricoques tan ricos... ¿Cómo los come usted?

Con la cáscara, ¿verdad? Se abren por la mitad, se oprimen entre los dos dedos, largamente, como dos labios entreabiertos... ¡Ah, qué delicia!...— Salude usted a su distinguida señora y a sus hijas... Me las imagino, vestidas de blanco y celeste, en un lindo prado verde lleno de sombra... Y hágame usted un favor. Mañana, cuando llegue usted... Me figuro que el pueblecillo distará un poco de la estación... Al amanecer puede usted hacer el camino a pie. Coja la primer matita de yerba que halle en la cuneta... Cuento usted las hojas por mí. Tantas hojas como tenga, tantos días me quedarán de vida. Pero escoja usted una mata muy grande, se lo ruego. Buenas noches, amigo mío...

De la nariz al cielo

Los huéspedes—pocos, pero buenos—de la antigua fonda de la cumbre de Monte Alegre sentían, desde hacía una semana, la dicha que, en vano, habíanse prometido hasta entonces: oían la voz del senador Romualdo Reda.

—¡Al fin!

El ilustre químico, académico de los Lincei, hallábase desde hacía veinte días allá arriba; pero se había dejado ver bien poco y no había cambiado ni una palabra con nadie. No se encontraba bien; se hallaba cansado; hasta se llegó a decir que, últimamente, en Roma, le había dado un ligero vahído en la Sala de química, donde solía permanecer desde la mañana hasta la noche; que los médicos le habían obligado a que se tomase algún descanso, a interrumpir, siquiera por unos meses, los estudios que, viejo y todo, seguía con inflexible tenacidad y el mismo áspero rigor.

Con igual tenacidad, con igual rigor, tenía regularizada su vida. Solicitado con toda insisten-

cia por dos veces para que subiese, como suele decirse, al Poder, como ministro de Instrucción Pública, ambas veces había contestado con una rotunda negativa, no queriendo apartarse de sus estudios y de sus deberes de educador.

Sumamente bajo de estatura, casi sin cuello, con aquel rostro rasurado, achatado, como de cuero, con aquellos párpados hinchados, como dos bolsas, que le ocultaban las cejas; con aquellos cabellos largos, cenicientos, lacios y húmedos, que le ocultaban las orejas, tenía el aspecto de una criada vieja y chismosa.

Todos los días, al atardecer, bajaba a la terraza del hotel, seguido de un camarero que le llevaba un gran fajo de revistas, periódicos o algún libro; y, en una silla de extensión, de junco, sumergíase, durante algunas horas en la lectura, a la sombra de una majestuosa haya secular, que dominaba toda la cumbre.

Lo de majestuosa, es relativo; la haya parecía estar mortalmente aburrida de hallarse allí arriba, expuesta a todos los vientos, como si no supiese apreciar convenientemente el altísimo honor y la suerte que, en aquellos días, le había cabido al albergar bajo sus frondas copiosas, a tan ilustre personaje. Diríase que ni siquiera se daba cuenta.

Tampoco el hotel parecía hallarse orgulloso de albergarlo, y conservaba tranquilamente su aspecto, humilde y melancólico, de antiguo convento abandonado.

Pero el fondista... ¡ah! había que ver al fondista: había adquirido enseguida, para con los demás parroquianos, un estiramiento, un sosiego de diplomático. ¿Y los camareros?... También había que ver a los camareros; habíanse dado a prestar sus servicios de prisa y corriendo, con evidente desprecio, para dar a entender que no podían ocuparse más que a medias de los otros, ocupados como se hallaban al servicio de aquella personalidad.

El joven abogado y aficionado al periodismo, Torelo Scamozzi, se hallaba francamente asqueado, no tanto por él—afirmaba—cuanto por las señoras. Y amenazaba vengarse en los muchos periódicos de que se decía colaborador. Mas las señoras le rogaban, generosamente, que no se expusiera por ellas, que no se comprometiera y que se calmara.

Cuatro eran las damas; esto es, las Gilli, madre e hija; Miss Green, inglesita un tanto entrada en años, rubia y cerúlea, provista siempre de dolor de cabeza y de antipirina; y la mujer del doctor Sandrocca, atáxico y relegado perpetuamente sobre un sillón de ruedas.

Más prudente, mejor dicho, más práctico, el joven León Borisi dejaba a Scamozzi el gusto de hacer de paladín de las damas, y especialmente de la lindísima y vivaz Nini Gilli; y, por su cuenta, habíase dado a empujar el sillón del doctor Sandrocca por todos los senderos del monte, bajo los

castaños; a empujar el sillón con una mano y a estrechar con la otra, el talle de la esposa del notable doctor, que era una morenita rizosa, de naricita respigoncilla y ojillos ardientes, simpatísimos. ¡Oh! ¿qué es esto? ¡cuidado!: inocentemente, casi por distracción, a espaldas del marido, que reía, reía y hablaba y fumaba su pipa sin descansar un momento.

II

El milagro de hacer hablar al ilustre senador Romualdo Reda lo había logrado un nuevo huésped que, a su llegada, había hecho torcer la naricilla a las cuatro señoras y arrugar el hocico al fondista.

Mal compuesto, alto y grueso, siempre sudoroso, con la cabezota rapada y el cogote rebosando bajo la nuca, los lentes escurriéndosele, siempre ladeados, sobre la nariz de albondiguilla y aquellos ojos saltones—que parecían irlos buscando para mirar, obligándole a hacer con la cabeza unas volteretas sobre el cuello de lo más gracioso y que hacían pensar en un buey tratando de substraerse al yugo—el profesor Dionisio Vernoni no era, en realidad, como para inspirar confianza. Mas, al oírle hablar...

Tal vez en su interior, el profesor Dionisio

Vernoni sufría con las volcánicas confusiones de las muchas pasiones que encerraba en su pecho capaz; pero cuanto podía verse al exterior, daba risa, eso es. Risa, sí, sobre todo, porque con toda aquella montaña de carne sudada encima, era un incorregible idealista, un idealista que, aun a costa de la vida, no se avenía, no sabía, no quería avenirse, a la irritante renunciación de la ciencia frente a los formidables problemas de la vida, al cómodo (él decía villano) resguardarse del llamado pensamiento filosófico en los confines de lo cognoscible. Y espantaba, por aquí y por allá, con las dos manazas a las obstinadísimas moscas, que querían pegotearse contra su caraza sudada.

Viendo, bajo la haya, al senador, que muchos años antes había sido profesor suyo en la Universidad (todos los profesores de varias universidades habían sido maestros suyos, porque se había laureado tres o cuatro veces), Dionisio Vernoni, entre el estupor general y la indignación del fondista, corrió hacia él, y hasta llegó a echársele encima gritándole, con los brazos en alto:

—¿Usted aquí, querido maestro?

Y, casi en seguida, habíanse vuelto a encender, entre el antiguo discípulo y el antiguo maestro, las fervientes discusiones, famosas durante muchos años en la Universidad romana.

Fervientes por un sólo bando, se entiende: por el de Vernoni; porque el senador respondía seco y mordaz, con una sonrisita yerta en los labios,

que dejaba ver bien a las claras, cómo se dignaba conceder alguna respuesta a su estrambótico discípulo, sólo para divertirse con él.

Lo habían entendido muy bien los demás huéspedes, los cuales habían ido acercándose, poco a poco, para escuchar. Ahora, después de las comidas, asistían a aquel duelo intelectual bajo la haya, como a un verdadero recreo.

Todos soltaban la carcajada, de cuando en cuando, ante ciertas agudas, explícitas, contestaciones del ilustre senador, mientras Vernoni ora saltaba en pie con los ojos desorbitados, ora, suspenso, extendía sus dos manazas sobre el pecho, como tratando de contener una avalancha de precipitadas protestas.

La señora de Gilli y miss Green, no obstante, arrastradas a veces por el apasionado ardor con que el profesor Vernoni peroraba a favor de sus magnánimas y nobles teorías idealistas, aprobaban, involuntariamente, con la cabeza. Entonces el senador respondía con una agria vocecita irritada.

Y Vernoni, o se encogía de hombros o murmuraba con amargo desprecio:

—La yerba, entonces ¿eh?... ¡La yerba! Como si fuéramos borreguitos...

Niní Gilli, a estas palabras, prorrumpía en una irrefrenable carcajada, a la cual hacían eco todos los demás, mientras el senador miraba en torno suyo, como si no hubiese entendido bien, y preguntaba:

—¿La yerba? ¿Cómo la yerba? No comprendo... ¿Qué tiene que ver aquí la yerba?

—¡La yerba! ¡La yerba!—afirmaba, casi llorando de cólera, Vernoni.—Sí, señor, ¡la yerba!, ¡la yerba! ¿Cuál es para los borregos la única verdad que existe? ¡La yerba! La yerba que les crece bajo el hocico... Pero nosotros, ¡vive Dios, podemos mirar también a lo alto, ilustrísimo senador! ¡A lo alto, a lo alto, las estrellas!

La señora de Gilli y Miss Breen volvían a aprobar con la cabeza, con marcada evidencia ahora.

Y el senador entonces masculaba:

—También a lo alto... sí... sí... como dice Salustio...

—Como dice Salustio, sí, señor—le atajaba rápido Vernoni.—Pero también mirando hacia abajo, usted perdone—, al topo, señor senador: miremos al topo y sigamos la lógica de la naturaleza...

—¡Ah, no!

Y el senador Romualdo Reda, oyendo invocar a la naturaleza, inquietábase en serio, eso es: se incorporaba, golpeando con ambas manos en los brazos del sillón:

—Pero ¡vamos!, ¡hágame usted el favor!, ¡su lógica de usted, querido Vernoni! Es cosa de risa... ¡Dejemos tranquila a la naturaleza por compasión!

—Permítame, permítame...—apresurábase en-

tonces a explicar su contrincante adelantando las manos.—¿Puede ponerse en duda que la naturaleza tenga su lógica? Tenemos una prueba elocuentísima en su propia economía... ¡Déjeme usted decir, querido maestro! El topo... ¿Por qué tiene el topo tan débil el órgano visual? Pues porque ha de estar bajo tierra, ¿está claro! ¿Y el hombre? Permítame, ¿por qué podrá ver las estrellas el hombre? ¡Alguna razón habrá para ello!

Todos permanecían suspensos, por un momento, en espera de la respuesta del senador; pero éste entornaba los ojos fatigados, hinchados, movía la cabeza, entreabría los labios con una sonrisita de desdeñosa conmiseración, y dejaba a todos burlados, diciendo:

—«Gestit enim mens exillire ad magis generalia ut acquiescat: et post parvamoram fastidit experientiam. Sed haec mala de mun aucta sunt a dialectica ob pompas disputationum.»

—¿Bacon?—preguntaba el profesor Dionisio Vernoni, enjugándose el copioso sudor de la frente y de la nuca.

Y el senador:

—Bacon.

III

El caso es que una de aquellas mañanas muy temprano, todos los huéspedes del hotel se despertaron de improviso a los agudísimos gritos de la señorita Niní Gilli y a los de su madre.

¿Qué había ocurrido?

En un principio se dijo que la simpática Niní había bajado sola, al amanecer, a los matorrales del Conventito y había tenido un mal encuentro.

—¿Mal encuentro? ¿Cómo? ¿Había sido agredida? Pero nunca se había oído que entre los matorrales del Conventito hormigearan... ¡ah! ¿No se trataba de malhechores? ¿Qué encuentro, entonces?

La simpática Niní—o la Gillina, como la llamaban—había subido de los matorrales corriendo, corriendo, desfigurada, descompuestos los cabellos, gritando, presa de un terror demente. Ahora se debatía, arriba en su cuarto, en un terrible ataque de nervios.

¿Pero qué encuentro a fin de cuentas había sido aquél? ¿Qué le habían hecho? Los matorrales del convento hallábanse en la falda occidental del monte, espesísimos e intrincados. Matorrales, realmente, no eran, porque todos aquellos casta-

ños, aunque seguían delgaditos, habían crecido muchísimo, derechos como agujas: un bosque. Se llamaban del Conventito, porque en un breve claro del centro, había un pequeño convento antiguo, derruido y abandonado, con su iglesita al lado, cuyo misterioso interior entrevesase apenas, apenas, a través de las grietas del carcomido portalón.

Scamozzi, pálido, consternadísimo, incitaba a Borisi, incitaba a los camareros a que le siguieran, armados, a los matorrales, a ver. Pero a ver ¿el qué? ¡Si aún no se sabía nada de cierto! ¿Qué decía el senador Reda, que había acudido al cuarto de la señorita? Reda era médico también, aunque jamás había ejercido.

Solamente Dionisio Vernoni se hallaba dispuesto a seguir a Scamozzi. Mas éste no se fiaba y fingía no oírlo, no verlo.

Al fin, apareció Reda. ¡Uf, alabado sea Dios! ¡Sonreía!... ¿Qué ha sido?

—Nada, señores míos. Pueden estar tranquilos. Una leve psicosis... pasajera... Una crisis histérica, eso es todo. Pasará...

Pero el profesor Vernoni, avanzó cejijunto, descompuesto:

—¿Psicosis?—dijo—¿Abajo, en los matorrales del Conventito? ¡Si usted dice «psicosis», yo sé bien de qué se trata! ¡Lo sé todo, lo sé todo! ¡La señorita Gilli, ha visto! ¡La señorita Gilli, ha oído también!

Scamozzi, Borisi, el doctor Sandrocca, su mu-

31078

jer, Miss Green, volviéronse a mirarlo con la boca abierta:

—Había visto, ¿el qué?

—¡Pero no le hagan caso, por favor!—exclamó el senador.

—¿Alucinaciones, verdad?—gritó entonces Vernoni, en tono de burla y desafío.—Psicosis... crisis histéricas... ¿Y cómo se explica usted entonces que yo también,—sí, señores, yo también,—la otra tarde, hacia el anochecer, lo he oído... sí, señores, mientras estaba solo allí en el matorral, junto al Convento, una música... una música celestial, que partía de la iglesita... órgano y arpas?... ¡melodía divina!... No se lo dije a nadie; lo digo ahora porque estoy cierto de que también la señorita Gilli la ha oído... Me callé por vergüenza, ¡lo juro! ¡porque tuve miedo, sí, sí! miedo; y escapé a todo correr... ¡Ya no me avergüenza decirlo! Se me pusieron de punta...—los cabellos, no, porque ya no los tengo—; pero se me abrían las carnes... las carnes, sí...

—¡Vaya, haga usted el favor de acabar, señor mío!—le interrumpió en este punto el fondista notando el efecto que aquellas palabras iban produciendo en sus demás clientes.—¡Quiere usted arruinarme! Permítame usted; esas no son más que locuras. Nunca se ha dicho nada semejante; ¡nadie oyó nunca nada! Por fortuna se halla aquí S. E... digo, el ilustrísimo senador... una lumbrera de la ciencia... y también un ilustre doctor,

que... aunque enfermo, se ríe... ¿lo ven? se ríe y hace bien... ¡Es como para reirse, señor doctor! Una sencillísima crisis nerviosa...

—Histérica—corrigió el senador.

—Eso es, histérica... ¡y cuando él lo dice!—concluyó el fondista.—¡Nada de música! ¡de órgano! ¡de arpas! Vamos todos juntos al matorral... Haré servir a ustedes allí el almuerzo... Un lugar delicioso, segurísimo... Abriremos la iglesia... ya verán...

—¿Pero hay órgano en realidad?—preguntó la señora de Sandrocca.

—¡No lo hay!... Es decir... sí, hay y no hay...—respondió confuso el fondista.—Imagine usted, tras de tantos siglos, en qué estado... Puede que algún ratón... Vamos, es cosa de reirse... de reirse... ¿no es cierto, señores?

Y comenzó a reirse: y él sí, reía, y siguió riendo también el doctor Sandrocca, que reía siempre; mas no rieron los demás ni demostraron placer ante el ofrecimiento de almorzar allí en el matorral del conventito.

En cuanto al senador, volvió la espalda, desdenoso, y fué a tenderse en la silla de junco bajo la haya.

En esto, acudió en busca del fondista la señora de Gilli, apresurada y con insólita energía, aunque por la misma excitación se le hubiese como estirado una pierna.

No le satisfacía nada absolutamente aquella

declaración del senador, que parecía hecha de intento para no perjudicar al fondista.

Pero ¡qué crisis histérica, ni que!... ¡si su hija no había sufrido nunca de mal de madre! ¡Es muy fácil decirlo! Luego, lo dicho queda y... comentarios y maledicencias... nada... nada... ¡Las cosas en su puesto! La señora de Gilli quería que las cosas quedaran en su puesto; esto es, que todos supieran lo que había ocurrido; luego, saldar la cuenta y marcharse: en seguida, porque su pobre hija temblaba aún; temblaba como una hoja del susto; y decía que se moriría si permanecía allí una noche más.

Y la señora dióse a referir que la pobre Niní había oído verdaderamente tocar el órgano de la iglesia del Convento.

—¿Lo oyen ustedes? ¿Lo oyen ustedes?—exclamó entonces triunfante Dionisio Vernoni.

La señora se detuvo, como aturdida, mirándole y le preguntó:

—¿Usted? ¿Cómo?... ¿Cómo ha podido saberlo?

Y Vernoni:

—No, señora; no lo he sabido; ¡lo he supuesto! Estaba seguro; más que seguro; ¡porque también lo he oído yo!

Asombrada—y satisfecha, no obstante,—la señora de Gilli, juntó las manos exclamando:

—¡Ah, sí! ¿Usted también? ¿Lo están viendo? Y no será cosa de creer que el señor sufra también de mal de madre... como si dijéramos...

Dionisio Vernoni no dió tiempo a los demás para sonreír la afirmación, e insistió:

—¿Órgano y arpas?

—¿Arpas?... Arpas, no sé,—respondió la otra, aterrada por la manera con que Vernoni la miraba. —Niní dice órgano; y que permaneció maravillada en un principio... maravillada de que alguien hubiera ido tan temprano a tocar en aquella iglesia abandonada. No sospechó nada de extraordinario; tanto es así, que se aproximó para ver... y entonces... yo no sé, no sé precisamente lo que habrá visto... no acababa de explicarse bien... dice frailes... dice profesiones... velas encendidas...

La anciana señora de Gilli, dejó en suspenso el discurso llamada a toda prisa por una camarera ante un nuevo ataque de Niní.

Y entonces le llegó la vez al profesor Dionisio Vernoni, a quien todos se dirigieron instintivamente.

Y el profesor Dionisio Vernoni atacó en el acto con su habitual fervor; y comenzó a hablar de ocultismo y de medianismo, de telepatía y de apercebimientos, de aportes y de materializaciones, de plano astral y de teosofía. Y, ante los ojos de los asombrados oyentes, pobló de maravillas y de fantasmas la tierra, que el imbécil orgullo humano imagina sólo habitada por los hombres y aquellos pocos animales que el hombre conoce y utiliza. ¡Error gravísimo! Viven, viven en la tierra de vida natural, naturalísima como la nuestra, otros

seres, de los que, en nuestro estado normal no podemos, por defecto nuestro, tener percepción; sino que se revelan a veces en algunas condiciones anormales y nos llenan de espanto.

Seres sobrehumanos en el sentido de que se hallan más allá de nuestra pobre humanidad, pero naturales también, naturalísimos, sujetos a otras leyes que ignoramos nosotros,—o mejor, que nuestra conciencia ignora,—mas a las cuales, tal vez inconscientemente, obedecemos todos. Habitantes de la tierra no humanos, esencias elementales, espíritus de la naturaleza de todos géneros, que viven entre nosotros, en las rocas, en los bosques, en el aire, en el agua, en el fuego, invisibles, pero que llegan a veces a materializarse...

Irritado porque el senador Reda no entrara a discutir con él, para provocarlo, abandonóse de intento a los más fantásticos vuelos, a las más aventuradas suposiciones, a las más seductoras explicaciones; y, al fin, prorrumpió en una verdadera carga a fondo contra la ciencia positiva, contra ciertos llamados científicos que no ven una cuarta más allá de sus narices (repitió tres o cuatro veces esta frase): gélidos míopes presuntuosos, que querían obligar a la naturaleza a someterse a las experiencias, a los cálculos de sus gabinetes, bajo el cilicio de sus instrumentuchos y de sus míseros aparatitos.

El senador Romualdo Reda, callaba. Scamozzi, Borisi, Miss Green, la señora de Sandrocca, casi

amedrantados por la violencia agresiva de Vernoni, echaban de cuando en cuando una mirada para observarlo. Callado, impasible, Romualdo Reda permanecía tendido en su silla de extensión bajo la haya, con los ojos cerrados, como si durmiera. Al cabo de algún tiempo, cuando le pareció bien a él, se levantó, y sin decir nada, sin mirar a nadie, con dos dedos introducidos entre los botones del chaleco, se dirigió tranquilo y grave, aunque tan pequeñín, por el sendero que conducía a los matorrales del Convento.

—¡Bendito!—exclamó el fondista, mandándole un beso en la punta de los dedos.

Luego, volviéndose a Vernoni:

—Usted, señor mío, puede decir cuanto quiera: ¡es muy dueño! Pero, fijese: ¡la mejor respuesta es esa!

E indicó con la mano al senador, que desaparecía poco a poco, bajo los castaños.

IV

Quando ya cerrada la noche, el profesor Dionisio Vernoni y Torelo Scamozzi—que caballerosamente habían querido acompañar hasta la estación de Valdana a las señoras de Gilli y que, en Valdana habíanse entretenido todo el día—volvían afanosos y fatigados a la fonducha de la cumbre

del monte, hallaron a todos en la mayor consternación.

El senador Romualdo Reda no había vuelto aún del matorral del Conventito. Tras la medrosa aventura de Nini Gilli y las inquietantes discusiones que se habían sostenido aquella mañana, ¿cómo explicar aquel retraso tan prolongado del senador?

León Borisi se apresuró a informar a sus amigos: les dijo que ya habían mandado a dos camareros en busca del ilustre hombre, pero que habían vuelto sin haberlo encontrado; que luego, el dueño del hotel, no muy seguro de que los camareros hubiesen llegado hasta el mismo Conventito, había decidido ir él mismo acompañado de otro camarero, ¡y nada! Entonces se había supuesto que, indignado por las violencias de Vernoni, el senador hubiera podido atravesar todo el matorral y dirigirse a pie hasta el próximo pueblecillo de Sopri. Pero se envió a Sopri a un pinche del hotel para adquirir noticias y había vuelto diciendo que no había hallado rastro ni noticia alguna, a pesar—decía—de haber recorrido, de casa en casa, el pueblo entero.

—Por Dios—concluyó Borisi—no se presenten ustedes en el hotel, ¡especialmente, usted, señor Vernoni! El fondista tiene el diablo en el cuerpo; sería capaz de tirarse a su cuello...

—Quisiera verlo—añadió, sombrío, Vernoni—. Oiga usted, amigo mío: lamentaría que le hubiese

ocurrido algo grave al senador Reda. ¡Está enfermo del corazón! Pero una lecioncita... ¡un concierto de órgano no sabe usted lo bien que les sentaría a algunos sabios!

A poco, el fondista volvía de la cueva, con algunas hachas de viento, para intentar una última expedición al matorral y fingió no fijarse en la vuelta de Vernoni y Scamozzi.

—Señores—exclamó, casi con lágrimas en los ojos—si tuviesen ustedes la bondad de ayudarme... ¡A todos les invito! Comprenderán mi estado de ánimo ante semejante responsabilidad...

Aunque cansadísimos, Vernoni y Scamozzi no se lo hicieron decir dos veces. Los tres camareros y el pinche encendieron las hachas de viento, y, en marcha los ocho, en busca del pequeñísimo senador, perdido entre los altísimos y espesos castaños del monte.

Aunque dominados por la mayor consternación y animados por el mayor interés, todos cedieron a la inquieta curiosidad de observar el efecto extraño, fantástico, del matorral nocturno al rojizo y humeante fulgor de las antorchas. A cada paso proyectaban sombras colosales. Todos aquellos tallos esbeltos, rectos, lanzados contra el cielo, se teñían de sangre; y, ora por un instante, parecía que se iban colocando en filas a un lado y otro, en la profundidad del bosque, ora parecían arremolinarse y juntarse. Y el crujir de las hojas secas y el chillido lejano de las ardillas, puestas

en fuga y el de los pájaros, herían los sentidos, notablemente agudizados, de aquellos improvisados exploradores nocturnos.

Varias veces el fondista propuso el desbandarse, aunque fuese de dos en dos, por el matorral, pues creía inútil buscar al senador por el sendero que conducía al Convento. Mas ninguno lograba separarse del otro, por instintivo horror, por no sentir a solas el asalto de aquellas insólitas, violentas impresiones.

Cuando llegaron al Convento todas las miradas se dirigieron hacia el portalón carcomido de la iglesita. Un calorfo recorrió a todos por la espalda cuando el fondista se aproximó y con una mano lo empujó varias veces.

— ¡Está cerrado!

Scamozzi y Vernoni propusieron rebuscar entre las ruinas del Convento; mas el fondista aseguró que ya lo había hecho él con el mayor detenimiento. Por el matorral, por el matorral era por donde había que buscar bien, porque, tal vez, el senador habíase internado entre los árboles y luego no había hallado salida. Eran ocho y tenían cuatro antorchas; por lo tanto, de dos en dos ¡paciencia! una pareja aquí, otra allí, en lo más intrincado, despacito, con el mayor detenimiento...

Así lo hicieron; y la exploración duró cerca de una hora; alguna antorcha se apagó y costó mucho volverla a encender; después el horror mismo del sitio, el cansancio, comenzaron a inspirar en

unos suposiciones menos hoscas, a engendrar, en otros, desconfianza en el éxito de la empresa. Se dieron voces, se reunieron en el sendero, del que ninguna de las parejas se había apartado mucho, y terminaron por convenir todos en la desesperada dificultad de aquella rebusca nocturna. Tanto más, cuanto que las antorchas estaban ya medio acabadas.

¡Mañana, mañana temprano, con luz!

Y a la mañana siguiente, en efecto, al amanecer, reanudaron las pesquisas. Los ocho de la noche anterior, comenzaron entonces a buscar cada uno por su cuenta y el matorral fué investigado todo él, en todos sentidos, sin fruto alguno.

Al fin, ¡un grito! Venía del claro en que estaban las ruinas del Conventito.

Acudieron todos angustiados, jadeantes.

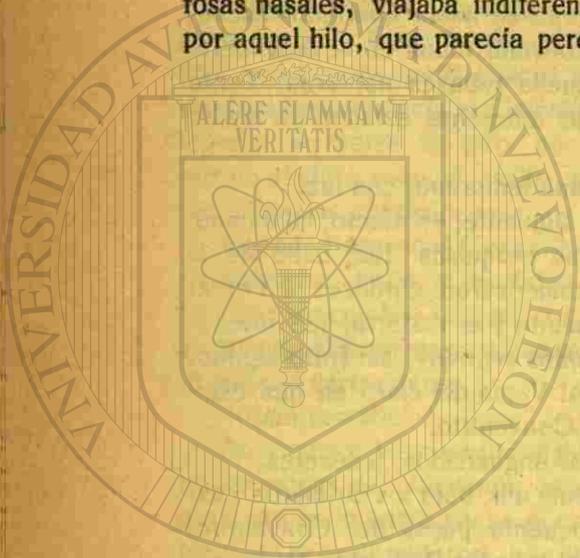
Allí, precisamente allí, bajo los primeros castaños, a unos cincuenta pasos del Conventito, yacía el cadáver del senador Romualdo Reda, pequeñín, pequeñín, tendido hacia arriba, sin ninguna señal de violencia, sino por el contrario, como si alguien lo hubiese preparado para el sueño eterno, con los pies juntos y los bracitos extendidos a lo largo de la minúscula persona.

Quedarónse todos demudados, mirándolo.

Desde lo alto de las coronas de los castaños, pendía un sutilísimo hilo de araña, que se había posado en la punta de la nariz del diminuto senador.

No se veía el fin de aquel hilo.

Y, desde la naríz del senador una arañita, casi invisible, que parecía había salido de las propias fosas nasales, viajaba indiferente, arriba, arriba, por aquel hilo, que parecía perderse en el cielo.



Las tres

Perdido en un traje viejo de su amo, que le venía ancho por todas partes, Balaró subió corriendo desde el jardín, sacudiendo y agitando al aire, en lugar de las manos, las mangas:

—¡María Santísima! ¡María Santísima!

La gente se detenía en la calle.

—¿Qué ha ocurrido, Balaró?

Ni se volvía siquiera; proseguía corriendo hacia arriba, hacia arriba, gesticulando, hacia el palacio del barón, y repetía a cada paso:

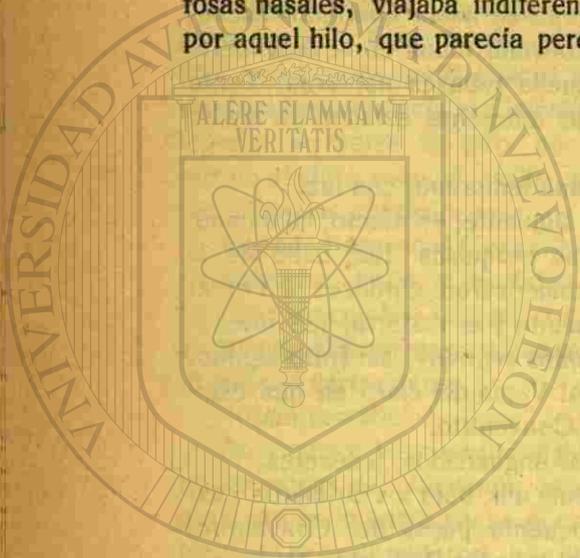
—¡María Santísima!

Inflado, hasta estallar, por la noticia que, a toda prisa, llevaba a la baronesa, con aquella exclamación tomaba aliento. Y se apartaba, se arrancaba con rabia de cuantos querían interponérsele para detenerlo.

La carrera, el esfuerzo para contenerse, la misma enormidad de la noticia, acabaron por aturdirlo de manera que, en cuanto entró en el palacio, fué presa de una especie de vértigo; cayó

No se veía el fin de aquel hilo.

Y, desde la naríz del senador una arañita, casi invisible, que parecía había salido de las propias fosas nasales, viajaba indiferente, arriba, arriba, por aquel hilo, que parecía perderse en el cielo.



Las tres

Perdido en un traje viejo de su amo, que le venía ancho por todas partes, Balaró subió corriendo desde el jardín, sacudiendo y agitando al aire, en lugar de las manos, las mangas:

—¡María Santísima! ¡María Santísima!

La gente se detenía en la calle.

—¿Qué ha ocurrido, Balaró?

Ni se volvía siquiera; proseguía corriendo hacia arriba, hacia arriba, gesticulando, hacia el palacio del barón, y repetía a cada paso:

—¡María Santísima!

Inflado, hasta estallar, por la noticia que, a toda prisa, llevaba a la baronesa, con aquella exclamación tomaba aliento. Y se apartaba, se arrancaba con rabia de cuantos querían interponérsele para detenerlo.

La carrera, el esfuerzo para contenerse, la misma enormidad de la noticia, acabaron por aturdirlo de manera que, en cuanto entró en el palacio, fué presa de una especie de vértigo; cayó

sobre sus nalgas, entre atónito y desvariado, hablando voz apenas para anunciar:

—El se... señor barón... corr... rred... le ha dado un vahido... en el jar... jardín...

A este anuncio, la baronesa, doña Victoria Vivona, quedóse en un principio como fulminada. Con la boca abierta, los ojos extraviados, llevóse lentamente las manos a los cabellos y comenzó a rascarse la cabeza. De repente saltó en pie todo lo alta que era, lanzando un grito tal, que por poco no tiemblan los muros del antiguo palacio baronial o saltan, hecotos añicos, los cristales de las amplias ventanas. Acto seguido, dióse a agitar precipitadamente las manos ante su boca, como si quisiera disipar o echar hacia dentro aquel grito; después las volvió, extendiéndolas, indicando que se cerrasen todas las puertas y chilló ahogando la voz:

—¡Por compasión, por compasión que no lo oiga Nicolina! ¡Tiene el niño al pecho! ¡El chal... dadme mi chal!

Y tembló toda ella en el vientre y en los enormes pechos, llevándose nuevamente las manos a los rudos cabellos enmarañados, color cobre, alargando la amarillenta caraza, maculada de grandes pecas.

—Balaró, ¿ha muerto? ¡Oh, Madre Santa! ¡Oh, San Francisco de Paula, santo protector mío! ¡No me lo hagas morir! ¡No me lo hagas morir!

Al decir esto, trató de sacar del pecho la medalla del santo; no logrando desabrochar la aber-

tura con los dedos temblorosos, desgarró la blusa; sacó la medalla y comenzó a besarla, a besarla, entre sollozos entrecortados y las lágrimas que le corrían de los ojos bovinos; hasta que llegaron las criadas y una de ellas le echó encima un chal negro, de lana.

Seguida de éstas y precedida de Balaró, con la carga de los muchos refajos subidos hasta media pierna, bajó, bamboleándose, las escaleras del palacio, y durante un buen trecho, olvidando bajarse las faldas, atravesó las calles de la ciudad con las informes pantorrillas descubiertas dentro de las gruesas medias aldeanas de algodón azul, y el cuerpo del vestido desgarrado y los pechos temblequeantes a la vista de todos, con la medalla apretujada en la mano, gimiendo con su voz hombruna:

—¡San Francisquito de Paula, santo protector mío, cien cirios para tu iglesia! ¡Concédeme esa gracia! ¡Concédeme esta gracia!

Balaró, el mensajero, aligerado ya del peso de la noticia, casi refa—tan necio era—por la satisfacción de ser considerado como uno de casa en ocasión tal, que atraía la curiosidad de las gentes. A todos respondía:

—Vahido, vahido... nada. Un ligero vahido al señor barón. ¿Dónde? En el jardín de Filomena.

—¿En el jardín de Filomena?

Y todos se daban a correr juntos, sin asombrarse de que la baronesa de Vivona se dirigiera

a ver a su marido allí, al jardín de la tal Filomena, que durante tantos años había sido públicamente la amante del barón y junto a la que—ya como un buen amigo—solía pasar, aún, dos o tres horas de la tarde, amoroso de las flores, del huerto, de los melocotoneros y granados, y de aquel trocito de tierra regalado a su antigua amante.

¡Agua pasada!... De otras cosas hubiese podido asombrarse la gente si la baronesa no hubiera sido la enorme mujer que era y con sus actos no hubiese quitado a todos, desde mucho antes, no ya la razón, sino la posibilidad del asombro.

* * *

Diez años atrás, próximamente, el barón Francisco de Paula de Vivona había subido hasta un pueblo serrano, a pocos kilómetros de la ciudad, con la escolta de toda su noble parentela a caballo.

Era rey de aquellos lugares un antiguo síndico que había tenido la suerte de hallar en las alturas de una de sus tierras estériles, abrupta, trazas esquistosas de una de las más ricas minas de azufre de Sicilia, acertadamente cedida, desde un principio, en inmejorables condiciones, a un arrendador belga, que había ido a la isla con intención de colocar, provechosamente, capitales, por cuenta de una sociedad industrial de su país.

Sin un dolor de cabeza, el síndico, había acu-

mulado así, en unos veinte años, una fortuna extraordinaria, de la que él mismo no había sabido darse cuenta exacta, pues había seguido viviendo en el campo, entre sus bestias, como antes, con sus aretes de oro en las orejas y vestido de pana como un aldeano.

Habíase edificado, eso sí, una hermosa casa, junto a la antigua granja; mas se movía en ella torpemente, desorientado, cuando a la noche, tras las labores campestres, iba a reunirse con su hija única y con una hermana más vieja y más rústica que él, y tan ignorantes ambas, y despreocupadas de su fortuna, que aún seguían vendiendo los huevos de sus innumerables gallinas, ante la verja, a las mujerucas que se dirigían después con las cestas a revenderlos a la ciudad. Una vieja hermana suya era, además, medio idiota desde muchacha, tanto que, en la iglesia, durante las funciones, cada vez que oía nombrar a San Pedro, no podía contenerse y por tres veces, gritaba: «kikirikí».

Victoria, la hija—o «Victó», como la llamaba su padre—, de cabellera rojiza y de gigantesca estatura como la madre, muerta al darla a luz, hasta los treinta años no había tenido ni un solo pensamiento para sí, abstraída, como su padre por el campo, por el gobierno de la granja, por la venta de las cosechas, amontonadas en los amplios graneros polvorientos, de los cuales llevaba las llaves colgadas en la cintura; tostada por el sol, sudada, con hebras de paja entre las greñas.

De semejante estado habíala redimido, para llevarla a la ciudad, con el título de baronesa, don Francisco de Paula Vivona, gran señor arruinado y buen mozo, que se había valido de los últimos restos de su fortuna para comprarse una magnífica cola de pavo real, esto es, el prestigio de una pomposa apariencia, merced a la cual era por todos admirado y obsequiado, y llamado en toda ocasión al honor de representar al pueblo que, más de una vez, le había elegido alcalde y hubiera anhelado elegirlo diputado, si él, pagado con dominar en la ciudad, no hubiese opuesto siempre una rotunda negativa.

Doña «Victó» quedóse deslumbrada desde el primer momento. Comprendió enseguida por qué aquel hombre tan guapo, esplendoroso como un sol, la había pedido en matrimonio. Y, en lugar de afrentarse, había estimado justísimo que una mujer como ella pagase, aun a costa de mucho dinero, el honor de llegar a ser—aunque de nombre sólo—baronesa y esposa de un hombre como aquél. Y no era eso únicamente, sino que estimaba más que justo también, no pretender su fidelidad, porque, naturalmente, un hombre como él, no podía contentarse, en modo alguno, con lo que una mujer como ella podía darle.

Durante los diez años de matrimonio había acogido siempre como una verdadera merced cualquier mirada bondadosa, cualquier palabra amable.

—¡Cicciuzzo (1) es barón! ¡Cicciuzzo es un hombre fino! ¡Cicciuzzo no puede dormir conmigo!—decía a las criadas que le preguntaban el motivo de que, siendo la esposa, se aviniera a dormir separada de su marido—. Cicciuzzo, el barón, duerme como un ángel; yo duermo, en cambio, con la boca abierta y ronco demasiado fuerte, y Cicciuzzo no lo puede aguantar; ¡hijito mío!...

Absolutamente convencida de no llegar a bastarle, de no tener en sí nada para atraer, no ya el amor, sino la consideración siquiera de aquel hombre tan guapo, tan grande, tan fino, satisfecha y orgullosa de su bondad, no se preocupaba de las infidelidades de él, mas que por el hecho de que pudieran serle perjudiciales a la salud. Que todas las mujeres anhelasen su amor, era, por el contrario, una cosa que excitaba su amor propio, casi una satisfacción, porque, en fin de cuentas, la mujer propia era ella ante Dios y ante los hombres; la baronesa era ella y eso le bastaba. Había podido comprarse ese honor y las otras no. No había más que hablar.

Sólo una cosa le amargó durante aquellos diez años: no haber podido darle un hijo a Cicciuzzo, el barón. Pero cuando últimamente supo que Cicciuzzo había logrado tenerlo con otra, con una muchacha llamada Nicolina, hija del jardinero

(1) Francisquillo.

que había plantado y cuidaba el jardín de Filomena, habíase consolado mucho, y tanto había dicho y tanto había hecho, que, desde hacía dos meses, Nicolina, con su hijo, habíase instalado en el palacio, y ella la servía tiernamente, no sólo en atención hacia aquel angelito, que era el propio retrato de su padre, sino porque una viva ternura habíase apoderado de ella enseguida hacia la buena muchacha, tan tímida, tan tímida y tan bonitilla, que, seguramente, se había dejado seducir, la pobrecita, por aquel bribón de Cicciuzzo, el barón, llevada solamente de su inexperiencia y de las malas artes de Filomena. Quería compensarla del placer que le había proporcionado dando al mundo aquella criaturita, durante tantos años anhelada, en vano, por el barón. Poco le importaba que se lo hubiese dado otra. Lo importante era esto: que allí estaba y que era hijo de Cicciuzzo.

La misma bondad, cuando es excesiva, llega a agobiar, y Nicolina se hallaba agobiada. Mas doña «Victó», indicándole el niño que yacía en su falda, riendo y palmoteando le gritaba:

—¡Tontona, no llores! ¡Mira, en cambio, lo que has sabido traer!... ¡Qué hermoso es! ¡Santo amor mío! ¡Qué fino! ¡Hijito de mi alma! ¡Mira cómo me sonrío!...

Gran golpe de gente se había estacionado ante la puerta del jardín de Filomena. Al distinguirla,

desde lejos, la baronesa y las criadas comenzaron a lanzar grandes gritos.

El barón había muerto y se hallaba tendido en un colchón, fuera de la casa, ante un kiosquito recubierto de árboles. Tal vez la excesiva claridad le desfiguraba. Parecía violáceo, y los rubios pelos del bigote y de la barba, partida por medio, parecían hallarse apelotonados y ralos, ralos en las mejillas, en el labio, en la barbilla, como los de una careta de carnaval.

Los globos de los ojos, endurecidos y extrañados bajo los párpados lívidos, tirantes; la boca, contraída, como en una mueca de risa. Abejas y moscas revoloteaban, insistentes, junto al rostro y las manos.

Filomena, prosternada, con la cara en el suelo, gemía su dolor y las alabanzas al muerto ante una compacta valla de gente, muda, inmóvil, alrededor del colchón. Sólo de cuando en cuando alguno se inclinaba a espantar una mosca del rostro o de las manos del cadáver, y una comadre se volvía a hacer señas iracundas a una niñita sucia, con las nalguitas y la pancita descubierta, que arrancaba flores del kiosco y se las iba clavando en el ombligo.

Todos se apartaron en cuanto irrumpió, espantosa en el desorden de la desesperación, la baronesa, que se arrojó también de rodillas, al otro lado del colchón, arrancándose los cabellos, arañándose el rostro y chillando:

—¡Hijo, Cicciuzzo mío, de qué manera te he perdido! ¡Aliento mío, corazón mío, de qué manera he llegado a hallarte! Cicciuzzo de mi corazón, llama de mi alma, ¿cómo te has dejado caer así en el suelo, tú que eras asta de bandera? Esos ojazos lindos, ¡no los abrirás ya! Esas manos bonitas, ¡no las apartarás ya! Esa boca preciosa, ¡no sonreirá ya!

Y, a poco, chillando también y también arrancándose el cabello, a los pies de aquel colchón llegó a postrarse de hinojos otra mujer: Nicolina, con el niño en los brazos.

Nadie, conociendo a la baronesa y las pruebas que durante diez años había dado de inconcebible tolerancia, no sólo de amor excesivo y devoción hacia su marido, sino también por la seguridad que tenía e infundía en los otros, de que era lógico cuanto le había ocurrido, dada su rudeza, su fealdad y su gran corazón, nadie pareció asombrarse por aquel espectáculo, sino que llegaron a conmoverse hasta las lágrimas, cuando ella se volvió para suplicar a Nicolina que se alejara y, tomándole de los brazos al niño y presentándose al muerto, le juró que lo tomaba por suyo y haría que fuese un caballero como él, dándole todas sus riquezas, como ya le había dado su amor.

Los parientes del barón, que acudieron precipitadamente poco después, tuvieron que sostener gran lucha para poder apartar a aquellas tres mujeres, primero del cadáver y después una de la

otra, pues se habían abrazado estrechamente para agrupar su pena en un solo nudo indisoluble.

* * *

Tras los funerales, solemnemente celebrados, la baronesa quiso que también Filomena fuera a vivir con ella al palacio. ¡Las tres juntas!

Vestidas de negro, se consolaban sucesivamente, compitiendo en atender a aquel niño, sonrosado y rubio, y en el cual, a los ojos de cada una, revivía el difunto barón.

No obstante, poco a poco, la baronesa y Filomena comenzaron a demostrar a Nicolina que, aunque ella fuese la madre del pequeño, no podía, por su edad, por su inexperiencia, igualarse a ellas, ya fuese en el dolor por la desgracia común, ya en los cuidados del niño. Para ellas la vida se había cerrado totalmente y para siempre; para Nicolina, en cambio, tan joven y tan bonitilla, ¡quién sabel, podría volverse a abrir, hoy o mañana.

Comenzaron, en fin, a considerarla como una hija, o, mejor, como una muchacha que, en conciencia, no debía sacrificarse como ellas a un luto perpetuo.

Tal vez, muy bajo, muy bajo, hablaba en ambas, disfrazada de compasión, la envidia, por el hecho de que la muchacha era la verdadera madre del chiquillo.

Para disimular esta superioridad que Nicolina les llevaba, en cuanto destetó al niño, casi la excluyeron de todo cuidado; ambas, no obstante, comprendieron que el excluirla no bastaba. Para que el niño permaneciese con ellas, ligado por entero a la memoria del muerto, era preciso que Nicolina tuviese otro, otro por cuenta propia; era preciso, en fin, que se casara. La baronesa hubiese seguido albergándola en el palacio, en un pabellón aparte; le hubiese asignado una buena dote, buscándole un buen muchacho, prudente y respetuoso, que podría dirigirla a ella, a Filomena y a toda la casa.

Interrogada, Nicolina se opuso en un principio, tenazmente; protestó que no quería ser menos que la señora y que Filomena en el luto por el barón; insistiendo en que, tal vez, a ella le tocaría guardarlo más severamente, por razón de su hijo. Ellas no le dijeron que, precisamente por eso, deseaban que se casara; mas se mostraron tan frías y tan doloridas por la negativa, que, al fin, poco a poco acabaron por hacerla ceder.

Filomena, mujer de mundo y tan sabia, que hasta el propio barón, ¡alma santa!, habíase guiado siempre por sus consejos, tenía ya dispuesto el marido: un tal don Nitto Trettari, pasante de un notario, finito él, de buena familia, de pocas palabras, que comulgaba todos los domingos. Feo, ¡tampoco! ¡Qué feo! Algo delgaducho... Pero, ¡vaya!, con la buena vida no hubiese tardado en

entrar en carnes. Solamente era preciso quitarle aquel vicio de tener siempre la punta de la lengua pegada al labio superior: por lo demás, ¡un muchacho de oro!

Transcurrido el año de luto riguroso se trató de la boda. La baronesa asignó a Nicolina veinticinco mil liras de dote, un rico ajuar, vivienda y alimentación en el palacio. También le regaló trajes y joyas.

—Pompa, no—decía al novio, que se retorció dando las gracias y de cuando en cuando se pasaba la mano por el faldón del chaquet, como si un perro le amenazase con mordérselo—. Pompa, no, mi querido don Nitto, porque el corazón de las tres no nos lo permite en realidad; pero... (¡la lengua, don Nitto! ¡Dentro la lengua, bendito de Dios! Con el ingenio que usted tiene y parece un tonto); algo de fiesta—decía—se hará, no lo dude.

Nicolina lloraba al oír estas conversaciones y estrechaba a su hijo contra el pecho, como si al casarse tuviese que abandonarlo. Don Nitto se angustiaba ante aquellas lágrimas irrefrenables, mas no decía nada, porque la baronesa le había rogado que dejase llorar a Nicolina, que motivos tenía para ello. En breve, con la ayuda de Dios, puede que no llorase más; entre tanto, había que dejarla.

No hubo manera—el día de la boda—de vencer a Nicolina de que debía despojarse de sus lutos; amenazó con echar a rodar el casamiento si

la obligaban a ponerse otro vestido. ¡O aquél, o nada!

Don Nitto consultó a su familia: a la madre, a sus dos hermanas, a los cuñados, pasando y volviendo a pasarse la mano por el faldón del chaquet; las hermanas, especialmente, se hacían fuertes, porque ellas habían ido con sus trajes deslumbrantes de seda del día de la boda, con todos sus oros, y la manteleta de raso y encaje, con el fleco largo, hasta el suelo. Pero, por fin, todos tuvieron que someterse a la voluntad de la novia.

Y fueron, en procesión, a la iglesia primero y al registro civil después; el novio, entre las dos hermanas, delante; luego, Nicolina, entre la baronesa y Filomena, las tres entre espesísimos crespones, como si fueran tras un entierro; detrás, la madre del novio, entre sus dos yernos.

Pero la escena más conmovedora ocurrió en el salón del Ayuntamiento. Hallábanse en dicha sala, puestos en fila, en las paredes, los retratos pintados al óleo de todos los alcaldes pasados; el de don Francisco de Paula de Vivona estaba, naturalmente, en el puesto de honor, precisamente encima del teniente de alcalde, delegado en el registro civil.

La baronesa vió, la primera, el retrato, y un gran temblor le corrió por la barbilla, por las manos, por las piernas; los ojos se le llenaron de lágrimas. En la imposibilidad de hablar, mientras

el secretario leía los artículos del código, dió con el codo un ligero encontronazo a Nicolina, que se hallaba a su lado. Como quiera que ésta se volvió a mirarla y siguiendo los ojos de ella descubrió el retrato, lanzó un agudísimo grito y prorrumpió en un llanto fragoroso. Entonces la baronesa y Filomena no pudieron ya contenerse y las tres, con las manos en los cabellos, ante el asombro del secretario, comenzaron a gemir como en el día de la muerte.

—¡Hijo, Cicciuzzo nuestro, que nos estás mirando! ¡Llama de nuestra alma! ¡Qué guapo eras! ¿Qué haremos, Cicciuzzo nuestro, sin tí? ¡Angel de oro, vida de nuestra vida!...

Y hubo que aguardar a que acabara aquel llanto para llegar a la firma del contrato nupcial.

La pensión vitalicia

I

Sentado en el poyo, junto a la puerta carcomida de aquella «cosa», que era a la vez casa y establo—una choza negruzca de piedra y greda, con el piso desigual, hecho con guijarros de río allí, que los había de sobra—, el viejo Marábito sentía aún, como el aroma de su propia vida, el vaho pesado y cálido del estiércol, unido al tufo, áspero y acre del humo estancado, que exhalaba la puerta contigua.

Absorto en una tristeza, dura y taciturna, de hombre que nunca quiso amigos ni mujeres, contemplaba su heredad y pensaba en las muchas fatigas pasadas al sol, al viento, a la lluvia y a la escarcha, para convertirla, de tierra estéril y árida, al estado actual. Y había que ver ahora el fundo: exuberante, un paraíso; mientras que él, con tantos trabajos, tenía el cuerpo deshecho y los huesos rotos. Pero era también cuestión de años...

Encorvado, con los brazos apoyados en las

separadas piernas, tenía las manos grandes, terrosas, unidas; y así se estaba, mirando, ora al suelo, ora a su alrededor; de cuando en cuando sacudía un poco la cabeza, cubierta con el gorro negro, de punto, con su borlita colgante, con el que deseaba morir, ahora que los labradores jóvenes lo habían echado en desuso, llevados por una moda nueva de gorras que le parecía poco seria.

Las moscas, que se le adherían, obstinadas, al afeitado rostro color de algarroba y en donde las arrugas parecían formar un espeso enrejado, la tenían tomada con él y, antes de volverse a posar, le reñían irritadas, zumbando durante un rato; hubieran debido tomarla, en cambio, con sus pensamientos, no menos molestos que ellas, pues eran los que motivaban en el anciano aquel movimiento de cabeza. Mas el viejo no se ocupaba de las moscas.

Era un día de aire sofocante. Bajo el cielo entoldado, los árboles permanecían inmóviles, como si, suspensos en el dolor con que su viejo amo los miraba ahora, hubiesen debido permanecer así siempre, hasta cuando él no estuviese ya allí. Pero alguna urraca, acechando, parecía reírse burlona, mientras que, en los quemados rastrojos, en los llanos y en las Lomas de Quote, las alondras alternaban con su «chauchaó», estridente y gayo.

Aguardábanse las primeras lluvias tras las que habían de comenzar los trabajos del campo: el ariego, la bina, la siembra...

Por tres veces sacudió la cabeza Marábito, porque ya no eran para él aquellas labores. El mismo lo reconocía. Tanto, que al entrar con Marzo los meses largos, se había dicho:

—¡Esta será la última cosecha!

Y había segado su cebada y había vareado sus almendras, dejando a los nuevos propietarios el cuidado de cosechar las aceitunas y la vendimia.

Aquel día, precisamente, irían a tomar posesión de la finca. Les haría la entrega y ¡adiós!

—Cuando Dios disponga, la muerte irá a llamar a mi puerta, allí arriba...

Y pensando así, alzó los ojos hacia Girgenti, que se asentaba en lo alto, con las viejas casucas doradas al sol, como en un escenario, allá, en el fondo, sobre el collado, dominando la amplia extensión del valle y de las campiñas hasta el mar. Buscó en las afueras Rábato—el arrabal—, que parecía el brazo en donde la ciudad, tendida a lo largo, descansaba, por si acertaba a descubrir el campanario de Santa Cruz, que era su parroquia. Tenía allí cerca una casuca, en donde cerraría los ojos para siempre.

—¡Y cuanto antes!—suspiró—. Como le sucedió al pobre Ciuzzo Pace...

Antes que él, Ciuzzo Pace había cedido por una pensión vitalicia, de algunos céntimos diarios, la finquita de al lado, al tendero Sciné, llamado el Maltés. Apenas transcurridos seis meses, el infeliz había muerto y, por un puñado de céntimos,

la finquita había quedado del mercarder. Atraído por aquel primer bocado, puesto que el apetito se despierta comiendo, el Maltés volvía a abrir la boca.

—Para tragarme a mí también—pensaba Marábito—. Pero, de todos modos, ¿qué hago ya aquí?

Con dos liritas al día, según tenían convenido, hubiese vivido tranquilo, poco o mucho, según la voluntad de Dios. ¡Mejor poco que mucho! Sentía, sí, pena por sus tierrucas, por dejarlas, después de tanto tiempo; conocía los árboles uno a uno: los había criado, como a hijos; los había plantado, podándolos, injertándolos; y la viña, sarmiento por sarmiento.

Pena por el fundo y pena también por las bestias, que durante tantos años le habían ayudado: las dos hermosas mulas, que jamás habían cedido a la fatiga; la borriquilla, que valía más aún que las mulas, y «Riro», el novillo, rubio como el oro, que sacaba, sin venda ni guía, el agua del pozo, poco a poco, como él le había amaestrado. La noria, a cada vuelta del animal, daba un quejido lastimoso. El, desde lejos, contaba aquellos quejidos; sabía cuántas vueltas bastaban para llenar los viveros y se guiaba por ellos. Ahora, ¡adiós, «Riro»! Y, de aquel día en adelante, ya no oíría los quejidos de la noria.

—Siete—contó, mientras tanto, porque, aunque preocupado, el número de las vueltas, tras tan largo hábito, no lo perdía nunca.

Las mulas y la burrita estaban trabadas en la era, atracándose de paja: ¡toda la paja que querían! También a ellas les dedicó el viejo una mirada cariñosa. ¿Cómo las trataría el nuevo amo? Al trabajo se hallaban habituadas las pobres bestias; pero tampoco les faltó nunca cebada y salvado.

Pero, ¿qué tendrían aquel día las alondras? Piaban en los llanos más que nunca, como si adivinaran que el viejo iba a marcharse y lo despidieran.

Desde la carretera llegó, de improvviso, rumor de cascabeles. Al viejo se le inmutó el semblante.

¡El coche!... ¡Ya está aquí!—dijo, y salió al encuentro del nuevo amo, tirándose sobre un hombro la raída chaqueta, que llevaba con las mangas colgantes.

II

Desde el pescante, Grigóli,—el muchacho que Miguel Angel Sciné tenía en la finca que pertenecía a Ciuzzo Pace,—le gritó:

—¡Tío Titto Marábito, póngase alegre, alegrel

Alegre él, en todo caso—Grigóli—para quien, desde aquel día, la cucaña se duplicaba, al derribar la tapia que separaba el fundo de Marábito del que perteneció al pobre Pace. El Maltés, ladrón, como es de rigor,—no es cuestión de ofenderle—en su negocio de pañería, era, respecto al campo, como un turco en el sermón.

Con la mano de Dios y la ayuda de Grigóli, por un lado, y del cochero, por el otro, logró bajar del carruaje; descendió después su mujer, la señora Nela, y, por último, las dos hijas, dos muchachotas gemelas. Semejaban los cuatro un tonel, una tinaja y dos banastas. El coche pareció volver a tomar aliento: los caballos, no, pobres animales, embadurnados de espuma e impregnados en sudor.

—Servidor de V. S.—saludó apenas Marábito (*).

Destrozado en el trabajo, desde hacía tantos años, sentía ahora como una sensación de vergüenza ante aquella cesión. Por temperamento era, además, tan taciturno...

—¡Uf! ¡es cosa de reventar!—resopló Sciné, enjugándose con el pañuelo el rostro sanguíneo. —No creía que el fundo se hallase tan lejos de la ciudad.

Era la primera estocada de mercachifle, para demostrar que había ido con el propósito de despreciarlo todo, como si, a fin de cuentas, alguien le hubiese rogado que hiciera aquel negocio. No sin razón la gente del país, al ver a Sciné, complacía en recordarlo, despingajado y polvoriento, por las callejas de Girgenti, con el lio de la mercancía al hombro y la media vara en una mano,

(*) La gente del pueblo sólo en la Italia, dan tratamiento a cuantos creen superiores. (N. del T.)

mientras que, con la otra, hacía bocina para gritar su extentóreo pregón: —«¡Paños de Francia!»

En poco tiempo había enriquecido con la usura y se entronizaba ahora, sentado bajo la lamparilla de la Virgen, tras el largo y bruñido mostrador de su tienda de paños, que era la más grande de toda la calle Atenea; y ¡ay, de quien lo tocara!

La señora Nela, con su cara de foca bigotuda, sus senos enormes, plantada, no se atrevía a mover los labios sin tomar antes con los ojos consejo del marido. Pero una de las hijas, echando a su alrededor una mirada hasta la próxima altura, en donde se asientan los dos Templos antiguos—el de Juno a un lado y al otro el de la Concordia, —en un relámpago de admiración exclamó espontáneamente:

—¡Qué bonito, papá!

El Maltés la fulminó con una mirada, que casi la empequeñeció un palmo de estatura. Bien sabía él lo que la finca valía y que la jugada que hiciera a Ciuzzo Pace podía, con igual facilidad, repetirse; sabía que Marábito no cumpliría ya los setenta y cinco años; pero ahora, haciéndose ver, por un lado, poco contento del fundo y satisfecho del otro, por el estado de salud del viejo, esperaba poder menguar algo de la pensión convenida. La tierra, es tierra y se halla sujeta a las vicisitudes del tiempo, y el dinero, es dinero y no es cosa de bromear con él.

Mas no lo consiguió. Visitando, paso a paso, la posesión, no tuvo donde meter baza; ¡y aquel animalote de Grigóli que parecía hacerlo de intento!

—¡Aquí, aquí, mire esto...!

Y con las manos levantaba los pampanos de una vid, para mostrar unos racimos mayores que un pecho de la señora Nela.

—¡Aquí, aquí, mire usted aquí...!

Y enseñaba en el huertecillo que él llamaba *jardín* unos limoneros y unos naranjos, cuya apariencia, según su frase, recreaba el alma.

—¡Este jardín, Excelencia, está así de *bermejo* todo el año!

Miguel Angel Sciné miraba e inclinaba, brusco, la cabeza; no pudiendo hacer más (puede que en gracia a aquel «excelencia», que Grigóli no le escatimaba), fingía resoplar de calor.

—¡Revienta unol ¡Revienta!

Marábito no hablaba: le violentaba que charlase tanto Grigóli, dándose cuenta de que Sciné, por momentos, iba tragando más bilis. Varias veces, en efecto, como si no hubiese oído las continuas llamaradas de Grigóli, había pasado indiferente, o se había detenido, con los ojos entornados y el índice de una mano en la punta de la nariz, como si se hallase absorto en alguna complicada operación.

Grigóli, no obstante, sin descomponerse, había dirigido entonces a la señora Nela o a las dos muchachotas:

—¡Aquí, aquí, miren ustedes...!

Hasta que, al fin, Marábito, estimó prudente llamarle al orden:

—¡Vamos, calla ya, Grigóli! ¿Es que los amos no tienen ojos en la cara para ver?

Fué peor. Grigóli, impertérrito, prosiguió:

—¡Tiene usted razón! Su boca de usted no habla nunca, ¡pero la finca habla por usted! No es por alabarle ya que está presente, pero la verdad, es la verdad: otro hombre para el trabajo, como Titto Marábito, ni lo ha habido, ni lo habrá. Un verdadero maestro en cosas del campo; en cuanto a talar, a injertar, a podar, puede que haya otro igual, ¡pero mejor! en toda la comarca de Girgenti no lo hay. Aquí, aquí, estos almendros injertados por él: no hay árboles que produzcan más; cada uno tres o cuatro fanegas por año y Vuecencia puede contar con ellas a ojos cerrados. ¿Y estos olivos? ¿Y estos algarrobos? Cuatro hombres no pueden abrazarlos... ¿Y este albaricoquero? Si Vuecencia prueba este fruto no se lo puede ya quitar de la boca, ¡una verdadera rareza! Pues éste, señorita; ¡da unas peras así! No hay tierra como esta; ¡no le falta nada! Y, en conciencia, Marábito se la merece, porque ha sabido labrarla como Dios manda. ¡Lástima que esté ya tan viejecillo!...

Don Miguel Angel no podía más. Prorrumpió:

—¿Cómo viejo, animalote, cómo viejo? ¿No estás viendo que anda mejor que yo?

—¿Y eso qué quiere decir?—respondió con una sonrisa de idiota, Grigóli. V. E. es mi amo y no es cosa de contradecirle; pero tan grueso, tan en salud como está V. E., no es tan fácil estar en el campo....

—¡Por él lo digo, por él lo digo!—repuso agrio, Don Miguel Angel, el animalote, que realmente parecía imposible que pudiera arrastrarse así, sobre dos patas solamente—¡Hablas más que un juez pobre! ¿No estás viendo que anda como un muchacho de veinte años? El fundo es bueno, no digo que no, pero...

Y siguió la frase con un gesto expresivo, moviendo el dedo índice y el medio de una mano, como diciendo: dos liras diarias, ¡no es una broma, no!

—Amo—intervino en este momento, Marábito, deteniéndose:—deseo morir y no tardaré mucho en morirme, porque la pena de dejar el fundo es para mí muy grande: toda mi sangre y mi vida están aquí. V. E. lo vé. No me agrada hablar, más he de decir lo que es justo. No crea que hago este negocio por poca voluntad de trabajar; he trabajado desde chico, desde que tenía siete años, y vida y trabajo han sido para mí, una sola cosa. He de decirle que no lo hago por mí, sino por mi tierra, que conmigo ya sufrirla, porque no tengo fuerzas para trabajarla como mi corazón quisiera y el oficio exige. En poder de V. E. y de Grigóli, que conocé el oficio mejor que yo, estoy bien

cierto de que a la tierra no le faltará nada, y por eso lo hago. Mas si V. E. no está ya satisfecho, dígalo claramente y no se hable más de ello.

La señora y las chicas no esperaban esta salida del labriego y le miraron como atontadas. Pero Don Miguel Angel, como zorro viejo, exclamó, sonriendo, volviéndose a Grigóli:

—¡Y me decías que no hablaba!... ¡Caramba!

Luego, volviéndose hacia Marábito:

—¡Qué he de decirle, entonces! ¿Qué es usted viejo, viejísimo y que está para morirse?

—Vucencia vé muy bien cómo estoy—respondió el viejo, abriendo los brazos: —No sé los años que tengo. Sólo sé que me siento cansado. Y Vucencia puede estar cierto de que conmigo no gastará mucho dinero... Tomaré el camino de Ciuzzo Pace, que para mí es ya el mejor, y ustedes, señores, disfrutarán del fundo y espero en Dios que no lo harán padecer...

III

No esperaba el pobre viejo que la separación llegara a hacérsele tan penosa. Mas, no era tanto la separación—como él, sentado ante la puerta de su casita del Rábato, explicaba a las buenas vecinas—sino las noticias que le llegaban del fundo, las que le ponían a morir.

—Han derribado los albaricoqueros que se hallaban delante de la «cosa»...

Cerraba los ojos y los veía allí, los tres en el ribazo. ¡Eran tan bonitos! ¿Por qué derribarlos?

—Tan seguro como hay Dios, que esta es obra de Grigóli que, para cortar leña, hace creer al amo que están secos.

Pero se engaña. Él mismo lo reconoció cuando, dos días después, fueron a decirle:

—Han derribado la «cosa» aquella...

¡Ah, era eso! En el sitio de la vieja casuca, el Maltés pensaba elevar un lindo y señoril palacete, y los tres arbolitos le estorbaban.

—¡Disfrute usted en paz de su renta!—exhortábanle las vecinas—. Tres arbolitos y está usted llorando como si le hubiesen cortado los brazos...

—¿Y las bestias?—proseguía Marábito—. Me han dicho que la burrita, mi pobre animalito, está tan mal, que no puede ya tenerse en pie. ¿Y «Riro»? A «Riro» no hay quién lo conozca...

—¿Quién es Riro?

—¡El novillo!

—¡Crefamos que fuese un hijo suyo!

Por un lado, las vecinas sentían lástima de él; y por otro, no podían contener la risa.

—¡Pero si ahora el amo es el otro! ¡Déjelo usted hacer lo que mejor le plazca!

Esto era precisamente lo que no podía tolerar Marábito. Que el Maltés fuese el amo, bueno; pero que le destruyese todo el fruto de tantos años de trabajo, que le maltratase a las bestias, no; eso el Señor no debía consentirlo.

Y se dirigía al final del sendero llamado del «Paseo», a la salida ya del pueblo, desde donde podía distinguir su tierra lejana, allá, abajo, en el valle, entre los dos Templos antiguos. Miraba, miraba, como si con los ojos pudiera impedir desde allí arriba el exterminio que sembraba el Maltés. El corazón, no obstante, no le sostenía mucho, y se volvía despacio, despacito, a su casa.

Al pasar por la calle Atenea, ante la tienda de Sciné, se revolvió todo él. Don Miguel Angel, desde la puerta, al verlo, le clavaba los ojos encima como si se lo quisiera sorber vivo con la mirada, como la víbora a una rana.

—¿Cómo vá? ¿Cómo vá?—le preguntaba, sonriendo.

—Como Dios quiere—le respondía, duro, Marábito sin detenerse—. Aquí estamos... Y se decía para sí: ¡Quiero vivir a despecho tuyo! ¿Me reprochas el pan que me como y los cuatro días que me quedan? ¡Pues adrede quiero vivir más! Y le daban deseos de volverse y hacerle con la mano los cuernos, desde la calle, en presencia de todos.

Pero a poco, al verse solo en su casuca, se desfallecía:

—No, nada, nada: ¿que estoy haciendo yo? Es mejor morir, como ha muerto «Riro».

—¡Cállese, viejo chocho! ¡Qué dice!—le reprochaban entonces las vecinas para animarle—. ¿Llama usted a la muerte? Mejor es que dé usted gracias a Dios, por haberle dado tan buena vejez.

Pero el viejo sacudía la cabeza, levantaba una mano, con gesto de despecho: ¡qué buena vejez!... Y comenzaba a llorar, como un niño, y acusaba al Maltés ante las vecinas:

—¡Me pregunta cómo estoy, para que reviente!

—¡Y usted viva, en cambio, cien años, para que se fastidie!—chillaban a coro las otras, abriendo el fuego contra Sciné—. ¡Tripón odioso! ¡Sanguijuela de los pobres! Chúpele usted la sangre, como él se la ha sorbido a tantos infelices. ¡Cien años, cien años debe usted vivir! El Señor y María Santísima de las Gracias le conservarán a usted la vida para que él reviente de rabia. ¡Los huesos se ha de roer así, así!

Y se restregaban enérgicamente un codo en la palma de la otra mano.

—¡Así, así!

Al mismo tiempo los demás vecinos sostenían, aproximadamente, la misma conversación con Sciné, aunque con gestos y frases menos expresivas y bromeando.

—Ese viejo le vive a usted cien años, querido Maltés.

Y Sciné encogía las mejillas y la boca en un gesto de irritada incredulidad.

Había hecho tasar el fundo. Dos fanegas y media de tierra, tan cuidada como aquélla, por menos de doce mil liras no hubiese podido adquirirla; Marábito tenía setenta y cinco años cumplidos; no parecía estar muy bien: ¿cuánto podría vivir

aún? Uno, dos, tres años—pongamos cinco, hasta los ochenta—; bueno: de tres a cuatro mil liras; hasta doce mil, hay espacio...

—Déjenlo ustedes vivir, pobrecillo; me da verdadero gusto.

Así, se roían los otros; más aún, para representar mejor su papel, una mañana, viendo pasar al viejo ante su tienda, llegó a hacerle señas para que se aproximase:

—¡Pero venga usted aquí, santo Dios! ¿Por qué me huye usted? ¿Qué le he hecho?

Marábito dudó antes de soltar el trapo:

—A mí, nada: ¿qué me iba a hacer? ¡Pero el fundo se lo había recomendado tanto a «vucencia»! ¿Y las pobres bestias? ¡«Riro», «Riro» ha muerto!...

—¡Ese canalla de Grigóli! ¡No me hable!—exclamó el Maltés—. Por culpa suya... ¡Pero también tiene usted algo de culpa!

—¿Yo?

—Sí, señor. Porque si usted, con ese mal carácter que tiene, en lugar de esquivarme, como si yo le hubiese hecho una mala acción—mientras Dios sabe el sacrificio que hago para darle esas dos liras diarias—, si en lugar de esquivarme, decía, me hubiese usted ayudado con sus buenos consejos, ni usted ni yo estaríamos ahora tan descontentos, ¡y puede que ni el propio «Riro» hubiese muerto!

El mismo—el Maltés—quedóse maravillado de

sus palabras. Y, en efecto, ahora que lo pensaba, nadie mejor que Marábito hubiese podido ayudarle a defenderse de aquel tramposo de Grigóli. Pero el viejo se sintió herido.

—¿Vucencia quiere decir entonces, que «Riro» ha muerto por mi causa?

—¡Por usted, ciertamente! Yo hubiese seguido sus consejos, sin dejarme llevar de la nariz por ese otro, que se aprovecha de mi inexperiencia, y se las da de amo absoluto y hace lo que le da la gana. Hubiese seguido siendo usted el amo, desde lejos, y todo hubiese ido mejor. Yo le quiero a usted bien y deseo que se cuide. Venga, venga usted a verme con frecuencia... ¡Nos entenderemos!

Profirió fuerte estas palabras, con objeto de que las oyese don Luzzo, el platero de enfrente: la peor lengua de toda aquella calle.

—¡Cómo quiere usted a ese viejo!—insinuó, en efecto, en cuanto Marábito se hubo alejado un tanto. Pero si trata usted de persuadirlo, por las buenas para que se muera pronto, pierde usted el tiempo; ¡cien años, cien años le dura a usted ese viejo, ya lo he dicho!

Don Miguel Angel repitió su gesto habitual y le enseñó los cinco dedos de la mano.

—¡Sólo éstos, verá usted!

IV

Cada quince días, Marábito, según las bases del contrato, se dirigía a casa del notario Nocio Zágara para percibir las rentas de su pensión vitalicia.

Don Nocio no tenía menos carne encima que el Maltés, pero era mucho más alto; un gigante panzudo, que parecía llenar él solo toda la habitación del piso bajo en que tenía la oficina. Buénísima pasta de hombre, no obstante, siempre en tren de broma.

—¿Qué dice aquella otra panza?—preguntaba siempre a Marábito, aludiendo a Sciné—. No debe estar muy contento con usted. ¡Mejor se portó Ciuzzo Pacel!

Marábito, cerraba los ojos y se encogía de hombros.

—Señal de que le habrá gustado mi finca.

—Sí, pero usted debe darse prisa—concluía el notario, dándole con una mano en el hombro, como para exhortarlo a morirse pronto—. Sé que es usted un buen hombre...

Nocio Zágara sabía que desde algún tiempo los asuntos del Maltés no prosperaban como en un principio. Y como se complacía en hablar por imágenes, repetía a cuenta de Sciné, este apólogo:

—«Una noche de fiesta, un globito vió en el cielo la luna, linda y llena, y le dieron ganas de ser una luna llena también. Suplicó al viento que arrancase de manos del muchacho el hilo con que le tenía sujeto. Y el viento pareció complacerlo en un principio; pero luego lo subió arriba, arriba, arriba. ¡Demasiado arriba! Y el globito: ¡past! ¡estalló!»

¡Aquella última locura de la pensión vitalicia a Marábito! Porque la jugada le había salido bien la primera vez... Es que la muerte suele ser a veces bromista si le da la gana y grita: «¡Ah! ¿me tienes de nuevo? Bueno. Iré a ver al viejo cuando me parezca. Y tú, entre tanto, ¡paga, paga!»

—¿Es que dos liras diarias son arena?

Demasiado era realmente para Morábito, que no tenía que pagar alquiler y que comía un pedazo de pan con cualquier cosilla. Además, sin vicios.

Con unos cuantos céntimos le bastaba. Guardaba el resto para no encontrarse desprovisto en un caso: pero no todo; daba siempre algo a esta o a aquella buena vecina, a cambio de los cuidados que ellas le prodigaban, aunque él jamás pedía nada.

Sentábase ante la puerta de su casuca para zurcirse él mismo la chaqueta y los pantalones; pero le temblaban las manos y no acertaba a introducir el hilo por el ojo de la aguja.

—Viejo de Dios, ¿por qué no habla usted? Deme aquí, deme aquí...

Y así lo cuidaban a porfía, como empeñadas, en realidad, en hacerlo vivir cien años.

Pero aquel canalla del Maltés parecía tener pactos con el demonio. —«Otros cinco años más» —había dicho. Y así pareció que debería ocurrir realmente. A los pocos meses de haber cumplido los ochenta años, enfermó Marábito.

Todas las vecinas, animadas del más fiero despecho, como ante una superchería que no debiesen tolerar, uniéronse en aquella ocasión para defenderlo de la muerte, con una abnegación casi heroica. Más que contra la pulmonía, luchaban ellas contra el hechizo. Y antes que nada, un ejército de escobas, vueltas hacia arriba, apoyadas a la pared de la casuca, fué puesto de guardia a la entrada; y, a toda prisa, fueron colgando, alrededor del lecho del enfermo, toda suerte de conjuros: cuernos de macho cabrío, herraduras, saquitos de color escarlata, llenos de sal...

El médico, al ver aquella cama adornada de tal manera, no pudo menos de reír.

—¡Quiten ustedes todas esas porquerías!

Mas las vecinas resistieron. Cuando se marchó el médico, se confabularon entre ellas y decidieron:

—¡Aquí lo que se necesita es otra ciencia!
¡Aquí hace falta que venga la Malanoche!

Y la Malanoche, fué.

Era una bruja de terrible aspecto: alta, huesuda, negra como la pez, de crueles ojos, hundidos

bajo las cejas hirsutas, con los cabellos rudos y encrespados, enmarañados sobre la frente estrecha, de mona; la boca, enorme, de la que surgía un vozarrón ronco de hombre.

No quiso oír nada de las vecinas; lo sabía todo.

—Me lo han dicho—afirmó—misteriosamente, sin explicar «quién» se lo había dicho: seguramente serían «las mujeres» (*) con quien ella hablaba durante la noche.

Se hizo llevar un tazón lleno de agua, y una ampollita de aceite; ordenó que se cerrasen todas las maderas de los balcones y que ayudaran a incorporarse al enfermo en el lecho: después encendió un cirio, colocó la taza sobre la cabeza del viejo y fué dejando caer, poquito a poco una gotita de aceite, en medio del agua. Las vecinas la observaban asombradas, conteniendo la respiración. Con los ojos fijos en la gotita de aceite, la Malanoche comenzó a murmurar incomprensibles conjuros, y el aceite comenzó, poco a poco, a extenderse, a dilatarse.

—¿Véis? ¿Véis?

En el plato, a la luz incierta del cirio, temblaba un disco brillante, como una luna.

Las vecinas habíanse puesto de puntillas, pali-deciendo; alguna de ellas golpeábase el pecho con el puño, por el asombro. La Malanoche arrojó el agua del plato en una palangana, diciendo:

(*) Quieren decir «las Brujas». (N. del T.)

—¡Todo eso es mal de ojo, acumulado!

Vertió otra gota de agua en la taza, sobre la cabeza del viejo, y dejó caer otra gota de aceite, que esta vez se dilató algo menos a los conjuros. Repitió más veces esta obra de magia, hasta que la gota siguió tal como era, flotando en el centro del recipiente.

—¡Libre!—anunció, entonces, la Malanoche.—
¡Y, ahora, me ocuparé yo de aquel perro!

Nadie pudo quitar de la cabeza a las comadres que el viejo había sanado por artes de la Malanoche:

—¡Un verdadero milagro! ¡oh!...

Y, cuando poco después, se extendió la noticia de que al Maltés le había sobrevenido un mal en el que, ni los médicos, veían claro:

—¡Justa venganza de la bruja!—pensaron; y hubiesen puesto las manos en el fuego.

Marábito se había levantado hacía unos días, cuando tuvo conocimiento de la enfermedad del Maltés. ¿Cómo hubiesen podido imaginar las vecinas que aquella noticia iba a producirle tanta impresión? Comenzó a llorar.

—¿Está usted loco? ¿Y a usted qué le importa si se muere? Ha tratado de matarle a usted y ha caído él en cambio. Ahora, si la mujer y las hijas, no quieren darle a usted lo que le pertenece, tendrán que restituirle la finca. ¡No tenga usted cuidado!

—¡Pero si yo no lloro por mí!—protestó el viejo.—De mí, Dios proveerá. Me aflijo por él, que,

en fin de cuentas, es padre de familia y mucho más joven que yo...

Y el día en que supo que el Maltés, no obstante el grave estado en que se hallaba, se había obstinado en que lo bajaran, en una silla, a la tienda, estimó como un deber suyo ir a visitarlo. ¿No eran amigos, ya?

No esperaba el pobre viejo que le acogieran como a un perro. El Maltés se hallaba sentado junto al mostrador: tenía el rostro, color de azafrán, los ojos hundidos, extraviados, que espantaban, y el vientre enormemente hinchado.

—Beso las manos a «vuecencia»—saludó, quitándose el gorro, Marábito.—He sabido que...

El Maltés lo interrumpió dando un terrible puñetazo en el mostrador y chilló, tratando de ponerse en pie:

—¿Usted? ¿Tiene usted valor de venir a insultarme a mi casa? ¡Fuera! ¡Váyase! ¿Quién le ha mandado a usted para ofenderme?

—«Vuecencia» me perdone—trató de decir el viejo. Pero Sciné lo interrumpió nuevamente, gritando:

—¡Usted! ¡Usted debe entregar el alma antes que yo!

—«Excelencia», sí; «excelencia», sí; ¡yo! Le juro que sería mi gusto...

—¡Váyase!—prosiguió Sciné, sin darle tiempo de disculparse, abrumándolo—¡Fuera! ¡Echarlo fuera!

Los dependientes de la tienda lo aferraron y lo arrojaron a la calle, mientras el pobre viejo se afanaba por responder:

—¿Pero qué culpa tendré yo de que la muerte no me haya querido? ¡A la fuerza no puede ser! Por mí no ha quedado...

V

Entre manojos de mimbres, de espartos, de juncos largos como serpentillas, Marábito pasaba ahora el día entrelazando capachos, serones, canastos y cestos, por consejo de las buenas vecinas.

—La holganza le perjudica. No está usted acostumbrado. Este es un trabajo sencillo y le servirá a usted de pasatiempo.

Y él, más ligero que un muchacho. ¡Había que verlo! Con el trabajo le había vuelto la alegría.

—Cuando tenga bastantes hechos, por las mañanas iré por ahí a venderlos. «¡Cestos, serones, capachos!» Quiero hacerle una dote a Anuca.

Anuca era una niña, huérfana de padre y madre, que una de las vecinas, la tía Mia, había recogido en su casa y trataba como a una hija. Todos la querían mucho allí, en la plazuela de Santa Cruz; y por ello la promesa del viejo, de formarle la dote, fué acogida con gran entusiasmo. Todas las mañanas las vecinas ayudaban a Marábito a cargar con sus cestas. Una vez preparado,

hacíase la señal de la cruz y ensayaba el pregón:

—«¡Cestas, serones, capachos!»

Luego volvía a preguntar:

—¿Está bien así?

—¡Muy bien!—le respondían ellas riendo—. ¡Y que Dios le acompañe, tío Titto! ¡Ah! Y no olvide usted pasar por delante de la tienda de aquel caballero; y grite usted bien fuerte entonces: así se le pondrá la cara más verde aún de la bilis.

No, no, aquéllo, no. Marábito no quería hacer aquéllo, aunque el Maltés le había tratado de tan mala manera la última vez. Por la calle Atenea tenía a la fuerza que pasar, pero cuanto más lejos le fuera posible de la tienda y, callado, para que no lo oyesen ni desde lejos. No le parecía bien molestarle, pues que sabía que iba agravándose de día en día, obstinado en permanecer en la tienda, en morir allí. Lo sentía sinceramente, pero sentía más aún que, desconociendo sus sentimientos, el Maltés no lo llamase ya, como antes, para hablarle de su finca.

Desde que había estado enfermo, casi no había tenido noticias. Para ello necesitaba aguardar que subiera Grigóli de cuando en cuando a la ciudad. Y aquellos eran para él días de fiesta. Preguntaba por tal almendro, por tal olivo y por la viña y por el huertecillo, y no le importaba ya que la tierra no fuese suya, con tal que cumpliera con su deber y dejando contento a su nuevo amo, se hiciera querer de él.

Los dependientes de la tienda lo aferraron y lo arrojaron a la calle, mientras el pobre viejo se afanaba por responder:

—¿Pero qué culpa tendré yo de que la muerte no me haya querido? ¡A la fuerza no puede ser! Por mí no ha quedado...

V

Entre manojos de mimbres, de espartos, de juncos largos como serpentillas, Marábito pasaba ahora el día entrelazando capachos, serones, canastos y cestos, por consejo de las buenas vecinas.

—La holganza le perjudica. No está usted acostumbrado. Este es un trabajo sencillo y le servirá a usted de pasatiempo.

Y él, más ligero que un muchacho. ¡Había que verlo! Con el trabajo le había vuelto la alegría.

—Cuando tenga bastantes hechos, por las mañanas iré por ahí a venderlos. «¡Cestos, serones, capachos!» Quiero hacerle una dote a Anuca.

Anuca era una niña, huérfana de padre y madre, que una de las vecinas, la tía Mia, había recogido en su casa y trataba como a una hija. Todos la querían mucho allí, en la plazuela de Santa Cruz; y por ello la promesa del viejo, de formarle la dote, fué acogida con gran entusiasmo. Todas las mañanas las vecinas ayudaban a Marábito a cargar con sus cestas. Una vez preparado,

hacíase la señal de la cruz y ensayaba el pregón:

—«¡Cestas, serones, capachos!»

Luego volvía a preguntar:

—¿Está bien así?

—¡Muy bien!—le respondían ellas riendo—. ¡Y que Dios le acompañe, tío Titto! ¡Ah! Y no olvide usted pasar por delante de la tienda de aquel caballero; y grite usted bien fuerte entonces: así se le pondrá la cara más verde aún de la bilis.

No, no, aquéello, no. Marábito no quería hacer aquéello, aunque el Maltés le había tratado de tan mala manera la última vez. Por la calle Atenea tenía a la fuerza que pasar, pero cuanto más lejos le fuera posible de la tienda y, callado, para que no lo oyesen ni desde lejos. No le parecía bien molestarle, pues que sabía que iba agravándose de día en día, obstinado en permanecer en la tienda, en morir allí. Lo sentía sinceramente, pero sentía más aún que, desconociendo sus sentimientos, el Maltés no lo llamase ya, como antes, para hablarle de su finca.

Desde que había estado enfermo, casi no había tenido noticias. Para ello necesitaba aguardar que subiera Grigóli de cuando en cuando a la ciudad. Y aquellos eran para él días de fiesta. Preguntaba por tal almendro, por tal olivo y por la viña y por el huertecillo, y no le importaba ya que la tierra no fuese suya, con tal que cumpliera con su deber y dejando contento a su nuevo amo, se hiciera querer de él.

—Ya que de mí no está contento, ¡que lo esté por lo menos de ella! ¿Y las mulas? ¿Cómo están las mulas? ¿Están bien? ¡Ya sé, ya sé que murió la burrita! ¡Paciencia! ¡Se ha quitado de padecer! Mira bien a los ojos de las bestias, hijo mío; notarás que comprenden la fatiga: la alegría, no.

Y daba a Grigóli los buenos consejos que solía dar con frecuencia al Maltés antes de la ruptura.

—Ten mucho cuidado, Grigolito: no mondes las plantas hasta que no caigan las primeras lluvias, porque de lo contrario se queda herida la planta y el agua puede hacerle mal. Y otra cosa voy a decirte: en cuanto llueva, cava la tierra y aguarda a que la yerba vuelva a brotar; pasa después el arado y el terreno te quedará limpio y suave; entonces puedes sembrar. Pero dime... ¿no me dices nada?

—Nada—le respondía Grigóli, encogiéndose de hombros—. ¿Qué quiere usted que le diga? Todas las noches canta el buho allá abajo...

El viejo alzaba las largas cejas y cerraba los ojos, moviendo la cabeza.

—¡Señal de buen tiempo! ¡Y si esta luna de septiembre no nos trae agua, estamos perdidos, Grigolito! Todo el año irá mal... ¿Se distingue la isla de Pantellería a la caída del sol, allá a lo lejos del mar?

Grigóli, respondía que no con la cabeza.

—¡Mala señal! Si se ve Pantellería, de la lluvia

llega el día. Es una regla que no falla en nuestros campos. ¿Llevas higos chumbos al amo? Toma, échalos aquí, en estos dos cestillos nuevos; te los regalo.

Si hubiese sabido que poco después el Maltés haría saltar por la ventana aquellos cestillos nuevos, ¡qué pena! ¡Cosas del viejo en su casa, por nada en el mundo...!

—¿Brujo? ¡Peor!—gritaba, con los ojos inyectados en sangre a Grigóli—¿Ves como me ha puesto? Un maleficio de la Malanoche, ¡pero por orden suya! Me lo han dicho. Y si me muero, ¡oh!, mi mujer ya está avisada: ¡a presidio, a presidio van a ir los dos! Asesinato premeditado. Con que cirrosis hepática, ¿eh? ¡Me hacen reír los médicos!

Y volviéndose a su mujer, levantaba una mano en señal de amenaza, como para recordarle: ¡Ay, de tí si no lo haces!

La señora Nela, roja como un pimiento, mordfáse el labio para no llorar en presencia de su marido: sentía que se le destrozaba el corazón al verlo en aquel estado, casi en las últimas. También ella creía que la Malanoche y Marábito tuviesen la culpa de aquella desdicha. Y, cuando, a los pocos días el Maltés, aunque protestando en el delirio de la fiebre de que no quería morir, se murió, ella pidió de verdad consejo a un abogado por si era el caso de proceder contra los asesinos.

Al ver Marábito aquella mañana las tres puer-

tas de la tienda cerradas, con la franja negra al través en señal de duelo, quedóse un buen rato como clavado al empedrado de la calle. Volvióse a Rábato, como un perro vapuleado.

Las vecinas reuniéronse en gran asamblea, discutiendo animadamente lo que al viejo le convenría hacer y por fin convinieron en mandarlo a casa del notario, recomendándole que se tuviese firme en el contrato que era para él una arca de hierro.

—¡Cómo!—exclamó Nocio Zágara, viendo ante sí al viejo descubierto—. ¿No le han llevado a usted a la cárcel todavía?

Marábito lo miró, al pronto, extrañado; luego, sonriendo tristemente, le dijo:

—A la Muerte es a quien deben llevar a la cárcel, excelencia. ¿Qué culpa tengo yo?

—Usted y la Malanoche ¡claro!—replicó el notario—. La Muerte había ido a su casa y usted y la Malanoche ¡se la mandaron a don Miguel Ángel! Todo el pueblo lo afirma. Y la viuda, querido, ya está pensando en usted...

—¿En mí? ¡Oh! ¡Oh! ¡No nos metamos en historias! ¡Porque yo en todo caso no tengo nada que ver!—insistió el viejo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Se lo juro, señor notario ¡por la salud de mi alma!

No advertía que el notario trataba de asustarlo para burlarse.

—¡Ah! ¿Lo ve usted? ¡Confiesa usted mismo que

ha habido mal de ojo! Lo declararé ante el juez.

—¿Yo?—gritó entonces Marábito, desorientado, de improviso, por el espanto.—¿Yo he confesado? ¡Pero si no sé nada! ¡Estaba muriéndome! ¿Y por añadidura me quieren echar a presidio? ¿Quitarme el fundo y echarme a presidio, a los ochenta y un años, porque no me he muerto a los seis meses, como el pobrecillo Ciuzzo Pace? Pero ¡hay justicia divina para los pobres! Y ahí está la prueba: ha muerto él, en cambio. ¡Él, que había tratado de matarme a mí!

—Basta, basta—dijo el notario, que no podía ya contener la risa—. Esperemos que no ocurra nada... Hay otros males también. No le ha bastado a usted deshacerse de él: hay un mundo de embrollos en la herencia.

Marábito, puesto ya en guardia por las vecinas, arrugó el entrecejo.

—¿Embrollos? ¡No quiero saber nada! Para mí el contrato habla claro. Me quedo con el fundo.

—¡Eh, ya veremos!...—suspiró Zágara, levantándose—. Déjeme usted que vea a la viuda y trataré de arreglarlo todo. Vuelva usted esta noche.

En casa de la señora Nela, el notario se encontró con el médico, que había ido en visita de pésame y se afanaba por repetir:

—¡No, no, no, señora! Tonterías... No se fije usted en eso. Un caso típico de cirrosis hepática. ¡Caso típico!

Y tenía en los labios una compasiva sonrisa por la ignorancia de la enorme señora.

Cuando se marchó el médico, la señora Nela tuvo un terremoto en los pechos, que, al fin, irrumpió terriblemente en sollozos y gritos: una cólera de Dios. Nocio Zágara sufría el contagio del llanto. Viendo estremecerse aquella montaña de carne, también la suya comenzó a estremecerse como en otro terremoto. Mas enseguida se incorporó irradísimo, y para castigar aquel llanto en él y en la viuda, exclamó:

—¡Y esto no es nada! ¡Hay algo peor! ¡Algo peor, peor!

La exclamación no produjo efecto. Entonces don Nocio, fué resueltamente a plantarse ante la señora Nela.

—O se calma un momento, señora, o me voy. Usted es madre de familia y debe pensar en sus hijas. ¡Hablemos de negocios!

Sólo que, la viuda, tomando conocimiento de que la situación financiera de su difunto marido no sólo se hallaba quebrantada, sino casi arruinada, redobló los chillidos, que llegaron al cielo. Nocio Zágara se acobardó: pensó poder desviar el ímpetu de aquel torrente de lágrimas, arrojándole encima a Marábito.

—¡Por compasión, no me hable usted de él si quiera!—gritó la señora, levantando los brazos.

—¡Si aquel santo me hubiese escuchado!—suspiró el notario—. Pero entre tanto, mi querida se-

ñora, no hay más remedio que hablar. ¿Qué quiere usted hacer? Para mí es como si se dejara una vena abierta, perdiendo sangre, gota a gota. «Gutta cavat lapidem».

—¡Nunca, nunca!—exclamó la viuda—. Ese asesino es capaz de matarme a mí y a mis hijas. ¡Fuera, fuera! ¡No quiero volver a hablar de él!

—Bueno—concluyó el notario—: en ese caso tendría que hacerle una proposición. Ya hay quien asumiría el compromiso del contrato con Marábito. Un amigo mío. Le hice notar que el pobre don Miguel Angel pagó durante seis años la renta vitalicia. Lo lamento—me respondió mi amigo—. «¿Pero quién le obligó a ese compromiso? ¡Peor para él, que tuvo que pagarlo!» Le hablé entonces del palacete nuevo, que cuesta ya varios miles de liras y que aún no está terminado. ¿También se echó esto a la espalda? No. Por el palacete, dice, que estaría dispuesto a dar algo..., de tres a cuatro mil liras. Ahora, si usted acepta esta proposición, se podría, como suele decirse, coger dos palomas con una sola haba; esto es, librarse del brujo y de una antigua deuda. Como usted habrá podido observar, en los papeles que le he presentado, el pobre don Miguel Angel me debía cinco mil liras. Las tres o cuatro mil—esperemos que sean cuatro—que el nuevo propietario daría por el palacete, quedarían, no a cuenta, sino como saldo de mi crédito. Yo estoy satisfecho. ¿Le satisface a usted?

Satisfechísima; la señora Nela se quedaba satisfechísima. Y el notario volvióse a su despacho cuando ya había cerrado la noche.

Marábito lo estaba aguardando.

Don Nocio, en cuanto le vió, le puso las manos en los hombros, exhalando un gran suspiro.

—Una vez había un padre que se quejaba así: «No lloro porque mi hijo pierde en el juego; lloro solo porque busca el desquite». Tenía un crédito con el Maltés de cinco mil liras. Por no perderlas estoy cometiendo la locura más grande que he hecho en mi vida. Siéntese. ¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y uno—respondió sentándose Marábito.

—¿Y no está usted aún satisfecho? ¿Qué intenciones tiene usted?

El viejo permaneció mirándole sin comprender.

—¡Ah! ¿Finge usted no comprender, eh? ¡Vive usted demasiado, querido! ¡Mal vicio es ese! Debe usted dejarlo. ¿Qué le parece a usted mismo de esa vida tan larga?

Marábito sonrió y levantó una mano con un gesto vago.

—Nada, excelencia. Parece como que esté asomado a una ventana.

—¡Muy bien!—exclamó el notario—. ¿Y tiene usted intención de estar mucho tiempo aún asomado a esa ventana?

—Por mí—respondió el viejo—si me la cerraran mañana mismo, me harían un favor. Morir, sí,

excelencia, es lo más fácil; pero vivir adrede no es cosa fácil, si Dios no quiere. Él, es quien debe decirlo; yo estoy dispuesto. ¿Tiene algo que mandarme?

El notario le citó para el día siguiente: renovarían el contrato de la cesión vitalicia y asumiría él el compromiso del Maltés.

—Con tal qué...—le dijo, abriendo los brazos y abandonando a aquel gesto la frase.

El viejo, desde la calle ya, alzó un dedo al cielo, lleno de estrellas y unió las manos para significar.

—Ruegue usted al Señor...

VI

Cuando la viuda llegó a saber que el amigo de quien le había hablado el notario, a propósito de la renta vitalicia de Marábito, era precisamente él, el notario en persona, pareció realmente que iba a volverse loca de rabia. Ya decía ella que don Nocio debía haberse comido la mitad de la herencia de su esposo.

¿Era posible que el más rico comerciante del pueblo hubiese dejado a su familia en tan tristes condiciones? Por lo demás, allí estaba la prueba: Zágara no había tenido valor para confesarle que el contrato con el viejo lo renovaba él por su cuenta, en aquellas condiciones de verdadero ju-

dío. Y si lo renovaba por su cuenta, ¿no era señal de que el negocio era bueno? ¿Entonces? Entonces ¡ladrón! ¿Más claro?

—¡Aprovecharse de una mujer! ¡de una pobre viuda! ¡de dos huérfanas!—gritaba, ante la gente que iba a condolerse de la desgracia—. ¡Es una acción que clama venganza ante Dios! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

La causa de todo el mal, no era ya Marábito, sino él, el notario. Confiaba en Dios que el fundo, donde su santo marido había empleado tanto dinero, y no lo había disfrutado, no lo disfrutase tampoco aquel ladrón. Y un día mandó llamar al viejo.

Marábito se le presentó, todo afligido y azorado. La señora, en cuanto lo vió, renovó el llanto y los gritos; luego prorrumpió:

—¿Vé usted? ¿Vé usted lo que ha hecho?

El viejo tenía también lágrimas en los ojos.

—¡No llore! ¡no llore usted!—le gritó indignada la viuda—. Sólo con una condición puedo perdonarle: a condición de que haga usted a ese bribón, lo que hizo usted a mi marido. ¡Degüéllelo usted vivo, haga que se muera antes que usted, y le perdono! Y mucho cuidado con morir ahora ¿entiende usted? ¡No ha de gozar del fundo ese bribón! ¡no se beberá la sangre de mi marido! Si es usted cristiano, si tiene usted conciencia, si le importa su honor, ¡viva usted! ¡viva usted! Y con buena salud ¿eh? ¡cuidadito! ¡robusto y fuerte, hasta que él reviente! ¿Ha comprendido usted?

—Sí, señora, sí; como «vucencia» me mande —respondía el viejo, acorralado, aturdido, por aquel torrente de palabras—. Pero señora mía, créame, estoy confundido, y Dios sabe lo que siento dentro de mí. ¿Hubiera podido esperar, hubiera podido creer, que iba a vivir tanto?

—¡Y otro tanto, otro tanto tiene usted que vivir!—replico, con nuevo ímpetu, la señora Nela. ¡Para castigo de ese embrollón! ¡Y cuídese usted! Y si necesita usted algo, dígamelo, y venga enseñada a verme. ¡Hasta el pan de la boca me quitaría para dárselo a usted! ¿Tiene usted bastante ropa? Aguarde; se la daré yo... ahora puedo dársela... la de aquel santo... Debe usted tener cuidado con el frío, ahora que el invierno está ya en las puertas. Aguarde usted, aguarde.

Y, a la fuerza, quiso hacerle un paquete con los trajes más fuertes del marido. Al ir sacándolo del armario, lloraba, se mordía los labios, se enjugaba los ojos, tragaba...

—Aguarde... aguarde usted aún; esto es... también esta capa... Se la ponía él, mi santo marido, cuando iba allá abajo, a su finca... Tómelo, tómelo usted... Léveselo... Le abrigará a usted mucho; le resguardará de la lluvia y del viento. ¡Mucho cuidado con el aire, a su edad!... Hay siempre un airazo en este pueblo...

Marábito no pudo menos de cargar con los donativos—que no demostraban ni compasión, ni benevolencia hacia él—y volvióse, humillado, al arrabal.

—¿Trae usted caza, Marábito? ¿Qué es eso?— le preguntaron alegremente las vecinas, creyendo que llevaba ropa para el ajuar de la huérfana. Pero al ver los trajes y la capa del Maltés, comenzaron a hacer los conjuros de ritual.

—¿Por qué se ha traído usted eso, Marábito? ¡Tírelo enseguida, sin tocarlo con las manos!

El anciano encogióse de hombros y volvió a hacer el envoltorio.

Pero aquella noche, con la ropa del muerto en su casa, no pudo pegar los ojos y le pareció que tardaba mil años en despuntar el día para deshacerse de ella dándosela de limosna a los pobrecillos más necesitados que él.

Como una sombra de tristeza le quedó, desde entonces, a Marábito en el rostro. Y esa sombra ibase ennegreciendo, de vez en vez, siempre que volvía de percibir su renta vitalicia.

El notario, a decir verdad, no le trataba mal; pero insistía en la broma de aquel mal vicio de vivir demasiado. Al pobre viejo se le entristecía el corazón. No había vivido, en su vida, a costa de nadie y ahora vivía únicamente para pesar sobre sí mismo y sobre los demás. El tener que ir, cada quince días a que le pagasen el descuento de aquel peso, habíase tornado como una condena para él, y, con toda el alma deseaba, cada vez que de allí volvía, que aquella fuese la última. Mas los días pasaban, pasaban los meses y los años; la tristeza aumentaba y la muerte no llegaba; no llegaba.

Las vecinas, al verlo así, habían redoblado sus cuidados: no le consentían que se retrasase tanto, por las noches, de conversación con ellas ante la puerta de la casa.

—Entrese usted, hace fresco; ahora iremos nosotras.

Esperaban que sus hombres volvieran del trabajo, o del campo, o de los hornos, o de las fábricas; la primera visita era para él viejo. Y allí, en la casuca, tras la frugal cena, se recogían en las noches de invierno para acompañarle, los hombres fumando sus pipas, las mujeres con sus calcetas y obligaban al viejo taciturno a hablarles de su vida, de la lejana América, donde había ido en su juventud y en donde se había adaptado a todo género de trabajos.

—Mejor pan negro, que hambre negra.

Así había podido reunir el capitalito con el que, al volver a la patria, adquiriera las tierrecillas de allá abajo. Y poco a poco, al hablar de los años trabajados, el viejo sacudía el peso de la melancolía. Hablaba de todo: lo sabía todo. ¡Había visto tanto!

—¿Usted? ¡María Santísima!... ¿Qué sabe usted?—le decía, no obstante, entornando los ojos, alguna vecina de las más jóvenes—. ¿Pero si usted es un niño?

Y las demás refan.

Aquellas conversaciones no se prolongaban hasta demasiado tarde, ya fuese porque los hom-

bres tenían que levantarse al amanecer para sus trabajos, ya para no fatigar demasiado al viejo. Le daban las buenas noches; le recomendaban que cerrara bien la puerta y que llamara en un caso de apuro; luego, en voz baja, exponían sus impresiones sobre el estado de Marábito.

—¡Cien años, cien años vive, como Dios es cierto! Poco le falta ya... ¡Y está divinamente!...

—Sí, sí; pero, a veces, aun estando tan bien... de repente... A esa edad no se sabe nunca... Se mueren como pajaritos...

Y volvíanse a mirar, consternados, la puerta cerrada de la casuca en la plazuela desierta, con los guijos brillantes bajo la luna. ¡Quién sabe si mañana volvería a abrir la puerta el viejo!

VII

Durante años y más años la primera en abrirse en la plazuela al alba fué siempre aquella puerta.

Era indudablemente una ironía de la muerte: al Maltés primero, y ahora al notario Zágara. Y se reían de ello en todo el pueblo. No pasaba día sin que, tres o cuatro curiosos, no se dirigieran a Rábato para ver al viejo que «no se moría por castigo». Habíase formado en el pueblo una especie de leyenda sobre Marábito, en la que aparecía alegre, robusto, obstinado en vivir a despecho de

todos, y los curiosos sentían una desilusión en el primer momento al ver ante ellos a aquel viejecillo encorvado y endeble, humilde y esquivo, que evadía rudamente de su presencia y de sus preguntas, que sonaban como una irrisión para el pobre notario, del que no sólo se condolía, sino que lamentaba sinceramente el daño que su vivir, fastidioso y triste, le producía, sin darle a él placer alguno.

—¡Dejadme tranquilo! ¡No me fastidiéis!—gritaba irritado y exasperado a las comadres que iban a desenterrarlo de la casuca, en donde se ocultaba a la primera aparición de un desconocido en la plazuela de Santa Cruz.

Las vecinas no lo hacían por molestarle. Aquella curiosidad de todo un pueblo les parecía de buen augurio para el viejo que custodiaban, como si alguien se lo hubiese confiado a sus cuidados para que un verdadero milagro se cumpliera; y por ello, a porfía se lo enseñaban a todos.

—¡Pasado mañana noventa y cuatro años! Ya no se muere.

Cerca de veinte años atrás, esto es, cuando del campo había ido a ocupar la casuca, ellas tenían aún los cabellos rubios o negros; y ahora, ¡había que verlos!—¡grises! ¡blancos!—; mientras el viejo seguía lo mismo. Para todos había pasado el tiempo; para él, no. Aquél había muerto; aquel otro también, allí al lado; no era cosa de creer que la muerte no había pasado por aquella plazuela;

pero como si la casa del viejo no hubiese existido para ella.

Marábito escuchaba atónito ante las vecinas, aquella historia tantas veces repetida; y cada vez, al oír nombrar a los muertos del vecindario, todos menos viejos y útiles aún a sus familias, comenzaba a llorar silenciosamente con las cejas calvas, resecos los ojos por los años.

Las lágrimas le corrían por las arrugas hasta la boca sumida y fruncida; y entonces levantaba una mano temblorosa y con los dedos nudosos se apretaba los labios, mientras con los párpados trataba de encerrar en los ojos el llanto.

—¿Y ésta?—le decían las vecinas para distraer enseguida al viejo, indicándole a Anuca, su otra protegida—. Tenía apenas dos años, pobre huerfanita, cuando él llegó aquí. Y ahora, ¿qué muchachota, eh? El abuelo Titto había prometido pensar en ella: pero de algún tiempo a esta parte se ha vuelto malo y parece que ya no quiere a nadie.

En efecto, Marábito había llegado a tener una verdadera obsesión con su longevidad; había comenzado a creer en serio, que la muerte se había olvidado adrede de él, para sostener aquella ironía de que todos hablaban. Con el dinero que había cobrado del Maltés y con el que seguía cobrando del notario, se había cobrado y más cobrado el fundo; la muerte entonces, teniéndolo en pie aún, se divertía haciéndole cometer una mala jugada,

obligándole a hacer un papel de gorrón: esto es.

El no quería. Todo el pueblo se reía, como si para él fuese un gusto eso de vivir a costa de los demás; no, no; no quería, no quería ya. Y los cuidados, las recomendaciones solícitas de las vecinas, le irritaban. ¿No querrían también ellas burlarse a espaldas suyas? Y a propósito, se exponía al frío; y a propósito, volvía empapado por la lluvia, y se rebelaba cuando ellas le llamaban viejo chocho y le obligaban a entrarse para que se cambiase de ropa y se acostase.

—¡Dejadme tranquilo! ¡Dejadme morir! ¡Si es lo que estoy buscando! ¡Ya estoy fastidiado!

¡Pero todo inútil: no se moría!

Surgió entonces en él la sospecha de que una fuerza misteriosa, de ultratumba, lo sostuviese en pie: el alma en pena de Ciuzzo Pace que, sin duda, lloraba aún por su finquita, que había perdido por unos cuartos. Eso es, sí; era Ciuzzo Pace, que quería que él le vengase.

Y resolvió que dijeran todos los domingos una misa por aquella alma en pena.

—¡Si se libra él, me libro también yo!

Estas y otras noticias, confiadas por las vecinas a los curiosos, llegaban hasta el notario, el cual afrontaba, como mejor podía, las bromas que se hacían a su costa.

—¡Burlaos! ¡Burlaos!—exclamaba—. ¡Siempre será poco, siempre será poco: algo más me merezco: dadme con un vergajo! Pero no digais nada

del viejo, os lo ruego. ¡Buen hombre, el pobrecillo! Lo sé: está llorando él también el castigo que me merezco. Le debo, no sólo gratitud, sino una compensación y se la daré. Si llega a los cien años, como le deseo, ¡veréis! ¡Música, luminarias, un banquete que haga época! Os invito a todos, desde ahora.

Era absolutamente dueño de sí, sin parientes próximos ni lejanos; podía darse el gusto de coronar triunfalmente el disparate que había cometido.

Por lo tanto, un día, que vencía el plazo de la renta y no vio llegar al viejo al despacho, sintió un verdadero disgusto.

¿Qué haya enfermado precisamente ahora?—pensó—. ¡Sería una verdadera lástima! ¡Me aguardaría la fiesta!

Y se dirigió a Rábato para inquirir noticias del viejo.

Lo halló, según costumbre, sentado ante la puerta de su casuca, recogido bajo un débil rayo de sol invernal.

En el acto, se levantó el viejo, para ofrecerle la silla.

—¿«Vuecencia» aquí?

—¡Vaya un gusto el de hacer mover a las montañas!—dijo, refiriéndose a sí mismo, jadeando el notario, dejándose caer, poco a poco, en la silla, como si temiese derrengarla bajo su peso—. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Por qué no ha ido hoy a la notaría?

En lugar de Marábito respondió la tía Mila, aproximándose con las demás vecinas:

—¿«Vuecencia» quiere saber por qué? Porque nuestro viejo está chocho o loco.

—No, nada de eso; ni chocho, ni loco—dijo Marábito, arrugando el entrecejo. —He echado mis cuentas: «Vuecencia» me ha pagado ya la tierra, desde hace tiempo. Soy pobre, pero honrado. No quiero más dinero.

Nocio Zágara, quedóse un instante mirándole, admirado; después dijo:

—¡Querido viejo, es usted mucho más imbécil que yo! Yo le agradezco todo cuanto me dice, pero no puedo aceptar. Debo pagar hasta el último céntimo y pago por mi gusto y porque me da la gana.

—¿Pero no sabe «vuecencia»—replicóle Marábito con ira—que si no hago eso, no me moriré nunca? Le juro que si no fuese un pecado, hace ya tiempo que... Pero ya verá «vuecencia» que la muerte vendrá por sí misma, en cuanto no coja ni un céntimo de ese dinero que, en conciencia, no me pertenece. Repito que me ha pagado la tierra más de lo que valía.

—Pero yo no—replicó el notario—. Yo llevo la cruz desde hace catorce años ¿verdad? Quiere decir que hasta ahora he pagado... Aquí está la cuenta: también yo he echado las mías... Le he dado a usted diez mil doscientas veinte liras. La tierra fué tasada en doce mil: por tanto me quedan aún varios años que pagar.

—¿Y el dinero que he cobrado del pobre Maltés?
—le hizo observar Marábito.

—Ese no es asunto mío—replicó, imperturbable, el notario.

—Pero es que el negocio, perdone, ¿lo he hecho yo o lo ha hecho «Vuecencia»?—preguntó el viejo, entre las risas de todas las vecinas—. ¡Pues tiene gracia! ¿No soy dueño de morir cuando quiera?

El notario levantó la cabeza con una cómica gravedad:

—No; hasta que no le haya pagado el último céntimo, no. ¡Si después, usted quiere seguir viviendo, tanto gusto! Le prometo a usted que nos divertiremos.

Y se marchó, dejando el dinero.

VIII

Zágara, el notario, era hombre de palabra.

En la mañana de aquel gran día, todo aquel arrabal, de Rábato, se despertó con el alegre trepidar de la banda que, a son de marcha se dirigía a la vivienda del viejo centenario.

La casuca había sido adornada con guirnaldas y banderolas durante la noche, mientras el viejo dormía. En la plazuela se habían puesto los palos para la girándula. Y las vecinas habían preparado otra sorpresa a su viejecito: un traje nuevo para

la fiesta, cortado y cosido por ellas mismas. Cuando la multitud, en unión de la banda de música se vertió en la plazuela, la puerta de la casuca permanecía cerrada.

—¡Viva Marábito! ¡Que salga! ¡Que salga Marábito!

Nada. La puerta seguía cerrada. En balde los vecinos golpeaban a ella con las manos y con los pies. La vibración de las cornetas y los golpes del bombo, entre el estruendo confuso de los gritos y de los aplausos ensordecía, e inútilmente, por aquí y por allá, alguien, intérprete de la consternación del vecindario, hacía señas de que callasen, de aguardar a que el viejo abriese la puerta y diese señales de vida.

De improviso otro grito partió de la multitud:
—¡Viva el notario!

Nocio Zágara se deshacía, con la chistera en la mano, dando gracias a todos, sobrepasándolos con su elevada estatura. Caro pagaba los vivas que no eran una burla en aquella jornada: la gente se divertía con la inopinada fiesta y le agradecía la diversión; no hubiera dado, seguramente, una semejante el Maltés.

Sí, pero tampoco la hubiese dado el notario, si hubiese podido imaginar el dolor y la humillación que había de producir en el viejo. Lo comprendió al llegar, ante la puerta, entre aquella baraunda de gente. Se hizo abrir paso; ordenó a los vecinos que guardasen la entrada, para impe-

—¿Y el dinero que he cobrado del pobre Maltés?
—le hizo observar Marábito.

—Ese no es asunto mío—replicó, imperturbable, el notario.

—Pero es que el negocio, perdone, ¿lo he hecho yo o lo ha hecho «Vuecencia»?—preguntó el viejo, entre las risas de todas las vecinas—. ¡Pues tiene gracia! ¿No soy dueño de morir cuando quiera?

El notario levantó la cabeza con una cómica gravedad:

—No; hasta que no le haya pagado el último céntimo, no. ¡Si después, usted quiere seguir viviendo, tanto gusto! Le prometo a usted que nos divertiremos.

Y se marchó, dejando el dinero.

VIII

Zágara, el notario, era hombre de palabra.

En la mañana de aquel gran día, todo aquel arrabal, de Rábato, se despertó con el alegre trepidar de la banda que, a son de marcha se dirigía a la vivienda del viejo centenario.

La casuca había sido adornada con guirnaldas y banderolas durante la noche, mientras el viejo dormía. En la plazuela se habían puesto los palos para la girándula. Y las vecinas habían preparado otra sorpresa a su viejecito: un traje nuevo para

la fiesta, cortado y cosido por ellas mismas. Cuando la multitud, en unión de la banda de música se vertió en la plazuela, la puerta de la casuca permanecía cerrada.

—¡Viva Marábito! ¡Que salga! ¡Que salga Marábito!

Nada. La puerta seguía cerrada. En balde los vecinos golpeaban a ella con las manos y con los pies. La vibración de las cornetas y los golpes del bombo, entre el estruendo confuso de los gritos y de los aplausos ensordecía, e inútilmente, por aquí y por allá, alguien, intérprete de la consternación del vecindario, hacía señas de que callasen, de aguardar a que el viejo abriese la puerta y diese señales de vida.

De improviso otro grito partió de la multitud:
—¡Viva el notario!

Nocio Zágara se deshacía, con la chistera en la mano, dando gracias a todos, sobrepasándolos con su elevada estatura. Caro pagaba los vivas que no eran una burla en aquella jornada: la gente se divertía con la inopinada fiesta y le agradecía la diversión; no hubiera dado, seguramente, una semejante el Maltés.

Sí, pero tampoco la hubiese dado el notario, si hubiese podido imaginar el dolor y la humillación que había de producir en el viejo. Lo comprendió al llegar, ante la puerta, entre aquella baraunda de gente. Se hizo abrir paso; ordenó a los vecinos que guardasen la entrada, para impe-

dir que la multitud se precipitara al interior, y golpeó la puerta con el bastón, dando una voz.

El anciano abrió al fin, y entonces estallaron los aplausos y los gritos más clamorosos.

—¡Cómo! ¿Por qué?— exclamó don Nocio viéndolo a Marábito tembloroso y con lágrimas—. ¿Un pueblo entero le festeja y está usted llorando? ¿Así me agradece usted que haya querido celebrar sus cien años?

No hubo manera de hacerle comprender que aquella fiesta no tenía por objeto el ponerlo en berlina. Y, cuando al fin, arrastrado por el notario, se asomó a la ventanita de la puerta de la casuca, lloraba y sacudía la cabeza a los vivas y a los aplausos de la muchedumbre.

Anuca le llevó el traje nuevo, en unión de las demás vecinas; después, en la iglesia de Santa Cruz, se dijo una misa a la cual también el notario quiso asistir:

—¡La primera y la última!

Y, a la salida, disparar de cohetes y tamborileo. Llegó, al fin, la hora del banquete.

Nocio Zágara había alquilado, para esta ocasión, un almacén de planta baja, tan largo que no acababa nunca: de un extremo al otro corría la mesa. De un lado tomaron asiento los amigos del notario y del otro todos los vecinos. Marábito fué llevado en triunfo, casi a viva fuerza, sentándolo en el puesto de honor, junto al Zágara.

Estaba atolondrado. En medio del estruendo

volvía ora hacia uno, ora hacia otro de los comensales que le llamaban con los vasos en alto para augurarle otros cien años de vida, e inclinaba la cabeza, en acción de gracias. Pero no refa, no comía, no bebía.

Algunos, al principio, habían tratado de obligarlo, pero, después, a petición del notario lo habían dejado. La fiesta no era para él, sino para los demás; él, solo representaba allí, los cien años: los cien años sin razón de ser.

Pensándolo bien, todo aquel holgorio era, en su chavacanería, tan triste como un desaliento. Por añadidura, quisieron que el viejo hablase, que brindase, que dijese siquiera dos palabras. Tanto insistieron que, al fin, lograron que se pusiera en pie, con el vaso temblándole en la mano.

—¿Qué debo decir? Solo Dios conoce mi vergüenza. Doy gracias a mi bienhechor. Y no me queda ya más que poner un bando en la ciudad para que las gentes, en cuya casa entre la muerte, le digan que en Santa Cruz, en el Rábato, hay un viejo que desde muchos años la está aguardando y que venga por él...

Pero Marábito fué interrumpido en este instante por algunos comensales que se levantaron presurosos al ver, entre el coro de las risas que acompañaba cada una de las palabras del viejo, que el notario palidecía de improviso y dejaba caer la cabezota sobre el pecho.

Volviéronse todos a mirar, poniéndose en pie

y apelonándose en torno de Zágara. Creyóse en un principio, que la risa, el vino, el estrépito, hubieran ocasionado al notario aquella imprevista indisposición.

Entre el general desorden fué llevado en la misma silla a una casa vecina, sostenido por todos los brazos: tenía los ojos cerrados y la boca abierta, de par en par, de donde salía un angustioso estertor.

El amplio almacén, con la mesa en desorden, las sillas caídas, quedó desocupado. Nadie se había cuidado del centenario, que había caído al suelo presa de un convulso calofrío, en el instante en que acudía con los demás en ayuda del que, momentos antes, había llamado su bienhechor.

IX

Alguna gota distanciada sobre la trémula mano extendida: después, apenas perceptible, el repiquetear de las primeras gotas sobre los pámpanos casi amarillentos de la viña; al fin, las gotas arrieron y fué un amplio crepitar continuo.

—¿Llueve, abuelo?

El viejo Marábito inclinó varias veces la cabeza, sonriendo a Nociarelo, que se hallaba sentado a su lado, en el umbral del palacete que el Maltés había construído en el lugar de la antigua «cosa».

Grigóli y Anuca, casados desde hacía cuatro

años se hallaban fueran, en la tierra, vuelta a poder de Marábito, a la muerte del notario: Grigóli, subido en un olivo, iba desprendiendo la aceituna; Anuca las recogía en el suelo.

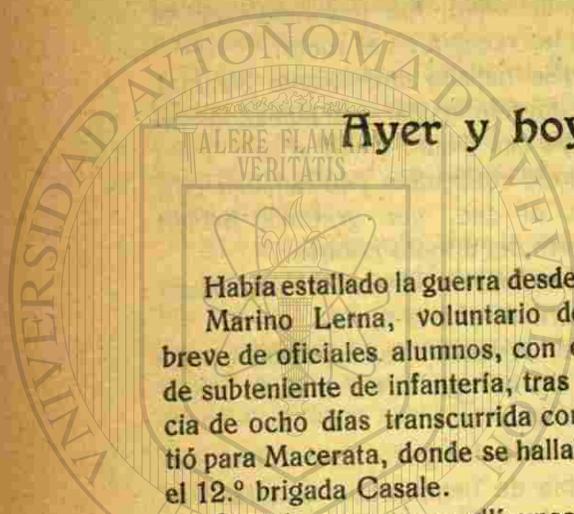
¡Pobrecilla! ¡Se hallaba nuevamente encintal El viejo hubiese querido ayudar a su hija adoptiva. No le pesaban ya sus ciento cinco años... Pero los muchachos no le consentían y le dejaban cuidando del niño, al que, por gratitud, habían impuesto el nombre del difunto notario.

—Abuelo, ¿y mamá? — preguntó nuevamente Nociarelo, consternado por la lluvia.

—Ahora vendrá corriendo—le respondió el viejo—. ¡Deja que llueva, que la tierra tiene sed y esta agua es bendita!

De cerca y de lejos, los gallos anunciaban alegremente el cambio de tiempo. Las alondras entreteníanse aún en los llanos, dudando que aquellas nubes fueran a tomarlo en serio; de cuando en cuando, cambiaban entre ellas algún pío breve, como si se aconsejaran:

—¡Escapémonos!



Ayer y hoy

Había estallado la guerra desde hacía unos días. Marino Lerna, voluntario del primer curso breve de oficiales alumnos, con el nombramiento de subteniente de infantería, tras una breve licencia de ocho días transcurrida con su familia, partió para Macerata, donde se hallaba su regimiento: el 12.º brigada Casale.

Contaba con pasar allí unos meses, con objeto de adiestrarse, por lo menos, en el mando, instruyendo reclutas, antes de que le enviasen al frente. En cambio, tres días después de su llegada, mientras estaba en el patio del cuartel, sintió que le llamaban de improviso sin saber quién; y en la escalera halló a los otros once subtenientes, que habían llegado con él a Macerata, de los diversos destacamentos.

—Pero, ¿quién nos llama? ¿Qué quieren?
Arriba, en la sala; donde está el coronel.

Rígido, cuadrado, como sus compañeros, ante una maciza mesa, cubierta de legajos, desde las

primeras palabras de aquel coronel de la Guardia civil que tenía interinamente el mando del cuartel, comprendió poco después que debía haber llegado para ellos la orden de incorporarse.

Deslumbrado aún por el sol de Junio, que brillaba, abajo, en el amplio patio, no logró, en un principio, distinguir en la penumbra de la tétrica estancia, más que la plata de las insignias en el cuello del uniforme del coronel, el rojizo color de un rostro acaballado, cortado por gruesos bigotes y el blanquear de los papeles en la mesa.

Durante algún tiempo perdió, en el tumultuoso desorden de sus ideas y de sus sentimientos, el sentido de las palabras que aquel coronel de la Guardia civil profería con voz dura y cortante. Esforzóse para prestar atención—y sí, señores—, era precisamente aquéllo: la orden de marcha para la tarde del día siguiente.

Ya en el depósito se sabía que el 12.º ocupaba en el frente una de las más ásperas y difíciles posiciones, sobre el Podgora; y que los oficiales más jóvenes habían sido segados en varios infructuosos asaltos. Era, pues, necesario correr a llenar aquellos huecos.

La tensión de ánimo, en cuanto el coronel despidió a los doce muchachos, se manifestó en cada uno de ellos, por un instante, en un extraño atolondramiento, casi de engañosa embriaguez. Pronto la abandonaron para entregarse a una ruidosa expansión, de la cual, a poco, se recobraron con

el cuidado de demostrarse mutuamente que aquella alegría no era hija de la afectación.

Sin embargo, se pusieron todos de acuerdo en la decisión de correr al telégrafo para anunciar a las familias, con animosas palabras, la partida.

Todos, menos uno. Precisamente aquel que, entre los ochenta del pelotón de oficiales alumnos, en Roma, había sido destinado con Marino Lerna al 12.º regimiento: un tal Sarri; precisamente aquel tal Sarri que a Marino Lerna le había desagradado tanto tener por compañero, como si la suerte hubiese querido juntarle, entre los ochenta camaradas del pelotón romano, al que le resultaba más antipático.

Y es que Sarri no tenía, realmente, a quien participar su partida. En aquellos tres días, que habían pasado juntos en Macerata, Marino Lerna, sin haber logrado cambiar por completo su primera opinión, habíase sentido, no obstante, el mejor dispuesto hacia él, tal vez porque en la intimidad había dejado aquel aspecto despreciativo que en Roma le había hecho antipático a todos los compañeros del pelotón.

Marino Lerna había creído adivinar que aquel aspecto de Sarri provenía de un propósito, que era en él casi una necesidad instintiva, de no confundir jamás su sentimiento con el de los demás, demostrando, por todos los medios, que él sentía, no ya diversamente, sino opuestamente, sin cuidarse, en absoluto, de la estimación ajena.

Era, tal vez, en realidad, más antipático por profesión que por temperamento, y tenía el orgullo de las antipatías que despertaba. Podía permitírselo, porque era sumamente rico y solo en el mundo.

Desde Roma se había llevado a Macerata una muchachita alegre, que mantenía desde hacía próximamente tres meses, bien conocida por sus compañeros de pelotón. Contaba él también con permanecer en el depósito algo más de un mes y quería durante aquel tiempo saciarse—decía—, por lo menos, del gusto más fácil, el gusto bestial del otro sexo, seguro como se hallaba, de que no se libraría de la muerte; de todas maneras, la idea de seguir viviendo, una vez terminada la guerra, en el énfasis de una patria llena de heroes, se le hacía intolerable.

Marino Lerna, viéndole quedarse atrás, mientras con los otros se dirigía al telégrafo, se detuvo.

—¿Tú no vienes?

Sarri se encogió de hombros.

—No... quería decir...—prosiguió Lerna, para corregir, algo azorado, la necedad de la pregunta—, quería pedirte un consejo.

—¿A mí?

—No sé... mira; hace tres días, al salir de Roma, aseguré a mis padres...

—¿Eres hijo único?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Te compadezco.

—Ya... ¡ya lo sé! por mis padres. Les aseguré que no partiría para el frente hasta dentro de unos meses y que antes de marchar hubiera ido a despedirme por...

Estaba para decir «por última vez». Se interrumpió. Sarri, comprendiéndolo, sonrió.

—Dilo, hombre, *por última vez*.

—No, no; esperemos que no. Fuí a despedirme *una vez más* antes de partir.

—Bueno; ¿y que más?

—Aguarda. Mi padre me hizo que le prometiera que, en el caso de que me hubiesen negado la licencia, le avisaría a tiempo para que pudiese venir con mi madre a despedirme aquí. Resulta, ahora, que salimos mañana a las cinco de la tarde.

—Si toman esta noche el tren de las diez,—prosiguió Sarri—mañana a las siete pueden estar aquí y pasar contigo casi todo el día.

—Entonces ¿me lo aconsejas?...—le preguntó Marino Lerna.

—¡No!—exclamó Sarri sin vacilar—. Perdona: has tenido la suerte de marcharte sin lágrimas...

—No; eso no, mi madre ha llorado...

—¿Y no te basta? ¿Quisieras verla llorar de nuevo? ¡Dí que partes esta noche y despídete desde aquí! Será mejor para tí y para ellos.

Viendo, después, que Lerna permanecía indeciso y perplejo:

—Adiós ¿eh?—le dijo—. Yo voy a anunciar a Niní mi marcha. Será cosa de reírse. ¡Me ama! Pero lo que es, a esa, si llora la acogoto...

Y se fué.

Mariano Lerna se dirigió al telégrafo, aún indeciso, sin saber si seguir o no aquel consejo.

En el telégrafo halló a sus compañeros que habían teleografiado ya todos la despedida y nada más; hizo lo que ellos; mas, después, arrepintiéndose, le pareció que había hecho una traición a su pobre madre, al padre, y expidió otro telegrama urgente, en el que les decía que si tomaban el tren de la noche hubieran tenido tiempo de estar allí antes de la marcha.

* * *

La madre de Marino Lerna era una dura mujercita, a la antigua, de las que aún conserva la región.

Relativamente joven y no fea, pero desprovista de toda gracia y grotescamente vestida; erguida sobre su busto armado de fuertes ballenas, huesuda, algo correosa, sin ser delgada, corazón sencillo, mente estrecha y recta, parecía, cerca da ahora, en los oblicuos caminos de la vida entrevistos al ir desde la provincia a una ciudad como Roma, por extravagantes temores, por extrañas sospechas y desconfianzas, por cuya razón en su rostro moreno y áspero, tenía siempre los

ojos en guardia, agudos y dispuestos a volverse de un lado a otro.

Adoraba tanto a su único hijo, que, por él, por no separarse de él, ya estudiante de la Universidad, había dejado las comodidades de su antigua morada, patriarcales costumbres de su vida en un pueblo de los Abruzzos; y, desde hacía dos años, había ido a instalarse en la capital, donde se sentía como extraviada.

Llegó a la mañana siguiente a Macerata en tal estado, que su hijo enseguida se arrepintió de haberla hecho ir. Pero ella afirmaba que no, al descender del tren; que no, que no; sin poder apartar más los brazos del cuello de su hijo, llorando sobre su pecho:

—No me lo digas, Marinito... no me lo digas...

El padre, entre tanto, le daba palmaditas—serio, serio—en el hombro. Porque él era hombre. Y no lloraba.

En Roma, poco antes de partir, había tenido cierta conversación con un señor desconocido—que tenía también un hijo en campaña desde el primer día de la guerra y dos más pequeños en casa. Cierta conversación, sí... Nada... Una conversación de los padres, eso.

—Sin llorar...

Pero, en el esfuerzo de contener el llanto a toda costa—esfuerzo que se le hacía evidentísimo en los ojos brillantes, febriles—su pequeña persona sumamente encorvada, tenía ahora una ridícula

solemnidad artificiosa, que daba pena, puede que mayor aún que el abandonado dolor de la madre.

Hallábase, sin duda, exaltado; aludía a la misteriosa conversación con aquel caballero desconocido, como para ocultar en ella un propósito que mientras tanto tenía un extraño efecto: el de ponerle a él mismo de manifiesto, como si la estuviese viendo, su propia exaltación enmascarada de calma, que le producía tan pronto remordimiento, tan pronto fastidio, frente a la desnuda sinceridad, a la emoción fuerte y muda de su hijo, sufriendo por el llanto de la madre a la que trataba de animarla, más con las caricias que con las palabras.

* * *

Desdichadamente, como Sarri había previsto, fué un inútil dolor. Tras haber acompañado a sus padres a la fonda, Marino Lerna tuvo que volver inmediatamente al cuartel, en donde lo entrevistaron hasta cerca de las doce. Luego, el almuerzo en el mismo cuarto de la fonda (porque la madre con aquellos ojos, deshechos por el llanto, no podía bajar al comedor, y, además, porque no conseguía tenerse en pie); una vez terminado el almuerzo tuvo que volver a toda prisa al cuartel, para recibir las últimas instrucciones. De manera que los padres no pudieron verlo más que unos instantes antes de la marcha.

Pero al quedarse solos, el padre trató de hacer

un bonito discurso, largo y razonado, a su esposa. Cosas peregrinas debió decirle mientras trataba de engullir y se pasaba la mano temblorosa por los labios; que no era cosa de llorar así, porque nadie había dicho que Marino... ¡Dios nos libre!... los casos podían ser muchos... también podía ir el regimiento, por ahora, a segunda línea... sí, como decían, se hallaba en las avanzadas desde el primer día de guerra... Y, además, si todos los soldados que iban al frente tuviesen que morir, estaban lucidos... más fácil es que los hirieran... alguna heridita leve... en un brazo, por ejemplo... Dios ayudaría a su hijo... ¿por qué quería atraer la desgracia con aquel llanto? ¡Eh!... ¡eh!... de haberla visto llorar de aquella manera, Marino se hubiese impresionado; se hubiese impresionado seguramente...

Mas la madre decía que no era ella... Los ojos... los ojos... ¿qué le voy a hacer? Por la sensación que le daban todas las palabras, todos los movimientos de su hijo... una sensación extraña y cruel, de recuerdo.

—Cada palabra que me dice ¿entiendes? me hace el efecto de que no me la dice ahora, sino de que *me la decía*... ¡Eso es! Me queda impresa como si él ya no existiera... ¿Qué le voy a hacer?... ¡Dios mío, Dios mío!

—¿Y no es esto, querer atraer la mala suerte?

—¡No! ¿Qué dices?

—¡Digo que eso trae mala suerte! Y yo me

echaré a reír, ya verás como me echaré a reír, cuando se vaya.

De seguir así, todavía un rato, hubieran terminado por regañar. Mas allí estaba aguda, fustigante, la impaciencia por el retraso del hijo. Pero, Dios mío, ¿cómo no comprendían los superiores, que aquellos últimos momentos debían ser reservados al pobre padre y a la pobre madre?

La impaciencia degeneró en ansia insoportable, cuando todos los compañeros de Marino comenzaron a llegar poco a poco y a toda prisa, al hotel, en los coches que se detenían para recoger el equipaje y partir enseguida hacia la estación. Eso es; el asistente de uno bajaba ya el cofre; el asistente del otro la mochila, el capote, el sable; y, en marcha, todos a toda prisa, a todo trotar...

Marino, que había salido el último del cuartel, había tenido que ir a recoger un par de botas claveteadas, de campaña, que había encargado el día anterior; y se había retrasado.

Más que separación, fué un desgarró, un ímpetu, un apresuramiento. Se corría el peligro de perder el tren. En efecto, llegó con sus padres a la estación, cuando ya estaban cerrando las portezuelas; precipitóse hacia una, desde donde los compañeros se desgañitaban llamándolo; e inmediatamente partió el tren entre un tumulto de gritos, de llantos, de augurios, entre un revolotear de pañuelos, de manos, de sombreros...

Cuando el señor Lerna—que había agitado el

suyo hasta el final, aunque sin convicción alguna, casi irritado porque no le habían dado tiempo de hacerlo bien—se volvió, todavía medio aturdido, a buscar a su mujer, no la halló; la habían trasportado, desvanecida, a la sala de espera.

Una gran quietud en la estación. Ya no había nadie. Solo en el vacío deslumbrante del largo y fatigoso atardecer estival, los rieles luminosos y un lejano e interrumpido chirriar de cigarras.

Todos los carruajes habían partido llevando a las gentes que habían bajado a la estación a despedir a los suyos; y no quedaba ninguno cuando la madre de Marino Lerna, vuelta en sí, se halló en estado de que la trasportaran al Hotel.

El empleado de la sala de espera compadecido, se ofreció para ir al próximo «garage» a traer el omnibus automóvil que debería estar ya de vuelta.

A última hora, cuando la señora, sostenida, casi llevada en vilo, había tomado asiento, llegó precipitadamente y subió, una muchacha rubia, que Dios sabe de dónde había surgido, con un gran sombrero de paja florido de rosas, muy descotada y vestida originalmente; los ojos y los labios pintados; pero que lloraba también desesperadamente.

Era una linda muchacha.

Llevaba cogido en una mano, un minúsculo

pañuelito de batista azul bordado; tenía la otra mano deslumbrante de sortijas sobre la mejilla derecha como para ocultar el rubor y el ardor de una terrible bofetada.

La Niní que el subteniente Sarri se había llevado de Roma tres días antes.

El padre de Marino Lerna comprendió enseguida de qué género era aquella rubita. No lo entendió la madre que, viendo enfrente a otra mujer, que como ella lloraba, no pudo reprimir el preguntarle:

—¿La señora es esposa...?

Ella, con el pañuelito de muñeca en los ojos, indicó enseguida que no, con la cabeza.

—¿Hermana?—insistió la madre.

Pero, en aquel punto, intervino el marido, haciéndole por lo bajo, con el codo, una seña.

La muchacha sorprendió acaso aquella seña; de todas maneras comprendió que la equivocación de aquella vieja señora no podía durar mucho y no respondió.

Mas comprendió también otra cosa, otra cosa más triste, mientras seguía llorando. Comprendió que ella impedía ya a aquella pobre madre llorar, porque aquella pobre madre, ahora, sentía vergüenza de confundir sus lágrimas con las de ella.

Sin embargo, también eran lágrimas las suyas; y lágrimas de una pena bastante menos corriente y natural que las de una madre.

Niní, no había sido solo de Sarri, últimamente

en Roma; había sido, además, de otros compañeros de él, compañeros en aquel pelotón de oficiales alumnos; y, quién sabe, puede que, también, de aquel por quien esta pobre madre lloraba ahora.

Aquella misma mañana había almorzado con ellos, con diez de ellos. —Una mesa de diablos—. ¡Le habían hecho de todo y ella les había dejado hacer, para que se aturdieran como unos locos, pobres y queridos pequeños, próximos ya a partir para el frente! Habían llegado hasta a descubrirle el pecho, allí, en presencia de todos, en la fonda, porque eran famosos entre ellos, sus senos breves, casi virginales aún, de erectos botones; y se los habían querido ¡locos! bautizar con Champaña; y, ella, los había dejado hacer: tocar, besar, oprimir, estrujar, desgarrar... para que se llevasen, sí, para que se llevasen vivo allá arriba, el recuerdo de su carne de amor. Allá donde tal vez uno a uno, todos aquellos apuestos muchachos de veinte años habrían de morir mañana. Había reído tanto con ellos... y, luego, sí... ¡Dios mío!... luego, al besarlos por última vez... Y se había ganado, de parte de Sarri, aquella terrible bofetada en la mejilla derecha. Y, nada; no, no, no lo había tomado a mal...

¡Vaya, que bien podía dejarla llorar, sin ofenderse, aquella pobre madre!... Dejarla llorar, sí la dejaba; pero ya no lloraba ella y, Dios sabe, cuánto lo estaría necesitando la pobre...

Entonces se esforzó en contener sus lágrimas,

para dejar correr las de la madre. En vano. Cuanto más se esforzaba, tanto más impetuosamente le brotaban de los ojos, impulsadas por la misma razón cruel que le obligaba a retenerlas. Por fin, desolada, no pudiendo ya más, descubrió el rostro y prorrumpió en sollozos, gimiendo:

—¡Por compasión!... ¡por compasión!... ¡no lo puedo contener, señora!... Este llanto... también puedo llorar yo, señora... Usted por su hijo... yo, también... no precisamente por su hijo... por uno que ha partido con él, y que llegó a maltratarme porque lloraba... Usted por uno solo... yo por todos... puedo llorar por todos... También por su hijo de usted, señora... por todos... por todos...

Y volvió a ocultar el rostro, no pudiendo resistir el ceño duro de aquella madre, que le miraba ahora con el celoso rencor que tienen todas las madres para las mujeres como ella.

Demasiado dolor había sentido la madre por la marcha del hijo. Y ahora demasiada necesidad sentía de alguna tregua y de silencio. Aquella mujer se lo turbaba y hasta se lo ofendía. La idea de que el hijo no llegaría a estar en peligro hasta dentro de un par de días le concedía aquella tregua. Podía, pues, ser dura; y fué dura. Por suerte, el trayecto de la estación a la ciudad era breve. Al llegar, descendió del auto, sin dirigir siquiera una mirada a la muchacha; como si no existiera.

* * *

Al día siguiente, durante el viaje de vuelta, en la estación de Fabriano, la señora de Lerna, asomada con su marido a la ventanilla de un vagón de primera clase, volvió a ver a la muchacha que buscaba a toda prisa un puesto en el tren, llevando un gran ramo de flores entre los brazos. La acompañaba un joven y refán.

La señora de Lerna volvióse al marido y dijo en voz alta, para que lo oyera:

—¡Oh!... ¡Mira a la que lloraba por todos!

La muchacha volvióse sin ira, sin indignación.

—Pobre madre, buena y estúpida—le dijo con la mirada—. ¿No comprendes, que la vida es así? Ayer lloraba por uno. ¡Hoy es preciso que ría para éste!

Como gemelas

Una lamparilla encendida bajo un retrato de Pío X alumbraba apenas la estancia en donde el marqués D. Camilo Righi habíase recogido para no oír los gritos de su mujer que se hallaba de parto.

Pero llegaban hasta allí los gritos desgarradores; D. Camilo veíase obligado a taparse fuertemente los oídos con las manos y, contraído, encogido en sí mismo, como si le ladrasen a él también en el vientre aquellos quejidos, levantaba los ojos, llenos de pánico, acobardados, hacia el retrato de S. S. que, con la bondadosa sonrisa indulgente en el amplio y pacífico semblante parecía aconsejarle calma y resignación al marquesito, hijo de uno de sus guardias nobles, guardia noble también él, ahora, de su santo sucesor.

Don Camilo hubiese tal vez seguido aquel augusto y mudo consejo paternal, si hubiese tenido la conciencia tranquila, si cierto remordimiento no le hubiese acrecentado la pena por los espas;

Al día siguiente, durante el viaje de vuelta, en la estación de Fabriano, la señora de Lerna, asomada con su marido a la ventanilla de un vagón de primera clase, volvió a ver a la muchacha que buscaba a toda prisa un puesto en el tren, llevando un gran ramo de flores entre los brazos. La acompañaba un joven y refán.

La señora de Lerna volvióse al marido y dijo en voz alta, para que lo oyera:

—¡Oh!... ¡Mira a la que lloraba por todos!

La muchacha volvióse sin ira, sin indignación.

—Pobre madre, buena y estúpida—le dijo con la mirada—. ¿No comprendes, que la vida es así? Ayer lloraba por uno. ¡Hoy es preciso que ría para éste!

Como gemelas

Una lamparilla encendida bajo un retrato de Pío X alumbraba apenas la estancia en donde el marqués D. Camilo Righi habíase recogido para no oír los gritos de su mujer que se hallaba de parto.

Pero llegaban hasta allí los gritos desgarradores; D. Camilo veíase obligado a taparse fuertemente los oídos con las manos y, contraído, encogido en sí mismo, como si le ladrasen a él también en el vientre aquellos quejidos, levantaba los ojos, llenos de pánico, acobardados, hacia el retrato de S. S. que, con la bondadosa sonrisa indulgente en el amplio y pacífico semblante parecía aconsejarle calma y resignación al marquesito, hijo de uno de sus guardias nobles, guardia noble también él, ahora, de su santo sucesor.

Don Camilo hubiese tal vez seguido aquel augusto y mudo consejo paternal, si hubiese tenido la conciencia tranquila, si cierto remordimiento no le hubiese acrecentado la pena por los espas;

mos que en aquellos momentos soportaba su esposa. Ni conseguía acallar este remordimiento con todas aquellas consideraciones que, en otro tiempo, con el espíritu sereno, cuando no sentía sobre él, como ahora, la ira divina y el temor del castigo, no sólo bastaban a disculpar a sus ojos la propia culpa, sino que casi la disipaban por entero.

Su mujer, en efecto, no era ya para él, en aquel momento, aquella mujer áspera, fría, esquinada que, casi abiertamente, para que le dejase en paz, le había dispuesto a buscar en otro sitio el calor que hubiese anhelado hallar en ella y que ella no podía, o no quería, darle. Pero era ahora una pobre criatura en peligro, una pobre criatura que sufría atrocemente por su culpa y que no hallaría una compensación, un consuelo, a aquellos sufrimientos en el amor, en la fidelidad, de su esposo.

La compasión no le bastaba. Poco antes ella, irritada, lo había echado de su habitación, no pudiendo soportar su presencia, al verlo compungido, agobiado, y se había abrazado fuertemente a su madre, quejándose:

—¡Ay, me muero, mamá, me muero! ¡Cuánto sufro, mamita mía, cuánto sufro!

¡Y no poder hacer nada! Le había parecido hasta bella en aquel momento, transfigurada así por la horrenda tortura...

Desde hacía unos minutos habían cesado los gritos. En aquel silencio, de angustiosa expecta-

ción, surgió, rápida, en el marqués la esperanza de que el parto hubiese terminado ¡al fin! Y salió precipitadamente de la habitación, pero tropezó enseguida con dos doncellas que se dirigían a toda prisa, consternadas, a la de la parturienta.

—¿Todavía?

Le respondieron tristemente con un gesto.

En la amplia sala, de altísimo techo, sombríamente alhajada de antiguo mobiliario, que precedía al dormitorio, halló al tocólogo, rodeado de algunos parientes de su esposa, que habían acudido poco antes.

—Dolores fatigantes—murmuró el médico—. Tenemos para rato. Pero esté usted tranquilo, marqués: no hay peligro.

D. Camilo volvía a encerrarse en el gabinete, cuando un criado se le aproximó para decirle en voz baja que deseaban verle.

—No puedo recibir a nadie—respondió irritado el marqués—. ¿Quién es?

—Un viejecito... no sé... Dice que tiene que hablar a V. E. de algo grave y urgente.

D. Camilo tuvo un gesto de cólera al comprender de quién le venía aquella embajada.

—Hazlo pasar—dijo después.

El viejecillo entró con los titubeos de un pollo extraviado. Agobiado por la riqueza, solemne y austera, de la casa, no sintiendo sus propios pies bajo los gruesos tapices, saludaba grotescamente a cada paso.

—Ya sé quién le envía a usted—le dijo en voz baja el marqués—. Bueno; ¿qué tiene usted que decirme?

—Señor marqués... Excelencia... la señorita Carlota...

—¡Sss... más bajo!

—Si señor... dice... que si puede ir un momento...

—¿Ahora? ¡No puedo, no puedo! Diga usted que no puedo—respondió angustiado, el marqués—. Pero... además... ¿Qué quiere?

—Los dolores, Excelencia—susurró, tímidamente, el anciano—. Le han empezado los dolores...

—¿A ella también? ¿Ahora? ¿También a ella los dolores?

—Sí, señor, Excelencia... He ido yo mismo a avisar a la matrona. Pero no se preocupe V. E.; todo irá bien con la ayuda de Dios.

—¡Buena ayuda de Dios!—saltó don Camilo—. ¡Esto es cosa del diablo! Allí la marquesa...

Se interrumpió; agitó las manos; se restregó los ojos. ¡Las dos, las dos, castigo del cielo! ¡La mujer y la amante a un mismo tiempo, castigo de Dios!

—Pero ¿cómo?...—trató de inquirir abriendo los ojos.

Vió en su presencia a aquel viejecillo azorado, desorientado, y comprendió sus apuros.

—Váyase, váyase—le ordenó—. Diga usted

que... si puedo... dentro de unos momentos... ¡Ahora, váyase, váyase!

Y fué a refugiarse en el gabinete casi a obscuras, cogiéndose la cabeza entre las manos, como si, realmente, temiese perderla. Le faltaron las piernas: se dejó caer en una butaca y se encogió, se apelonó en ella, como para esconderse a sus propios ojos: ira, vergüenza, angustia, remordimiento, le dominaban tan por entero, que se mordió un brazo y agitó de tal manera la cabeza que se hizo un desgarrón en una manga. Saltó en pie:

—¿Cómo?—volvió a preguntarse—: ¿Carlota con los dolores? ¡También ella! Luego se ha equivocado... ¿Y qué hago ahora? ¿Qué puedo hacer? ¡Dios mío, qué desgracia, qué desgracia!

Recordó, de pronto, que el médico le acababa de decir que iba para largo el parto de la marquesa; se dirigió al guardarropa, que se hallaba allí al lado, sacó el abrigo de pieles, el sombrero del armario y salió precipitadamente, diciendo al criado:

—¡Vuelvo enseguida!

En cuanto se vió en la calle se precipitó hacia un coche, gritándole al cochero la dirección:

—San Salvador en Lauro, 13.

Un cuarto de hora después se hallaba en la antigua placita solitaria. Subió, a trancazos, la

escalera. La puerta del último piso se hallaba entreabierta.

A los primeros pasos, en obscuro recibimiento, tropezó con un maniquí de modista; al tropezón, otro maniquí que se hallaba detrás de aquel se le vino encima; el marqués tenía ya un pie levantado cuando se lo encontró entre las piernas y cayóse también él al suelo. Al estruendo, acudió una viejecita tocada con una cofia, con un candilito en la mano. Pero don Camilo se había ya levantado y daba un puntapie al maniquí:

—¡Malditos estorbos!

—¿Se ha caído el señor marqués? ¿Se ha hecho daño?

—No, nada. ¿Y Carlota?

—Pues... Ha llegado el momento... Pase, pase adelante.

En la habitación contigua tronó la voz imperiosa de Carlota:

—¡Dejadme tranquila! ¡Quiero pasear y me paseo!

Don Camilo la halló, en efecto, levantada, desceñida y magnífica, con los hermosos cabellos leonados, descompuestos, junto al lindo rostro, palidísimo y enérgico.

—¡Carlota!

—¡Marqués bribón! ¡Oh! ¿pero qué tienes, hijo mío? ¿Tu mujer también? Ya, ya sabía. Vamos, vamos, valor querido; ¡no es nada! Así te parecerá que has dado a luz tú dos veces... ¡Ay! ¡Ay! ¡ayyyy!

Le puso las dos manos en los hombros, apoyó la frente sudorosa en la frente de él; aguardó así un momento, después dijo:

—Nada; ¡ha pasado! Enjúgate la frente, perdona; quítame una duda: ¿le has dicho a tu mujer que querías un niño?

—No comprendo...

—¿Que te diera un varón?

—No, no... no le he dicho nada...

—Pues te dará una niña, ¡puedes estar seguro! Bueno; ahora sales un momentito y no te asustes. Te daré yo en seguida el varón: ¡cuenta con él! En seguida, en seguida. Veo que tienes prisa.

Sin querer sonrió el marqués, y se retiró a una habitación contigua.

Extrañísima en todo; en las maneras y en el lenguaje, hasta en aquellos momentos... ¡Qué diferencia!

Fastidiado, vejado, contrariado en todo por su esposa, sólo con ver a esta mujer sentíase reanimado en el acto; era otro. ¡Qué mujer! Despreocupada y franca, con la exuberancia de una vitalidad endiablada, tal vez hasta indiscreta en su exaltación por hacer bien; sincera, vehemente, afectuosa, le había comunicado un ardor, un fervor, del que jamás se hubiera creído capaz. ¡Y qué altiva! Jamás había querido aceptar de él más que algunos regalitos de escaso valor en prueba de afecto.

—Soy más rica que tú—solía decirle—. ¡Coso y como!

Vestía, en efecto, a las señoras más distinguidas de la aristocracia y de la burguesía, y había sido también modista de la marquesa de Righi; pero habíase visto tan maltratada por ésta, tan contrariada en sus gustos, en sus opiniones, que había jurado vengarse, no tanto por las humillaciones que había sufrido, cuanto por lástima hacia aquel pobrecito marqués que, con la mirada le había demostrado siempre que se hallaba conforme con ella, que también él era una víctima de aquella mujer flacucha, desgarrada, insufrible. Y, desde hacía año y medio, el marqués de Righi, amado por Carlota, se sentía otro hombre.

Un alarido largo, casi feroz, sacudió al marqués de estas reflexiones. Saltó en pie. Oyó la voz de la matrona, que decía en la habitación contigua:

—Bueno; ¡ya está! Calladita. Muy bien.

¡Padre! ¡Ya padre! Un extraño anhelo le dominó por ver a la criaturita que en aquel instante entraba en la vida por él. Pero ¡dos, dos en aquella misma noche, Dios mío! Tal vez en aquellos mismos instantes, en el palacio, nacía otra criaturita también suya. ¡Y él, aún allí! A esta idea, el anhelo se convirtió en ansiedad. ¿Todavía? ¿Todavía?

—¡Señor marqués!

Don Camilo acudió. Carlota, en el lecho, palidísima, abandonada, le sonreía.

Niña ¿sabes? ¡Encontrarás el varoncito allí! ¡Ve, dame un beso y corre, querido!

El se inclinó a besarla apasionadamente; mas antes de irse quiso ver a la niña. Se arrepintió. Vió un pequeño monstruo, amoratado, que infundía repugnancia.

—Verá, ya verá usted dentro de unas horas...— le dijo la matrona—¡Más bonita que la mamá!

Poco después, al entrar el marqués en el palacio, le fué imposible recordar nada de cuanto había dejado en la solitaria placita de San Salvador en Lauro.

Su mujer había muerto media hora antes en el parto, dejando una pobrecita niña, casi sin vida.

* * *

Más de tres meses habían transcurrido antes de que el marqués de Righi, envejecido diez años de aspecto, se dirigiese a ver a su amante.

Halló a Carlota aguardándole, segura de que volvería. Iba vestida de negro. No porque se le hubiese muerto alguien. Por él. Podría parecer ridículo, pero en esto, como en todo, ella no había seguido más que el impulso de su corazón.

Abrumada por la desgracia que había herido a su amado, sintió aquella necesidad; la de vestirse de negro, como él. Y Righi, al verla, en el primer momento, ni se dió cuenta siquiera, tan natural le pareció.

Carlota no trató de consolarle; se limitó a preguntarle por la pequeña, que él había dado a criar.

—Tres amas en pocos días—le dijo amargamente.—Si vieras ¡un esqueletito! No sé qué hacer. Todos han tenido para mí un corazón tan duro, tan negro... ¡Figúrate! ¡Me han abandonado! Temo mucho que esta ama también tenga poca leche.

—¡Pobrecita niña!—suspiró Carlota.

Entonces él manifestó el deseo de ver a su otra hija.

—¿La habéis bautizado?

—Todavía no—respondió Carlota, apartándose de los tristes pensamientos a que se había entregado—. He querido guardar a que tú dispusieses...

—Haz tú lo que quieras, como quieras.

—¿La llamaremos como tú?

—Como quieras...

La tía entró con la nena. ¡Oh, qué linda era! ¡Qué linda era ésta! ¡Qué florida! ¡Una rosa! Y, admirándola, el marqués no pudo menos de compadecer en lo íntimo de su corazón a la otra, a aquella otra, mísera, huérfana, desgraciada...

Carlota lo comprendió, y ciñéndole levemente el cuello con su brazo:

—Oye, Milo—le dijo—¿si quisieras?... Tu pobre pequeñita sin madre... ¿Sabes? Tendría leche para las dos...

Y los ojos se le llenaron en seguida de lágrimas.

D. Camilo sintió un estremecimiento de ternura

en todas sus fibras; ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

* * *

¡Oh! no, no: él no podía, en la desgracia que tan violentamente le había aterrado, que lo había puesto en guerra con todos y con él mismo, no podía prescindir de aquella mujer ferviente y fuerte.

Resolvió alejarse para siempre de Roma. Se retiraría a sus tierras de Fabriano. Rogó a Carlota que, por su amor, aceptara aquel refugio; se pusieron de acuerdo y la hizo partir antes con su hija y su tía.

Transcurridos unos veinte días, una vez todo dispuesto, partió él también para el campo, con la pobrecita niña sin madre.

Desde el primer momento Carlota se excedió con la huérfana en sus maternales cuidados. Tanto, que el marqués sintió cierto remordimiento por la otra niña, también suya, que parecía postergada.

—No—le aseguró Carlota feliz entre las dos criaturas—Mila, por el momento, no me necesita tanto. En cambio, Tinita, sí. Pero, ¿no has visto lo bonita que se está poniendo?

En efecto, la niña se había repuesto mucho, en aquellos pocos días, con la primavera, que reía y brillaba en el campo y en todas las ventanas de

la quinta, llena de sol. Pero aún, puesta junto a la otra, en la cunita común, parecía más pequeña.

—Ya verás—añadía Carlota—dentro de algunos meses parecerán gemelas y no sabremos distinguir la una de la otra.

D. Camilo Righi sabía de la indignación que había causado en Roma, entre su familia y entre sus relaciones, la escandalosa noticia de que había dado a criar su hija a su propia amante. —Pero, quisiera que vinieran aquí todos a ver juntas a las dos pequeñas y el amor y los cuidados que les prodigaba esta madre.

—¡Imbéciles!

Hilito de aire

Rebrillar de ojos, de cabellos rubios, de bracitos y piernecitas desnudas, impetu de risas que, ahogadas en la garganta, soltábanse en gritos breves, agudos—aquella fierecilla de Tití entró, precipitándose hacia el balcón, para abrir la vidriera.

No llegó más que a abrir el picaporte: un gruñido áspero, ronco, como de fiera sorprendida en su cubil, la detuvo, de pronto, la hizo volverse, aterrada, a mirar la habitación.

Obscuridad.

Las hojas del balcón habían quedado entreabiertas.

Deslumbrada aún por la luz de donde venía, no vió; sintió espantosamente, en la penumbra, la presencia del abuelo, en el sillón: impedimenta inmensa hundida entre almohadones, entre chales grises, a cuadros, entre mantas, ásperas y peludas; vaho horrendo de vejez, tumefacta y deshecha, en la inercia de la parálisis.

la quinta, llena de sol. Pero aún, puesta junto a la otra, en la cunita común, parecía más pequeña.

—Ya verás—añadía Carlota—dentro de algunos meses parecerán gemelas y no sabremos distinguir la una de la otra.

D. Camilo Righi sabía de la indignación que había causado en Roma, entre su familia y entre sus relaciones, la escandalosa noticia de que había dado a criar su hija a su propia amante. —Pero, quisiera que vinieran aquí todos a ver juntas a las dos pequeñas y el amor y los cuidados que les prodigaba esta madre.

—¡Imbéciles!

Hilito de aire

Rebrillar de ojos, de cabellos rubios, de bracitos y piernecitas desnudas, impetu de risas que, ahogadas en la garganta, soltábanse en gritos breves, agudos—aquella fierecilla de Tití entró, precipitándose hacia el balcón, para abrir la vidriera.

No llegó más que a abrir el picaporte: un gruñido áspero, ronco, como de fiera sorprendida en su cubil, la detuvo, de pronto, la hizo volverse, aterrada, a mirar la habitación.

Obscuridad.

Las hojas del balcón habían quedado entreabiertas.

Deslumbrada aún por la luz de donde venía, no vió; sintió espantosamente, en la penumbra, la presencia del abuelo, en el sillón: impedimenta inmensa hundida entre almohadones, entre chales grises, a cuadros, entre mantas, ásperas y peludas; vaho horrendo de vejez, tumefacta y deshecha, en la inercia de la parálisis.

Mas no era su presencia lo que la aterraba. La aterraba el hecho de haber podido olvidar, por un momento, que allí, en la penumbra de los balcones, siempre entornados, estuviese el abuelo; que, sin querer, hubiese podido infringir la orden severísima de sus padres—de largo tiempo impuesta y respetada por todos—, de no entrar en aquella habitación sin haber llamado antes a la puerta y pedir permiso (¿cómo se dice?)—«¿Me permites, abuelito?»— eso es, así; y después, despacito, despacito, de puntillas, sin el menor ruido.

Aquel ímpetu de risa, del momento de entrar, desvaneciéndose en el acto, en una congoja, próxima a estallar en sollozos. Agazapada, agazapada, entonces, temblando, de puntillas, la niña, sin suponer que el viejo, habituado a la espesa penumbra, pudiese verla, se dirigió hacia la puerta. Hallábase ya próxima al umbral, cuando el abuelo la llamó con un «¡Aquí!», imperioso y duro.

Se aproximó la niña, aún de puntillas, suspensa, asustada, conteniendo la respiración. Comenzaba también a distinguir en la sombra. Entrevió los ojos agudos, crueles, del abuelo, y enseguida bajó los suyos.

En aquellos ojos, en las bolsas hinchadas y acuosas de los párpados—de un rojizo desvanecido que hacía pensar con repugnancia en el viscoso contacto de la tarántula—, parecía haberse acogido, vigilante en un asiduo terror, y en una inten-

sidad de hastío, feroz y mudo, el alma del anciano arrojada del resto del cuerpo, invadido ya e inmovilizado por la muerte.

Solamente, y apenas, podía aún tratar de mover una mano, la izquierda, tras haberla mirado intensamente, cual si quisiera infundirle movimiento con la vista. El esfuerzo de voluntad, al llegar a la muñeca, lograba difícilmente levantarla un poco de las mantas; mas solo duraba un segundo: la mano volvía a caer inerte.

El anciano se obstinaba insistentemente en aquel ejercicio de voluntad, porque el leve impulso momentáneo, que aún podía arrancar a su cuerpo, era para él la vida, toda la vida, en la que los otros se movían libremente, de la que participaban por entero, de la que aún podía participar también él, pero hasta allí, hasta allí y nada más.

—¿A qué venías... al balcón?—balbuceó con estropajosa lengua a su nietecita. Ésta no respondió. Seguía estremecida. Mas, en aquel estremecimiento, el viejo advirtió enseguida algo nuevo. Advirtió que no era el habitual estremecimiento de la niña, cuando sus padres la obligaban a aproximarse a él. No. Había en él miedo, mas había también otra cosa más íntima, sofocada por la llamada suya, áspera e imprevista; otra cosa que convirtió en temblor extraño el ligero estremecimiento de la sorpresa.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

La criaturita, osando apenas alzar los ojos, respondió:

—Nada...

Pero hasta en la voz, hasta en la respiración de la nieta, el viejo advertía ya, algo insólito. Y añadió con despecho creciente:

—¿Qué tienes?

La niña prorrumpió en sollozos. Luego se tiró al suelo, convulsa, gritando y debatiéndose en aquellos sollozos, que irritaron tanto más al viejo, cuanto le parecieron extraordinarios.

Acudió la nuera, gritando:

—¡Oh, Dios mío! Tití ¿qué ha sido? ¿Cómo aquí? ¿Qué te pasa? Vamos... vamos ¡quietecital! Vamos con mamá, vamos... ¿Por qué has entrado aquí?... ¿Qué dices? ¿Malo? ¿Quién? ¡ah!... ¿Malo, el abuelo? Tú, mala, tú... El abuelo que tanto te quiere... Pero ¿qué ha sido?

El anciano, a quien iba dirigida la pregunta última, acechó feroz la boca roja y sonriente de la nuera, luego el lindo mechón de cabellos rubios, dorados, que la pequeña le enmarañaba en la frente con la mano, debatiéndose ahora entre sus brazos y tratando de obligarla a salir pronto de la habitación.

—¡Tití, ay, mi pelo!... ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Me lo estás arrancando... me estás arrancando todos los cabellos, mala! ¿Has visto? Mira... todo el pelo entre tus manitas... el pelo de tu mamá... mira... mira... mala...—Y, de entre los dedos de

la manita, abierta, fué sacando uno, luego otro, después otro hilo de oro, repitiendo:

—Mira... mira... mira...

La niña, impresionada de improviso como si realmente hubiese arrancado todo el cabello de mamá, volvióse a mirarse la manita, con los ojos llenos de lágrimas. Pero al no ver nada y al oír, en cambio, una carcajada, larga y alegre, de su madre, arreció en sus gritos, aún más, y la obligó a dejar la estancia.

El anciano jadeaba fuerte. Una pregunta le burbujeaba dentro, irritando su despecho de punto en punto:

—Pero, ¿qué es eso, qué es eso?

También en la voz, también en los ojos, también en la carcajada de la nuera, en el gesto con que, de entre los deditos de la niña había ido sacando los cabellos arrancados—primero uno, después el otro y después el otro—, había advertido algo extraño, algo extraordinario.

No; no estaban ni la niña ni su nuera como los demás días. ¿Qué tendrían? Y la ira subió de punto cuando, al bajar los ojos hacia la manta, extendida sobre sus rodillas, descubrió uno de los cabellos de su nuera, que, tal vez, llevado en el aire de aquella carcajada, había ido leve, leve, a posarse allí, sobre sus piernas muertas.

Obstinóse entonces, indefinidamente, en levantar la mano de las piernas para ir la aproximando poco a poco, a pequeños rebotes, hasta aquel

cabello que le era odioso como una irrisión. Y afanado en aquel esfuerzo—que prorrogado en vano durante media hora le había extenuado—lo halló su hijo, que por las mañanas, antes de salir a sus quehaceres, entraba en la habitación para saludarle.

—¡Buenos días, papá!

El anciano levantó el rostro. Una mirada, opaca y turbia, de temeroso estupor, le dilataba los ojos. ¿También el hijo? ¡Cómo! ¡El hijo también!

Éste creyó que su padre le miraba así para darle a entender su disgusto por la desobediencia de la nietecita, y se apresuró a decirle:

—¡Qué diablillo!, ¿verdad? Te ha molestado. ¿Oyes? Está llorando aún allí... La he reñido, ¿eh?, ya la he reñido... Adiós, papá. Tengo prisa. Hasta después, ¿eh? Ahora vendrá Nerina.

Y se fué.

El viejo le siguió con los ojos, aún llenos de asombro y miedo, hasta la puerta.

¡También él, el hijo! No le había dicho nunca con aquel tono:—«¡Buenos días, papá!»—¿Por qué? ¿Qué había pasado? ¿Se habrían confabulado todos contra él? ¿Qué había ocurrido? La niña había entrado primero, sobresaltada... luego la madre, con aquellas risas... luego los cabellos arrancados...—y, allí, uno a uno sobre sus piernas...—ahora el hijo, el hijo también con aquel alegre:—«¡Buenos días, papá!»

Algo debía haber ocurrido, o iba a ocurrir aquel día, que intentaban ocultarle. Pero ¿qué?, ¿qué?

El hijo, la nuera y la nietecita, se habían apropiado el mundo; el mundo que había creado él, y en el que los había colocado. Y no era eso solo: habíanse apoderado también del tiempo, como si en el tiempo no estuviese él asimismo! Esto es: ocurría, ocurría algo en el tiempo, o estaba por ocurrir, hoy, mañana, y no querían que fuese para él, como si él no existiera, como si el presente no fuera suyo, no lo viese, no lo respirase, no lo pensase él también! ¡El respiraba aún, lo veía todo y aún más, más que ellos, más que ellos veía, y pensaba en todo!

Una confusión de imágenes, de recuerdos, como en una ráfaga de huracán, tumultuaba en su espíritu. El Plata, las pampas, las marismas salobres de aguas perdidas, los innumerables ganados mujiendo, balando, relinchando...

Allí, de la nada, en cuarenta y cinco años, había edificado su fortuna, valiéndose de todos los medios, de todas las artes, acechando el momento o preparando, incubando con larga astucia la insidia; en un principio, guardián de ganado; luego colono, después agregado en las grandes adjudicaciones de líneas férreas; por último, constructor.

A los quince años, volvió a Italia y se casó, y a poco, tras el nacimiento de aquel hijo único,

había vuelto allí, solo. Murió su esposa, sin que él volviese a verla; el hijo, entregado a la familia de la madre, había crecido sin que él lo conociera.

Cuatro años antes había vuelto a la patria, enfermo, casi moribundo; horriblemente hinchado por la hidropesía, oxidadas las arterias, destrozado el riñón, destrozado el corazón.

Mas no se había dado por vencido: aun así, con los días, y aun puede que, con las horas contadas, había querido comprar en Roma algunos terrenos para construcciones. Y, acto seguido, había comenzado las obras haciéndose transportar a las canteras a brazos, para vivir entre los obreros en la actividad de la construcción; árido como una roca, tumefacto, enorme; de quince en quince días, hacíase extraer del vientre el suero a litros y, arriba, de nuevo, en una silla, a las obras, hasta que, hacía dos años, una apoplejía lo había fulminado en aquel sillón, sin acabarlo. No se le había concedido el placer de morir en la brecha.

Desde hacía dos años, inerte, se consumía en espera del fin, lleno de rencor hacia aquel hijo, tan distinto de él, casi desconocido, que, sin necesidad, liquidadas las obras e invertida en renta la enorme fortuna del padre, seguía en sus modestas ocupaciones jurídicas, como para negarle a él toda satisfacción y vengar a la madre y vengarse él mismo del largo abandono.

Ni la menor comunión de ideas, de vida, de

sentimientos con aquel hijo. Le odiaba, sí, y odiaba también a la nuera y a la niña; sí, sí, los odiaba porque le dejaban al margen de la vida y ni siquiera... ni siquiera querían comunicarle qué es lo que había ocurrido aquel día, el motivo de que aparecieran tan distintos.

Grosos lagrimones brotaron de sus ojos. Olvidando, en absoluto, cuanto había sido durante tantos años, abandonóse al llanto como un niño.

* * *

Nerina, la doncella, no prestó atención alguna a aquel llanto cuando, poco después, entró a cuidarle. Estaba el viejo lleno de agua; no era malo que derramara alguna por los ojos.—Y, pensando así, le enjugó de mal grado el rostro; cogió, luego, el jarro de la leche, introdujo en él un cubilete y comenzó a dársela.

—Tome, tome...

Él empezó a tomarla, mas observando a la doncella. De pronto, la sintió suspirar, mas no de cansancio, ni de aburrimiento. Levantó enseguida los ojos para mirarla al rostro. Eso mismo; iba a suspirar de nuevo aquella dengosa. Al notar que la observaban, en lugar de dejarlo escapar, lo exhalaba ahora por las narices, sacudiendo la cabeza, como irritada. ¿Y por qué se había puesto ahora roja, roja? ¿Qué tenía también ella aquel día.

A todos, a todos entonces, les ocurría algo extraño. No quiso tomar más.

—¿Qué tienes?—le preguntó a ella también, con ira.

—¿Yo? ¿Qué tengo?—exclamó la doncella desconcertada por la pregunta.

—Tú... todos... ¿qué es? ¿qué tenéis?

—Nada... no sé... ¿qué me nota usted?... No tengo nada...

—¡Suspirabas!

—¿Yo? ¿He suspirado?... No, no... O puede que, sin querer... No tengo motivos para suspirar...

Y comenzó a reírse.

—¿Por qué te ríes así?

—¿Cómo me río? Me río... porque me ha dicho que he suspirado...

Y prosiguió riendo más fuerte, irrefrenablemente.

—¡Vete!—le gritó entonces el viejo.

* * *

Más tarde, cuando llegó el médico para la diaria visita y volvieron a entrar en la habitación la nuera, el hijo y la nieta, la sospecha, incubada durante todo el día, hasta durante el sueño, de que algo había ocurrido y que todos se lo querían ocultar, se hizo certidumbre, para él, clara y diáfana.

Se hallaban todos de acuerdo. Hablaban de-

lante de él, de cosas ajenas para distraer su atención; mas el mutuo acuerdo trasparentebábase evidentemente en sus miradas. ¡Jamás se habían mirado así entre ellos! Los gestos, las sonrisas, la voz, no se avenían con nada de lo que estaban diciendo. Aquella ferviente discusión sobre las pelucas, por ejemplo... sobre las pelucas, que volvían a estar de moda...

—Pero, ¿verdes? Perdona... ¿verdes, violetas?—gritaba la nuera, encendida con indignación fingida, tan fingida, que no llegaba a impedir que su boca se riese.

Aquella boca reía por su cuenta. Y por su cuenta, también, las manos subían hasta acariciar los cabellos, como si, a su vez, los cabellos anhelaran las caricias de aquellas manos.

—Entendido, entendido...—respondía el médico con el contento pintado en el rostro de luna llena—. Cuando se poseen unos cabellos como los suyos, señora, ocultarlos bajo una peluca sería una lástima...

El viejo contenía ya difícilmente su indignación. Hubiera querido arrojarlos a todos de la habitación con un alarido de fiera. Mas en cuanto el médico se despidió, y la nuera, con la niña cogida de la mano se dirigió a acompañarlo hasta la puerta, dejó estallar su furor en el hijo, que se había quedado solo con él. Lo acometió con la misma pregunta, dirigida en vano a la nietecilla y a la doncella:

—¿Qué tenéis? ¿Por qué estáis todos así? ¿Qué ha ocurrido hoy? ¿Qué me ocultais?

—¡Nada, papá! ¿Qué te íbamos a ocultar?—le respondió el hijo asombrado, afligido.

—No es cierto. ¡Dime lo que tenéis!

—Pero... nada, absolutamente nada... ¿Qué tenemos? ¿Qué ves? No ha ocurrido nada, papá, ¡te lo juro!, nada... Estamos... no sé... como hemos estado siempre...

—¡No es verdad!

—¿Por qué no es verdad? Pues, ¿qué ocurre?

—Ocurre, ocurre; ¡lo veo!, ¡lo siento! ¿Crees que no veo nada, que no oigo nada, porque estoy así?

—Pero yo no puedo saber qué es lo que ves de extraño en nosotros... No ha ocurrido nada; te lo he jurado; ahora vuelvo a jurártelo. Vamos, vamos, estate tranquilo...

El anciano calmóse un tanto por el acento de sinceridad del hijo, mas no llegó a convencerse. Que ocurría algo de extraordinario, era indudable: lo veía, lo sentía en ellos.

¿El qué?

La respuesta, cuando quedóse solo en la estancia, le llegó de improviso por el balcón silenciosamente. La niña había dejado el picaporte abierto por la mañana, y ahora, al anochecer, habíanse ido entreabriendo las hojas poco a poco por un hilito de aire.

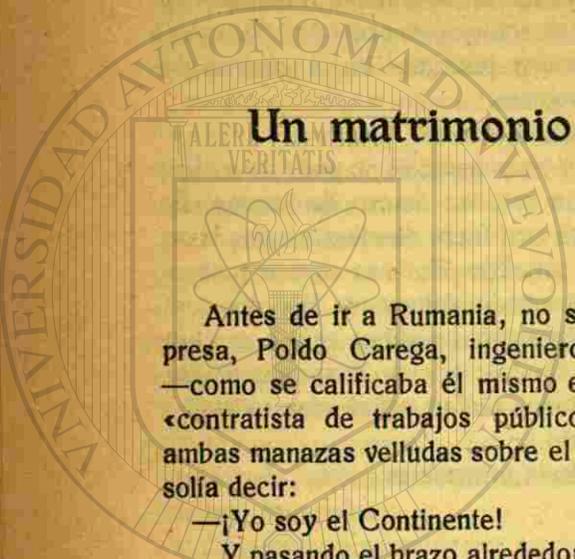
En un principio el anciano no lo advirtió; mas

notó que la habitación se llenaba de un delicioso y embriagador perfume que subía de los jardines que rodeaban la casa. Volvióse y descubrió un rayo de luna en el suelo, que era como la huella luminosa de aquellos perfumes en la sombría penumbra de la estancia.

—¡Ah, esto es...! ¡esto es!

Los demás no podrían verlo, no podrían sentirlo en sí, porque aún estaban dentro de la vida. Él, que se hallaba ya casi fuera de ella, lo había visto, lo había sentido en ellos. Por eso aquella mañana la niña no se estremecía solamente, sino que temblaba toda ella; por eso la nuera reía y se complacía con sus cabellos; por eso suspiraba la doncellita; por eso todos tenían aquel aire extraño y nuevo, sin saberlo...

Había entrado la primavera.



Un matrimonio ideal

Antes de ir a Rumanía, no sé para qué empresa, Poldo Carega, ingeniero contratista, o —como se calificaba él mismo en sus tarjetas— «contratista de trabajos públicos», poniéndose ambas manazas velludas sobre el pecho hercúleo, solía decir:

—¡Yo soy el Continente!

Y pasando el brazo alrededor del cuello de la esposa y de la hija:

—¡Y éstas son mis islas!

Porque la mujer había nacido en Sicilia y la hija en Cerdeña.

No esperaba, al volver a Italia—tras de cuatro años próximamente de ausencia—, que encontraría a una de las dos islas, la de Cerdeña (esto es, su hija Margarita), convertida... ¡qué Rusia, ni qué Rusia, amigos míos!... ¡Europa entera! ¡Es poco! Díganos, ni más ni menos, convertidas en un mapamundi.

¡Pobre Poldo Carega! ¡Creyó que era una verdadera traición!

Quedóse primero atolondrado, mirándola de arriba a abajo:

—¡Dios mío! Margarita, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho, hija mía?... ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!... Pero, ¿cómo? Así...

Y volvióse furioso hacia su mujer, como si, por su culpa, la hija hubiese crecido de aquella manera; como si de haberse hallado él presente, hubiera podido impedirselo. Dió en tales aspavientos que parecía enloquecer.

La mujer, afligidísima, gemía:

—¡Pero te lo he escrito y te lo he vuelto a escribir, Poldo, mil veces! Te lo decía en todas las cartas, casi.

Se lo había escrito, y se lo había vuelto a escribir, en efecto, sí; ¿mas cómo hubiera podido él imaginar tanto? Desde lejos, aquel crecimiento prodigioso de la hija, le había parecido una de las muchas exageraciones de su esposa.

—¡Exageraciones, eso es; porque yo, para ti, he sido siempre exagerada!

Era una espina ésta para Rosana, el concepto que todos—no sólo el marido—se habían formado de que era exagerada.

Este concepto dependía, a su entender, de la desgracia común a toda la familia: la excesiva estatura.

Por la propia sentía una acerba y obstinada

indignación, porque le impedía ser, como hubiera querido, como ella misma se sentía, sentimental gatita. Tan larga, grácil y lánguida, sufría mucho; pero nadie quería dar crédito a sus padecimientos, a su languidez, y todos, sonriendo forzosamente, le decían:

—¡Vamos, vamos, D.^a Rosana, exageraciones!

—¿Exageraciones? ¡Ahí están, ahí están sus exageraciones! ¡Míralas!

Y Rosana, indignada, indicaba al marido la hija, que era una verdadera exageración.

Entretanto, Margarita lloraba mirando al padre, que se le había aproximado; mejor, que se había puesto debajo para medir cuánto le sobrepujaba.

Por lo menos un palmo y medio. Pero parecía el doble. Porque no era sólo la estatura; o, mejor, la estatura, por sí misma, no hubiese destacado tanto, si no la hubiese hecho inconmensurable la extraordinaria corpulencia, las mejillas rubicundas y aterciopeladas, las dos barbillas, y el pecho y las caderas poderosas.

Realmente, su presencia infundía casi terror; el mismo terror que infundiría una montaña, si, ¡Dios nos libre!, comenzase a andar.

En la exuberancia agobiante de tanta carne, abríanse, no obstante, como desorientados, unos ojos, limpios y claros, de niña, que daban a la vez pena y espanto. Aquella misma pena, aquel mismo espanto, que quizás sentía el alma de la niña por el enorme crecimiento de su cuerpo.

Conforme había ido creciendo, hasta adquirir aquellas proporciones, el alma, aterrada, debió ir haciéndose pequeña, pequeñita dentro de sí, con ciertos anhelos, tímidos y angustiosos, de tocar cositas frágiles y delicadas, mas sin atreverse en realidad a tocarlas, por no verlas desaparecer al contacto de aquellas terribles manos.

Comía como un pajarito; podía decirse que no comía nada. ¡Mas no le valía! Desde hacía más de dos años no salía de casa, porque todos volvíanse en la calle y se detenían asombrados a mirarla. En su casa, trataba de estar casi siempre sentada, para no darse a sí misma el espectáculo de su corpulencia, viendo pequeños y bajos todos los objetos de las habitaciones. Naturalmente, esta falta de ejercicio había apelmazado cada vez más su obesidad; ahora ya, se había resignado con su desgracia; no quería preocuparse de nada; algunos días ni siquiera se peinaba y permanecía tendida, inerte, leyendo o mirándose las uñas. Así...

* * *

Poldo Carega, jovial, chillón, ardentísimo, antes de su viaje a Rumania, se convirtió, a su regreso, en un funeral. Fui a verle pocos días después para hablarle de negocios; no quiso siquiera escucharme.

—¡Cómo quiere que me importen ya los negocios!—exclamó, estremeciéndose todo él—¡Ya no me importa nada de nada, querido!

Había trabajado encarnizadamente muchos años por aquella hija única, para su porvenir, y de año en año su amor paternal había ido aumentando. Pero he ahí que su hija, como a porfía, como por una tácita apuesta, aprovechando su larga ausencia, de acuerdo con su madre (nadie podía quitarle de la cabeza a Polo Carega que su mujer no tuviese parte en el asunto) le dijo:

—¡Ah!—¿Tu cariño hacia mí crece de año en año? ¡Aguarda, que te demostraré cómo crezco yo también en unos años! Llegaré a ser tan enorme, que tu amor no podrá abrazarme.

Y, en efecto, se le habían caído los brazos al pobre Poldo Carega al verla. Pero no los brazos solamente: ¡el alma, la respiración se le había cortado, y todos los sueños que por ella había concebido y todas las esperanzas!

He de confesar la verdad: no tuve valor para consolarle. La estatura de la muchacha espantaba a todos: espantaba hasta a la compasión por aquel pobre padre.

Bien sabía que Poldo, cuatro años atrás, antes de partir, no hubiese visto con malos ojos que, cuando la chiquilla estuviese en edad, la hubiese hecho mi esposa. En cuanto este recuerdo volvió a mi memoria, me marché mustio, mustio con el rabo entre las piernas; y cuando me hallé lejos, me di a reflexionar amargamente:

—¡En realidad, es una desdicha sin remedio: pobre Carega! Él lo comprenderá: un hombre de

mi estatura, y hasta algo más alto que yo, no va a casarse con esa columna, ¡con ese obelisco! Seamos justos: en eso de parecer muy bajos, cuando no lo somos realmente, se subleva nuestro amor propio masculino. De los bajos no hablemos. De los altísimos como ella, caso de hallarlos, se contarían con los dedos. Pero aunque se encontraran, sabido es que los hombres extremadamente altos sienten una debilidad muy marcada por las mujeres pequeñas. Orgullosos de su estatura, miran con desprecio, más aún, casi con rencor, a los pocos que pueden rivalizar con ellos y les descubren enseguida una serie de defectos que ellos, naturalmente, no tienen: las piernas demasiado largas, la cabeza demasiado pequeña, etc. En fin, que no sufren rivales; quieren estar solos. ¡Imaginemos, pues, si se casaran con una mujer como ésta! Y además, ¿para qué? ¿para que pareciera que se habían escapado de un barracón de feria?

Estas reflexiones que me hice yo entonces, debió habérselas hecho, desde mucho antes, también ella, la pobre Margarita, para sacar en consecuencia que, en las supremas regiones, donde, por su desgracia, había ascendido, no hallaría jamás un marido. Un álamo, sí; un arce, una encina. Pero al mirarla, todos los jóvenes le hubieran dicho:

—¡Amaina antes, bonita mía! ¡Amaina, amaina! ¿Y cómo iba a amainar la pobre Margarita?

No habrían pasado siquiera tres meses de la vuelta de Poldo a Cesena, cuando, sin fuerzas para permanecer en la ciudad en que su desgracia se había cumplido así, a traición, partió con toda su familia, hosco como un temporal; y durante más de diez años no volvieron a tenerse noticias suyas.

Al fin, un buen día, recibió mi padre una carta de un pueblecillo de la costa meridional de Sicilia, frente a Africa, donde Poldo Carega se había instalado para la construcción de un puerto. Deseaba que mi padre le enviase a uno de sus hijos para que le ayudase en la empresa.

Fuí yo por la curiosidad de ver, al cabo de tanto tiempo, a Margarita.

Imaginaba encontrarla sombría, yerta en sus supremas alturas, fúnebre y cubierta de nieblas perpetuas, puesto que ya debería tener cerca de treinta años, y, por lo tanto, solterona.

—Imaginemos, por lo menos, como la «Jungfrau»—pensaba yo durante el viaje. Pero ¡nada de eso! La hallé alegre, como para no creer ni a mis propios ojos: ¡alegre como no la había visto nunca! ¡Más gruesa aún que antes, y alegre! No tardé en descubrir los motivos de tanta alegría.

Como ingeniero del Estado, agregado a la inspección de las obras del puerto, había un hombrecillo, de poco más de un metro de estatura, calvo,

mlope, triponcillo, pero lleno de ingenio y agudeza, que era el primero en reirse de su pequeñez, como Margarita, ahora, se reía de su estatura; llamábase el ingeniero, Cosme Todi. Y este ingeniero Cosme Todi acudía casi todas las noches, otros amigos, a cenar en la terraza de Poldo con Carega.

¡Noches africanas! El mar, cuando había siroco, iba a estrellarse, impetuoso, bajo aquella terraza blanca que, con sus toldos, recordaba entonces la toldilla de un barco. Entreveíanse los fanales del muelle viejo, la linterna verde del faro, las luces entre la arboladura de los barcos anclados, y de la playa exhalábase ese vaho denso, cálido, acre de sal y mohó, de las algas muertas y apelmazadas, mezcla de olor a pez y alquitrán.

Y charlaban riendo y bebiendo hasta muy tarde en aquella terraza blanca, que daba por las noches una deliciosa compensación a la asfixiante calina del día. Y Margarita y el ingeniero Todi reían más que nadie, ¿entendéis?, de sus respectivas desgracias, que les eran opuestas y comunes a la par.

El ingeniero no había podido casarse, por la misma razón que Margarita no había podido encontrar marido.

Todi, en realidad, no había intentado casarse nunca, porque, de haberlo intentado, no una, sino ciento, hubiera encontrado que le hubiesen aceptado por su lucrativa profesión. ¡Muchas gracias! ¿Y luego?

No, no; el talento, el ingenio, la cordialidad,

las buenas maneras—dotes que no tenía dificultad en reconocerse—, no hubieran bastado (como muchas amables amiguitas pretendían hacerle creer) a recompensarle de aquellos tres palmos de estatura que le faltaban.

No, no; todas aquellas cualidades podían tener valor en él, porque ganaba de treinta a cuarenta mil liras al año. Sin aquellas treinta o cuarenta mil liras, ninguna mujer hubiese apreciado aquellas cualidades hasta el punto de hallar en ellas una compensación a su deficiente estatura. De haberse dejado coger en el anzuelo, tres meses después hubiese oído decir indudablemente a su esposa, que el talento, ¡Dios mío!, debía servirle para entender que ella, con un marido como él, no podía, por menos que tener un amante; y el ingenio debía servirle para fingir que no lo advertía; y la cordialidad para seguir amándola, no obstante la infidelidad, o las infidelidades. En cuanto a las buenas maneras, le hubieran servido para abrir la puerta y acoger con toda afabilidad al caballero, o, a los caballeros, que le concedían el honor de visitar a su esposa.

—Y ¡buenas noches a todos, señores! ¡Que se diviertan mucho con mi mujer!

Todo esto lo decía y lo accionaba, con suma gracia, el ingeniero Todi, produciendo general hilaridad, especialmente en Margarita, que se echaba hacia atrás, para dejar libre a las risas el seno y el vientre enorme.

Hasta que una de aquellas noches, Todi, por el placer de verla reír así, en broma, salió diciendo que la mujer ideal para él hubiera sido ella, Margarita Carega.

—¡Usted! ¡Sí, usted!, precisamente usted!

Por milagro, la mesa pudo sostenerse sobre sus cuatro patas. La vi tambalearse como por un terremoto, y dejar caer vasos y botellas.

—En serio, en serio...—trataba de repetir Todi con los bracitos levantados como pidiendo tregua, entre el fragor interminable de las risas—¡Lo digo en serio! Reflexionen ustedes, señores. ¡Sería el matrimonio ideal! ¡Sería una venganza maravillosa contra la naturaleza! ¡Contra la naturaleza, sí, sí, que la hizo a ella tan grande y a mí tan pequeño! Piensen ustedes un poco, piensen ustedes; sin dar que reír, sin asombrar a las gentes, ¡ni yo podría casarme con una enana, ni ella con un gigante! Pero nosotros, sí; ¡nosotros podemos casarnos muy bien! ¡Y seríamos una pareja, a poco que se fijen ustedes, ideal, perfectamente equilibrada, porque a ella le sobra todo lo que a mí me falta, y nos desquitaríamos mutuamente!

No podíamos más; todos teníamos lágrimas en los ojos y nos dolían los vacíos.

—¿Se atrevería usted?—gritó Todi subiéndose a una silla y apuntando, en señal de desafío, el índice contra Margarita.

Levantóse ésta con el rostro congestionado por la risa. Os aseguro que le llevaba aún más de

la cabeza, a pesar de estar él subido en la silla.
—¿Atreverme yo?—dijo—¡Usted es quien tiene que atreverse a casarse conmigo!

Aplaudimos todos largamente, estrepitosamente, por aquella graciosa respuesta.

—¡Yo me atrevo!—gritó entonces Todi—¡Usted es quien no se atreverá! ¿Qué apostamos?

—¡Acepte usted, Margarita! ¡Acepte usted!—le gritamos todos, animándola—¡Acepte usted la apuesta! ¡Tómele usted la palabra!

—Bueno, pues... ¡acepto!—respondió ella.—Veremos quién se arrepiente antes.

—Yo nó. ¡Ah, estoy seguro que nó!—exclamó Todi, y—saltando de la silla—, muy en serio, avanzó hasta Poldo Carega, e inclinándose, le dijo:

—Señor Carega, tengo el honor de pedirle la mano de su hija Margarita.

Cuanto ocurrió después, renuncio a describirlo. Parecían locos. ¿Era una broma? ¿Era en serio? ¡Quién sabe! Se tomaba en broma, como si fuese una cosa seria. Pidieron champaña, el ingeniero Todi fué llevado en triunfo junto a su gigantesca prometida y los brindis por los solemnes esponsales no terminaban nunca.

Así propuesto en un principio por broma, llegó a concertarse en serio aquel matrimonio ideal entre un enano y una gigantea.

No necesitaban valor para ellos mismos, esto es, para tolerar ella un marido como él, y él una mujer como ella, sino para los demás, para resistir las burlas de las gentes que, al día siguiente, habría de verlos juntos como marido y mujer. Mas el ingeniero Todi y Margarita Carega tuvieron bastante ingenio para hacer frente a aquellas burlas y hasta para gozar con ellas, como si realmente fuese un matrimonio de broma, de carnaval.

Puedo aseguraros, no obstante, que todo el pueblo—que, naturalmente, en un principio irrumpió en una homérica carcajada—vió después mejor, y estoy por decir, que estimó sumamente razonable, aquella unión, que establecía entre aquellas dos desproporciones de la naturaleza, una especie de equilibrio, y como una equitativa, aunque cómica, reparación.

Seis meses después se celebraron las bodas. Aquel valiente hombrecillo, ya algo maduro y algo panzudillo como era, se hizo alpinista, quiero decir, que hizo suya, ante Dios y ante los hombres, aquella montaña y...—¿os reís? Pues habéis de saber, queridos, que Margarita Carega de Todi tiene ya dos hijos, de un mismo parto... «Parturiunt montes»... y:—Dos ratones,—¿creeréis?

¡Nada de ratones! A los doce años están tan altos como la madre, ¿sabéis? Y ella, radiante,

triunfa entre aquellos dos jóvenes colosos, dignos de ella; mientras que él, el ingeniero, ya viejecillo... ¡qué queréis!... sufre, sí—mas no por causa de ella, ¡se entienda!... Ella le quiere, lo estima, le está obligada y le cuida; tiene todo género de atenciones hacia él... Sufre el pobre Todí, porque, naturalmente, ahora que es ya viejo, comienzan a pesarle, a molestarle demasiado las bromas de las gentes, pero solamente porque teme que le hagan desmerecer ante sus hijos, de los que quiere ser respetado, como un padre de verdad, que ha de dar, como es debido, una buena educación a sus hijos.

Los hijos le respetan: pero ¡vamos! ¡si fuésemos a decir! no es tampoco muy lucida su situación con un padre tan minúsculo, hecho y puesto allí como por broma.

Pero todo, queridos míos, no es posible tenerlo en este mundo; especialmente cuando la naturaleza se ha complacido en poner tanto en una parte y tan poco en la otra.

El marido de mi mujer

El caballo y el buey—he leído una vez en un libro, del que no recuerdo ya el título ni el autor—, *El caballo y el buey...*

Pero será mejor que dejemos a un lado el buey. Citemos sólo al caballo.

El caballo—decimos—, *que ignora que ha de morir, no tiene metafísica. Mas si el caballo supiese que ha de morir, el problema de la muerte llegaría a ser, al fin, para él, más grave aún que el de la vida.*

Hallar heno y hierba es, seguramente, un problema gravísimo. Mas, tras este problema, surge otro:

—¿Por qué, tras haber trabajado veinte, treinta años, para encontrar la hierba y el heno, tener que morir, sin saber siquiera la razón por qué se ha vivido?

El caballo ignora que ha de morir, y no se hace estas preguntas. Para el hombre, en cam-

triunfa entre aquellos dos jóvenes colosos, dignos de ella; mientras que él, el ingeniero, ya viejecillo... ¡qué queréis!... sufre, sí—mas no por causa de ella, ¡se entienda!... Ella le quiere, lo estima, le está obligada y le cuida; tiene todo género de atenciones hacia él... Sufre el pobre Todí, porque, naturalmente, ahora que es ya viejo, comienzan a pesarle, a molestarle demasiado las bromas de las gentes, pero solamente porque teme que le hagan desmerecer ante sus hijos, de los que quiere ser respetado, como un padre de verdad, que ha de dar, como es debido, una buena educación a sus hijos.

Los hijos le respetan: pero ¡vamos! ¡si fuésemos a decir! no es tampoco muy lucida su situación con un padre tan minúsculo, hecho y puesto allí como por broma.

Pero todo, queridos míos, no es posible tenerlo en este mundo; especialmente cuando la naturaleza se ha complacido en poner tanto en una parte y tan poco en la otra.

El marido de mi mujer

El caballo y el buey—he leído una vez en un libro, del que no recuerdo ya el título ni el autor—, *El caballo y el buey*...

Pero será mejor que dejemos a un lado el buey. Citemos sólo al caballo.

El caballo—decimos—, *que ignora que ha de morir, no tiene metafísica. Mas si el caballo supiese que ha de morir, el problema de la muerte llegaría a ser, al fin, para él, más grave aún que el de la vida.*

Hallar heno y hierba es, seguramente, un problema gravísimo. Mas, tras este problema, surge otro:

—¿Por qué, tras haber trabajado veinte, treinta años, para encontrar la hierba y el heno, tener que morir, sin saber siquiera la razón por qué se ha vivido?

El caballo ignora que ha de morir, y no se hace estas preguntas. Para el hombre, en cam-

bio, que (según la definición de Schopenhauer) es un animal metafísico (que quiere decir precisamente un animal que sabe que ha de morir), esa pregunta se halla siempre ante él.

A esto sigue, si no me engaño, que todos los hombres deberían sinceramente felicitar al caballo. Y mucho más aquellos animales metafísicos enfermos como yo, por ejemplo, que no sólo saben que han de morir en breve, sino que conocen cuanto ha de ocurrir, fatalmente, en su casa a su muerte, y a pesar de todo no pueden sentir ofensa.

Los residuos siempre son turbios. Así, el humor vital, cuando llega a las escurriduras, se agria cada vez más en mí. Y, llenando algunas hojas, quiero darme la mayor satisfacción (satisfacción, sin embargo, que no podré gozar) de que mi mujer sepa que yo lo había previsto todo. Nació en mí el propósito esta mañana. Y nació al sorprenderme en el pasillo, tras de la puerta del salón, inclinado y quieto, espionando por el ojo de la cerradura.

—¡Oh! ¡El que no era celoso!—me gritó—¿Qué haces ahí? ¡Vamos! ¡Si hasta te has quitado los zapatos para no hacer ruido!

Me miré los pies. ¡Descalzos! Era cierto. Mi mujer, entretanto, reía estrepitosamente. ¿Qué decir? Balbuceé necias disculpas: que no estaba espionando, que sólo la curiosidad me había llevado a mirar, porque ya no oía el piano, ni había visto marcharse al maestro, y...

Mas juro que los zapatos (con perdón sea

dicho) me los había quitado mucho antes, sin intención. Me hacen daño. Y ella, mi querida Eufemia, que me sorprendió allí descalzo, debería saber por qué me hacen daño, y no reirse, por lo menos delante de mí. Tengo también edemas en los pies, y para pasar el tiempo, me los toco, los oprimo, hundo en ellos un dedo, y me estoy mirando cómo poco a poco vuelven a subir.

Esto no quita para reconocer que he cometido una necedad imperdonable.

Pero, ¡si lo sabía... si lo sé! ¡Si sé que mi mujer no puede sufrir a su maestro de música! Y además, que estoy cierto, ciertísimo, de que, mientras yo viva, no me ha de engañar. No me ha engañado en tantos años, ¿e iba a hacerlo ahora, cuando no me quedan ya más que un par de meses... pongamos cuatro, seis? No, no; tendría paciencia, estoy cierto, aunque yo tirase así un año aún. Y además, si conocía, ¡si conozco muy bien al marido (futuro) de mi mujer! Por él, también, podría poner las manos en el fuego; no me hará el menor agravio mientras aliente...

Es, se comprende, un queridísimo amigo mío. Excelente muchacho: Florestán Moná.

Muchacho... en realidad, hasta cierto punto. Cuarenta años, casi mi edad. Aunque yo... como si tuviera cien; mientras que él, sólido, bien plantado en la vida, como una encina en un bosque, y dotado, además, como decían los antiguos, «de todas aquellas buenas cualidades que para hacer

un marido perfecto se requieren»: hombre corrido, de simpático y generoso proceder.

Lo prueban las atenciones que me guarda.

Casi todos los días, por ejemplo, viene en su coche para pasearme y oxigenarme un poco. Me da el brazo y me ayuda a bajar despacio, despacito, la escalera, obligándome a hacer alto en los descansillos, en cada tramo, mientras él cuenta hasta cien; luego, me toma el pulso para notar la agitación, me mira a los ojos, me pregunta dulcemente:

—¿Proseguimos?

—Prosigamos...

Y así hasta el final, despacio, despacito... Para subir, tras el paseo, él por un lado y el portero del otro, me llevan en una silla.

Me he rebelado, pero en vano. No puedo, en verdad, subir siete escalones seguidos, sin que la fatiga se me haga insoportable; pero, esto es: quisiera que mi amigo no se tomara tantas molestias; que el portero se hiciese ayudar siquiera por alguien... ¡Quíá! Florestán, si pudiera, me llevaría él solo, sin ayuda de nadie. Menos mal que, a fin de cuentas, no peso mucho (más o menos, cuarenta y cinco kilos con todos los edemas); y luego pienso: sirviéndome a mí, quiere ganarse la felicidad futura. ¡Dejémosle hacer!

También Eufemia, mi mujer, por su cuenta, es casi dichosa, al sufrir por mí, y quisiera sufrir más, para ganarse también ella, frente a su pro-

pia conciencia, tan pura, el derecho de gozar después, sin remordimiento alguno. Honrado derecho, honradísima recompensa, que ni la vida, ni la conciencia pueden negarle, y de lo cual, repito, no puedo afrentarme.

Confieso, no obstante, que, de cuando en cuando, llego hasta casi a sentir el deseo de que ambos sean unos bribonazos matriculados. La pureza de sus propósitos, la esquisitez de sus sentimientos, transfórmase, a veces, para mí, en la más refinada crueldad, pues no pudiendo en modo alguno rebelarme por cuanto ocurrirá, sin duda alguna, tras de mi muerte, me veo obligado, por ejemplo, muchas veces, a colocar entre mis piernas a mi pequeñín, a mi único hijito, y comenzar a enseñarle a querer, a respetar filialmente al que ha de ser dentro de poco su segundo padre, a aconsejarle que no le dé jamás motivos de queja. Y le digo:

—Mira, Carlitos mío: tienes las manitas sucias. ¿Qué te dijo ayer el tío Florestán, cuando te vió un manc hurrón de tinta en la naricita? Te dijo:—«Lávate, Carlitos, ¡o te llevan preso!»—No es verdad, ¿sabes? el tío Florestán lo decía en broma. Hoy no hay costumbre de mandar a presidio al que tiene las manos sucias. Pero tú debes lavártelas de todas maneras, porque al tío Florestán le gustan los niños limpios. Es muy bueno y te quiere mucho, Carlitos mío: y también tú, ¿sabes? debes quererle mucho; y obedecerle ¿sabes? siem-

pre; y que esté muy contento de tí. ¿Has comprendido, hijito mío?

Y alabo excesivamente todos los regalitos que, para dar gusto a Eufemia, le trae. Y mi pobre pequeño lo cree; sigue mis consejos; y lo venera. El otro día, por ejemplo, Florestán se lo llevó de paseo y, a la vuelta, me refirió, riendo, que mientras paseaban juntos, de pronto, Carlitos, dió un grito, se detuvo y le preguntó muy afligido:

—¿Te he hecho daño, tío Florestán?

—No, Carlitos. ¿Por qué?

Y mi pobre pequeñín, ingenuamente:

—Porque te he pisado la sombra, tío Florestán.

¡Ay, no! ¡Vamos! ¡Hasta ese punto no, pobre Carlitos mío! Has sido demasiado tontito. La sombra, ¿ves? la sombra puede pisotearse: el tío Florestán y tu mamá pisotearán algún día la sombra de tu padre seguros de no lastimarle; porque, en vida, se hubieran guardado mucho de no pisarle ni un pie.

¡Qué alarde de cortesía entre los tres! Y qué bonito martirio, entre tanto. Soy, en realidad, un pobre enfermo, y me agradaría, a veces, dejarme llevar, entregarme; en cambio, me veo obligado a hacerme fuerte, para pesar cuanto menos pueda sobre ellos; que de no ser así, me guardarían otros muchos cuidados, otras muchas atenciones que me repugnan, cuando no me horrorizan.

Estaré equivocado. Pero este espectáculo de nuestra exquisita distinción, de nuestros repetidos

cumplidos, ante el umbral de la muerte, me parece una nauseabunda payasada. Con guantes blancos, entre mil reverencias, me veo suavemente llevado hasta ese mismo umbral; y ahora parece que me saludan y me dicen, con una dulce sonrisa en los labios:

—Puede usted pasar. ¡Buen viaje! Esté usted cierto que le tendremos siempre presente; tan bueno, tan prudente, tan razonable.

Me han enseñado que debemos ser sinceros. ¿Sinceros? Pues mi sinceridad, en este punto, pronunciaría una sola palabra: «matar». ¡Dios me libre! ¿Qué me contiene?

Hablemos en serio. Si yo no tuviese religión, si no creyese en Dios, de verdad; si creyese en cambio, que la muerte es para el alma el límite de lo porvenir, y que al faltarme la tierra bajo los pies, solo el vacío había de acogerme, ¿creéis que no mataría a Florestán?

Cuando en mi insomnio, algunas noches pienso que se acostará en mi lecho, en mi mismo sitio, allí, con todos mis derechos sobre mi mujer y sobre todas mis cosas; cuando pienso que en su cunita, al lado, mi hijo, mi huerfanito (si le dejan dormir en la misma habitación de ellos y si su cuna no se ve invadida por algún minúsculo Molá), comience a llorar, alguna noche, llamando a su madre; y pienso que Florestán podrá decir a mi mujer, —cuando ella quiera levantarse para acudir a ver qué le ocurre a mi pobre pequeño, que

de aquella manera está llorando—. «¡Déjalo que llore, querida; no te levantes ¡te enfriarás!»—os juro ¡que le mataría!

En cambio, cada noche, sentado junto a la ventana, me estoy quieto, quieto contemplando largamente el cielo. Hay allí una estrellita pequeña, muy pequeña y en ella fijo mis ojos y le suelo decir suspirando:

—Aguárdame, ¡iré!;

¿Quién sabe si no estaré destinado a representar en aquella estrellita el papel que Cristo representó en la tierra?

Y a Eufemia, que es hija de un librepensador y alardea de no creer en Dios, le repito, frecuentemente:

—¡Eres una necia! ¡Dios existe! Y dale gracias ¿sabes? dale gracias.

Eufemia me mira como si le pareciese extraño que yo, Lucas Léuci, pueda decirle aquello; yo, que—según ella—no tendría obligación alguna en creer en Dios porque me trata bastante mal, haciéndome morir tan pronto. Pero le dará gracias cuando a sus manos lleguen estas cuartillas, si ama de corazón a Florestán.

Comprendo que aquí no queda ya más que morir cuanto antes. Algunas veces veo a Florestán que con miradas y suspiros se esfuerza por dar a entender a mi esposa los deseos que le atormentan, ¡pobre hombre! Imagino a mi mujer con la linda cabeza rubia inclinada graciosamente en

el amplio y recio pecho de él, en actitud de acariciarle, —poquito a poco, alargando hacia arriba con sus dedos—, los largos pelos rojizos de los magníficos bigotes... ¡Oh, voluptuosidad! ¡Paciencia tú, también, querida Eufemia mía! Y algunas palabritas por la noche, como me las decías a mí, abrazada a mí, las dirás pronto, se las dirás a él, ¡sin darte cuenta de que las dices!

—Tesoro mío... Querido... ¡ay!... Sí, sí... Querido... querido...

Y me río, me río. Ambos, entonces, asombrados, me preguntan de qué me río: les digo una frase ingeniosa, y Florestán observa:

—¡Llegarás a viejo, querido Léuci y siempre serás tan bromista!

Mas, con frecuencia, no logro ser tan «bromista» como dice mi amigo. La agudeza, sin quererlo, se me hace mordaz y entonces Florestán, en el coche conmigo, sufre al oírme hablar. Le digo:

—Si no fuese en mal lugar, yo te querría ver en el mío durante un momentito, querido Florestán. Te aseguro que te haría el mismo extraño efecto que a mí, esto de ver la vida no para tí, sino para los demás; en la seguridad de que, dentro de poco, tal vez mientras lo estás diciendo, llegará a faltarte; y poder pensar lo que, lógicamente, harán los demás cuando tú no existas. Hablo claro; mas Florestán finge no entender. Y yo prosigo:

—Imagino, querido Florestán, la corona de porcelana que irás a colocar en mi tumba cuando descanse en ella.

Florestán se me impone y yo entonces me callo; y, tan delgado, tan pálido y afligido como estoy, comienzo a observar, desde el rincón del carruaje, que va al paso por los aéreos senderos del Gianicolo... (*)—las bellas cosas que no son ya para mí, las bellas cosas que quedan para los demás: esta dulzura del sol poniente...; la vida, la vida, toda la vida como la saborearán los demás, aunque amarga, ¿qué importa?

Y contemplo a este hombre, grueso y sanguíneo que está a mi lado y suspira; y pienso en mi mujer que, esperándonos, también suspira, y en mi hijo, que, una vez yo desaparecido, ni siquiera me recordará.

—¡Papá!—dirá a Florestán.

Y éste, volviéndose, le contestará bruscamente:

—¿Qué quieres?

¡Ese es el marido de tu mamá, Carlitos amado! Pero no es tu padre, ¿sabes?

Pero a pesar de todo, es tan bella la vida, tan exuberante...

(*) Parque de Roma.

La sombra del remordimiento

—He venido—gimió desde el umbral Bellavida, vacilante, como si se lanzase a hablar y luego se detuviese—, porque lo he comprendido, ¿sabe? Vucencia... no tiene ya el corazón... como para ir... a mi casa... ¡Lo he comprendido!

Repuesto apenas de la sacudida de ira que le había producido el anuncio de aquella visita, el señor notario, desde la mesita a que se hallaba sentado en su alcoba, indicó que sí con la cabezota calva, sin saber en realidad por qué. (¿El corazón? ¿Qué había dicho?) E invitó, con un movimiento de la mano, al visitante, que podía pasar y sentarse.

Ante aquel gesto, sintió Bellavida como si se tambalease la habitación; de tal manera la dicha le dominó de improviso. Y como quiera que, vestido de rigurosísimo luto, tras haber hablado, ha-

—Imagino, querido Florestán, la corona de porcelana que irás a colocar en mi tumba cuando descanse en ella.

Florestán se me impone y yo entonces me callo; y, tan delgado, tan pálido y afligido como estoy, comienzo a observar, desde el rincón del carruaje, que va al paso por los aéreos senderos del Gianicolo... (*)—las bellas cosas que no son ya para mí, las bellas cosas que quedan para los demás: esta dulzura del sol poniente...; la vida, la vida, toda la vida como la saborearán los demás, aunque amarga, ¿qué importa?

Y contemplo a este hombre, grueso y sanguíneo que está a mi lado y suspira; y pienso en mi mujer que, esperándonos, también suspira, y en mi hijo, que, una vez yo desaparecido, ni siquiera me recordará.

—¡Papá!—dirá a Florestán.

Y éste, volviéndose, le contestará bruscamente:

—¿Qué quieres?

¡Ese es el marido de tu mamá, Carlitos amado! Pero no es tu padre, ¿sabes?

Pero a pesar de todo, es tan bella la vida, tan exuberante...

(*) Parque de Roma.

La sombra del remordimiento

—He venido—gimió desde el umbral Bellavida, vacilante, como si se lanzase a hablar y luego se detuviese—, porque lo he comprendido, ¿sabe? Vucencia... no tiene ya el corazón... como para ir... a mi casa... ¡Lo he comprendido!

Repuesto apenas de la sacudida de ira que le había producido el anuncio de aquella visita, el señor notario, desde la mesita a que se hallaba sentado en su alcoba, indicó que sí con la cabezota calva, sin saber en realidad por qué. (¿El corazón? ¿Qué había dicho?) E invitó, con un movimiento de la mano, al visitante, que podía pasar y sentarse.

Ante aquel gesto, sintió Bellavida como si se tambalease la habitación; de tal manera la dicha le dominó de improviso. Y como quiera que, vestido de rigurosísimo luto, tras haber hablado, ha-

bíase repuesto rígido junto a la puerta, casi le faltaron las piernas por la repentina emoción.

Se sostuvo, oprimiendo las manos gráciles, trémulas, en los hombros de su hijo Miguelito, que se hallaba ante él, vestido también con un traje acabado de teñir de negro. A la presión, como ante una llamada, apareció enseguida en Miguelito, más radiante, la satisfacción con que llevaba puesto aquel traje negro.

Lo llevaba como un uniforme. El día anterior había dicho a todos los chiquillos de la vecindad, que se hallaban embobados ante la puerta de su casa, en donde el papá acaba de clavar al través una franja negra de bombasí:

—Estoy de luto.

Y recreándose en el placer de que parecía estar poseído, se había pasado las manos por la chaqueta.

También su papá estaba de luto, ¡y de qué manera! Hasta la bufanda de lana roja que llevaba siempre envuelta en el cuello glanduloso, la había teñido de negro. Aunque el luto lo llevaba el papá por bien diverso modo.

A la invitación de pasar, reponiéndose de la alegría, Bellavida empujó hacia adelante a Miguelito, y, bajito, bajito, al oído:

—(Ve a besar la mano al señor.)

Luego, con la compuesta gravedad que aquella visita, de sólo seis días después, le imponía, movió algunos pasos por la estancia en desorden, que sabía aún a los grasos ronquidos nocturnos del

grasiento notario, y sentóse en el borde, en el borde de una silla, derecho sobre la cintura, como si el dolor le obligara por fuerza a estar así, tieso y rígido.

Puede que en su casa se hubiese dejado caer, en la desesperación de aquella pena. Mas como quiera que la conmiseración que el señor notario pudiera concederle, no debería ocupar excesivo lugar en el mismo, y, seguramente, no era menos desolado el dolor en que debería debatirse también el señor notario en aquel instante, le pareció demasiado aún, sentarse así en el filo de a silla.

Miguelito, tras haber recibido del notario un beso forzado, rozando apenas los cabellos, volvió hacia él y se colocó entre sus piernas.

Por un instante, desde el mármol de la mesilla de noche, junto a la cama deshecha, se hizo perceptible el tic-tac sutil del reloj de oro de bolsillo del notario, colocado allí sobre un pañuelo de seda. El notario había apoyado los brazos sobre la mesa velada de polvo, y había hundido entre ellos la cabeza.

Permaneció Bellavida un buen rato contemplando, con ojos graves y densos de angustia, la calva amoratada del señor notario, que emergía de entre los brazos cruzados. Si el respeto no se lo hubiese vedado, se hubiese aproximado de puntillas a depositar un beso de gratitud ferviente sobre aquella calva; de tal manera el doloroso

recogimiento del notario servíale de bálsamo a su corazón. Sentíase realmente feliz, como si toda aquella pena en que le vefa sumido le sustentara a él, como da la leche de sus senos la madre al hijo.

Al fin resolvióse a hablar.

—Para el entierro—dijo (y enseguida le tembló la voz)—para el entierro encargué en su nombre una corona de flores frescas, algo... algo más grande que la mía.

El notario levantó de la mesa el rostro más que contraído.

—¿Una corona?

—Me lo permití, seguro de interpretar su deseo, señor notario.

—Está bien. ¿Y qué más?

—Después las hice colocar en el carro fúnebre, señor notario. La suya y la mía juntas. ¡Tan bonitas las dos! ¡Si su señoría las hubiese visto! Hablaban.

—¿Quién hablaba?

—Las coronas, señor notario.

El rostro del notario, alzado apenas y colocado allí, en el plano de la mesita, como si estuviese cortado, volvióse lívido de indignación.

—¡Supongo — dijo — que en la cinta no habrás hecho poner mi nombre!

Bellavida, con el pañuelo listado de negro ante los ojos, indicó que no con la cabeza.

—¿Y qué más?

—Además — prosiguió entre lágrimas Bella-

vida—he mandado decir tres misas a la pobre santa: una por usted, otra por mí y otra por Miguelito.

Miguelito se estremeció, envanecido por la gran noticia de la misa... ¡Oh!, ¿también por él?, y fué a pasarse la mano por la chaqueta, pero interrumpió el gesto al ver ponerse en pie al notario, con los ojos foscos.

—¡Me dirás cuánto has gastado!

—Señor notario...

—¡Me dirás cuánto has gastado!—insistió exasperado el notario.

Bellavida oprimió entre los dientes el labio inferior, para impedir estallar en sollozos; mas las lágrimas le llovían de los ojos.

—¡Po... or... por compasión...!—farfulló—¿Me quiere dar también esa pena?

El notario observó aquellas lágrimas, el lastimoso aspecto de aquel hombre, deshecho en unos días por la inesperada desgracia; vió pintarse el asombro en el rostro empalidecido del muchacho, y comenzó a pasear por la habitación, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, sin añadir palabra. Los pantalones de aquel traje viejo de casa, demasiado anchos, le hacía dos grotescas arrugas por detrás, que al movimiento de las nalgas, subían y bajaban de la más ridícula manera. Lo notó Miguelillo, y ya no miró otra cosa mientras el notario no dejó de pasear.

Al fin, Bellavida, acabó de sorber con la nariz las últimas lágrimas, y prosiguió:

—He venido también por Miguelito.

El notario se detuvo, y volvióse a mirarlo.

—¿Por Miguelito?

—Sí, señor; para preguntarle si puedo mandarle de nuevo a la escuela.

—¡Dios grande y bueno!—exclamó entonces el notario levantando los puños al techo—¿Y por qué me lo preguntas a mí?

—Pues, para saber, si le parece bien... a los seis días solamente...

Con ambas manos, aún elevadas, el notario hizo un violento gesto de indiferencia.

—¡Haz lo que te parezca!

—¡Ah, no!—saltó gravemente y también resueltamente esta vez Bellavida—¡Se trata de Miguelito! Y nada quiero yo hacer sin el consentimiento y el consejo de su señoría. El muchacho sufre estando solo en casa conmigo. ¿No ve cómo se ha desmejorado en estos días? Pero es que yo no sé más que llorar, llorar, llorar...

Y otra vez a llorar como una fuente.

De improviso, medio ahogado, con un esfuerzo, saltó en pie y fué a echarse sobre el notario, desesperadamente.

—¡Ah, señor notario—gritó—, por compasión, señor notario, tenga lástima de mí! ¡No me abandone, no me abandone, señor notario, en este momento! Todos me desprecian por causa de usted... todos se ríen de mí... ¡de este mismo luto que visto...! ¡Sólo usted puede y debe compadecerme!

¡Usted, que conoce mis sentimientos! ¡Usted, que sabe que jamás he admitido nada de usted! ¡Un poco de consideración solamente, por el respeto que le he guardado siempre... un poco de consideración por mi desgracia, por nuestra desgracia, señor notario!

Y al decir esto, le miró, desde cerca, tan afligido, tan afligido y con unos ojos tan desvariados y atroces, de loco, que el notario sintió la tentación de darle un empujón para quitárselo de encima y mandarlo lejos con sus sollozos.

Casi le pareció mentira; sintió asco al notar, bajo la tela peluda del traje teñido, los flacos brazos de él, que querían, en la convulsión del llanto, agarrársele al cuello. Con aquel asco en los dedos, volvióse hacia la ventana, cerrada, como buscando una salida. Quién sabe por qué, advirtió enseguida la cruz que en la vidriera formaban las varitas de hierro oxidadas. Y al mismo tiempo advirtió una extraña relación entre el horrible peso de aquel hombre, que lloraba sobre su pecho, y toda la solitaria tristeza de su vida de viejo y gordo solterón, tal y como ahora le aparecía evidente en los sucios cristales de la ventana sobre el cielo ceniciento de la mañana otoñal.

Para substraerse a la pesadilla, comenzó a animar al afligido; le prometió que no le abandonaría; que volvería—sí, sí,—que volvería a su casa, como antes.

—Pero, Teresita... Teresita, señor notario...

ya no la encontrará usted allí... ¡No lo podrá resistir su señoría...!

—¡Sí! ¡Te digo que iré...! Iré... iré...

Y así consiguió, al fin, que se fuera.

Una vez solo, estuvo más de cinco minutos abriendo y cerrando las manos, todo él vibrante, congestionado, mientras muja, silbaba y gritaba en todos los tonos:

—¡Caramba...! ¡Caramba...! ¡Caramba...!

* * *

Sentado en un banquillo de hierro de su cafetuchó, inclinado, con los ojos fijos en el mármol sucio y polvoriento de un velador, Bellavida aguardó durante varios días la prometida visita del notario Denora. Mas ni el notario fué, ni fueron tampoco sus amigos, que antes solían pasar en el café las tardes enteras hablando, leyendo los periódicos, jugando a las cartas. Y con el chiquillo apretado entre los brazos, en cuanto éste volvía de la escuela, Bellavida se deshacía en lágrimas, esperando. Después, sintiendo que el corazón se le desgarraba en el pecho, saltaba en pie; confiaba la tienda al viejo camarero, que no hacía más que dormir, y se dirigía nuevamente con Miguelito a casa del señor notario.

Sólo tras cuatro o cinco visitas de éstas comenzó a darse cuenta de que no le eran gratas al notario. No dijo nada. Añadió al llanto, siempre

vivo por la muerte de su mujer, otras lágrimas por este nuevo dolor, y escaseó un tanto las visitas. Cuando iba, hacía entrar en el despacho a Miguelito, mientras él, siempre cubierto por su rigurosísimo luto, más lívido de día en día, más decaído, sentábase, silencioso, y con los ojos cerrados, en el recibimiento. Poco a poco los párpados se le llenaban de llanto, y las lágrimas, gruesas y espesas, se deslizaban por sus mejillas hundidas. Con la nariz, llena también de lágrimas, sentía la necesidad de sonarse fuerte; pero se sonaba despacio, para no molestar; despacio, despacito... Y se enternecía angustiosamente por toda aquella delicadeza suya sin recompensa; y aquella angustiosa ternura se le disolvía enseguida en una nueva y más impetuosa inundación de lágrimas.

—¿Te ha besado, di, te ha besado?—preguntaba enseguida a Miguelito, acudiendo como un sediento, en cuanto le veía salir del despacho.

Miguelito se encogía de hombros, fastidiado, no entendiendo el por qué de la ansiosa, insistente, premura del padre por saber qué le había dicho y hecho el notario.

—¿No te ha besado?

—Me ha hecho así—respondía, al fin, Miguelito, pasándose ligeramente una mano por los cabellos hirsutos.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Le acompañaba a casa; se lo recomendaba a la criada; y volvía a la tienda, donde encontraba al camarero viejo durmiendo aún, con la boca abierta, en un rincón, comido por las moscas.

En toda la tienda, desde los escaparates—en un tiempo pintados de blanco, ahora amarillentos y descascarillados—, sonaba el zumbido seguido, acompasado, opresor, de las moscas, de las que ni él siquiera se cuidaba. Casi ni las notaba siquiera. Volvía a sentarse, inclinado, en el banquillo de hierro, y allí se estaba, inmóvil, durante horas y horas, con los ojos fijos, agudos, desencajados, que parecía acababan de devorarle el rostro demacrado y pálido, con la barba de varios días.

Las moscas se le posaban en las orejas, en la nariz y en la barbilla; no las advertía, o, cuando más, levantaba apenas, apenas, una mano para espantarlas, cuando ya habían volado. Se habían hecho las dueñas de la tienda—está claro—, puesto que nadie iba ya... Y hasta habían cubierto de sus suciedades los dos velos, uno celeste y otro rosa, ambos descoloridos, que en el mostrador cubrían las pastas ya secas, las tortas endurecidas, con la mermelada cargada de moho. Cubiertas de polvo se hallaban en los estantes del fondo las botellas alineadas de licores, verdes, amarillos y rojos. Y en uno de los platillos de cobre de la balanza, en el mostrador, seguía una pesa, como para recordar la última venta de dulces hecha por la mu-

jer, que hasta poco antes sentábase allí, sonriente y resplandeciente, en el mostrador, con la naricilla blanca de polvos, y el chalecillo de seda roja con lunitas amarillas sobre el seno próspero, los grandes aretes de oro en las orejas, y cada sonrisa que dedicaba como respuesta a las miradas que le dirigían, le descubría los hoyuelos en las mejillas, ligeramente retocadas de colorete.

Lo sentía aún, lo sentía siempre, en su afilada nariz, el perfume cálido, embriagador, de aquella mujer llena de vida; y apretaba los puños, asaltado por un desesperado deseo de derribar aquellos escaparates, de volcar todas aquellas botellas, que con su simétrica inmovilidad de cosas que podían seguir estando allí como antes, cuando para él todo había terminado, exasperaban, de una manera insoportable, su angustia.

Calumnias, puras calumnias de las gentes, aquello de que sostuviese el café con dinero del notario Denora; y nadie mejor que el notario Denora podía saberlo. Había llegado a prohibir a su mujer, siempre, absolutamente, que aceptara ni el más pequeño obsequio, lo que se dice ni siquiera una flor, del señor notario. ¡Desinteresado hasta el escrúpulo! Admitía los céntimos del café que el notario iba a tomar allí con sus amigos, precisamente, porque, de no tomarlos, hubiera temido dar que hablar; pero lo sentía. Algo más que el café—aunque hecho con todo esmero—: ¡su sangre le hubiese dado! ¡Sí, señores! ¡Sí, señores!, porque

le estaba sumamente reconocido él, infinitamente reconocido por la defensa que en los primeros tiempos de su matrimonio había hecho a su favor, en contra de su mujer que le acusaba de inepto, de poco perspicaz, de poco tacto con los clientes, de inexperiencia, y también, también de necedad; reconocidísimo, además, al señor notario, que, con su tranquila y circumspecta influencia, había llevado la paz a su hogar, y por el desquite que con su amistad había podido tomarse de todos los que se le habían siempre burlado por sus aires de «persona distinguida» que sabía tratar y estar en confianza con lo mejor del señorío.

Enfermizo desde niño, se alabó siempre de tener ideas distinguidas, por cuyo motivo no había podido sufrir nunca el trato con la gente vulgar, y había procurado intimar con los «caballeros», los cuales — tenía que reconocerlo — tuvieron todos siempre para él mucha consideración. Se había casado, después, con una de la clase de ellos, venida a menos, pero con una educación de verdadera señora; bonita, bonita... ¡como un sol! Y—claro está—, con tal de alcanzar la tranquilidad, el amor, la conformidad... ¿Qué le importaba que muchos le difamaran, que se mostrasen indignados o que se mofasen? No se había cuidado él nunca de ciertas gentes, satisfecho con la consideración de los verdaderos señores.

Mas ¿por qué razón, ahora que se hallaba desolado y deshecho por la imprevista desgracia, no

se dejaba ver ninguno de ellos en el café? ¿Qué mal habría hecho él al señor notario y a sus amigos para que le trataran así? Si alguno de ellos dos podía tener remordimiento de haber hecho algún mal al otro, ese, ciertamente, no podía ser él.

Bellavida no se podía consolar. Mientras tanto los días pasaban y él se agotaba cada vez más. ¡Acabaría por volverse loco—palabra de honor—, por volverse loco!

Ahora ya, cuando acudía a casa del notario con Miguelito, no subía siquiera la escalera; mandaba arriba al muchacho y él permanecía aguardando en la puerta, como un mendigo. A poco bajaba Miguelito y él le espiaba los ojos, sin valor ya para preguntarle cómo le había acogido el notario.

* * *

Al fin, un día, se presentó en el umbral del cafetín uno de los amigos más íntimos del notario Denora.

Apenas lo vió, Bellavida, como empujado por un resorte, se puso en pie:

—¡Señor abogado!

Pero enseguida le acometió un mareo, y se vió obligado a llevarse una mano a los ojos y a apoyarse con la otra en el velador.

—¡Ay, Dios! Bellavida, ¿qué es eso?

—Nada, señor abogado... La alegría... Como

he visto entrar al señor... Me levanté con demasiada prisa... Estoy tan débil, señor abogado... Pero no es nada, ya pasó...

—¡Pobre Bellavida!—le dijo el otro, apoyándole una mano en el hombro—Si lo veo, está usted muy desmejorado, mucho... No, no, no se levante, no...

—¡Su señoría es quien debe sentarse, por compasión!

—Eso es, me siento aquí.

—¿Desea tomar café? ¿Alguna bebida?

—No, nada. Siéntese usted. Vengo de parte del notario Denora, mi querido Bellavida, para hacerle a usted una proposición...

—¿De parte...?

—Del notario Denora.

Bellavida, al oír nombrar al notario así, como a traición, miró al abogado, con la impresión de que hubiese ido a quitarle hasta el aire para respirar.

—Comprendido—dijo—. Dispense...

Y no pudo seguir. ¡Cómo era eso! ¿El señor notario había podido sentir la necesidad de dirigirse a un tercero para hacerle a él una proposición?

Interpretando mal el doloroso aturdimiento que se pintó en el rostro de Bellavida, el abogado se apresuró a tranquilizarle:

—No se alarme usted, no se alarme, mi querido Bellavida. Se trata del porvenir de su hijo.

—¿De Miguelito?

—De Miguelito, sí. Usted sabe muy bien que el notario le ha querido siempre mucho y sigue queriéndolo.

—¿Sí?, ¡ah!, ¿sí?—exclamó enseguida Bellavida, enderezándose, con los ojos de improviso sonrientes entre las lágrimas. Y la angustia atormentada de todos aquellos días se le agolpó para hallar un desahogo en un torrente de preguntas ansiosas, a través de la alegría inesperada, insospechada, de la noticia.

—¿Por qué entonces...?—comenzó a decir.

Mas el abogado levantó las manos, interrumpiéndole enseguida.

—Déjeme usted hablar, se lo ruego. El notario le propone a usted enviar al muchacho a un colegio de Nápoles.

A Bellavida se le desencajaron los ojos, volviendo a caer en su dolorosa turbación, mas con la sospecha, ya firme, de que la embajada que le llevaba aquel señor ocultaba una verdadera traición del notario.

—¿A Nápoles?—dijo—¿A Nápoles, el muchacho? ¿Por qué?

—Para darle una mejor educación—respondió el otro en el acto, como si fuese una cosa por sí misma natural y evidente—. Claro está que el notario correrá con todos los gastos, si usted consiente en separarse del niño.

En un principio, desorientado aún, afirmándose

poco a poco, después, en su sospecha, que le llenaba de espanto e indignación al mismo tiempo, Bellavida comenzó a sospechar, a inquirir:

—¿Por qué? El chiquillo aquí estudia, señor abogado; adelanta en la escuela, no lo pierdo de vista. ¿Por qué el señor notario me propone enviarle tan lejos a un colegio, a Nápoles? ¿Y yo? ¡Ah!, ¿es que el señor notario no quiere ya contar conmigo para nada? Sin el muchacho me moriría... ¡Ya me estoy muriendo, señor abogado, me estoy muriendo de pena, abandonado por todos sin saber por qué! ¡Pero qué le he hecho yo, qué le he hecho yo, en nombre de Dios! ¡También quiere quitarme el chiquillo...! No, no, ¡déjeme hablar! No es cierto que se interese por la educación de Miguelito, no. ¡Otra cosa será! ¡Otra cosa! ¡Y yo sé, señor abogado, yo sé lo que es! ¿Cómo es eso? ¿Me habla de gastos, él? ¿Se atreve a hablarme de gastos? ¿Y cuándo he recurrido a él para sostener al muchacho como si fuese hijo de señores? ¡Yo, sólo con mis medios, yo! ¡Y mientras viva, yo sólo proveeré! ¡Digaselo! No puedo mandar a Nápoles; pero aunque pudiese, no lo haría. ¿Por qué el notario me obliga a decir esto? ¿Ha creído, acaso, que le llevaba el muchacho para pedirle algo?

En aquel instante, el abogado trató de contener el fragor de aquella impetuosa de palabras, aprovechando la sospecha, realmente infundada,

que encerraba la última pregunta de Bellavida. Mas éste no se dejó avasallar:

—¿No es eso?—insistió—Y entonces, ¿por qué? ¿Es que ya no quiere ver ni siquiera al muchacho? En cuanto a mí, ¡ya no me ve desde hace tanto tiempo!

—¡Oh! Terminemos de una vez—dijo resueltamente el abogado, impaciente ya. ¡Ya estamos en ello! De eso se trata, querido Bellavida. Vamos a hablar claro.

Pero, realmente, cuando se halló en el instante de abordar el asunto, aquello de hablar claro no fué tan sencillo para el abogado, pues no era fácil empresa la de hacer entender a Bellavida la indignación del notario por su perruna adhesión. ¿Cómo soltarle en pleno rostro que, a la muerte de la mujer, el notario había creído librarse para siempre de la pesadilla de él, que con el ridículo de su inconcebible apacibilidad, con el respeto que le demostraba ante todo el mundo, con los elogios desmesurados que difundía con todo el que hablaba—de su ingenio, de su nobleza, de su gran corazón y hasta, ¡Dios mío!, de su hermosura—, le había envenenado el placer de aquella única y tardía aventura de su sobria y reservada existencia? ¿Podía ya tolerar el señor notario la amenaza de no quitárselo nunca de encima, y que siguiera respetándole, alabándole, sirviéndole ante todo el pueblo, para demostrar, por todos los medios, como siempre había hecho, que

si algunos trataban familiarmente al notario Denora, no debían hacerse ilusiones, porque el señor notario tenía en secreto especiales razones de intimidad con él, y la confianza, por tanto, que a él le concedía, no hubiera podido otorgársela a los demás?

Ligado a él por fuerza, por amor a una misma mujer, ¿podía el notario seguir ahora igualmente ligado por el dolor común, por el luto común? ¡Vamos, seamos justos! ¡Era ridículo!, ¡iridículo! Y Bellavida, ¡caramba!, debía comprenderlo; ya que aquella ligadura había sido forzada, ahora que la muerte, al fin, la había truncado, el notario no tenía ya nada que compartir con él; porque el dolor—si lo tenía—, el luto—si quería llevarlo por la muerte de aquella mujer—, no había necesidad alguna que lo tuviese y lo llevasen a la par. Demasiado habían dado que reír. Ahora basta. Ya no quería.

Bellavida, tras haberse retorcido sobre el banco para profundizar aquella fatigosa explicación, llegó al final medio atolondrado.

—¡Ah!, ¿sí...?—comenzó a decir—¡Ah!, ¿era por eso?

Y no terminaba. Y a cada «¡ah!», los ojos, doloridos por la dura fijeza de aquellos días, se le desvariaban, se le encendían en relámpagos de locura.

—¡Ah! ¿Teme al ridículo el señor notario? ¿Lo teme, él? ¿Teme al ridículo porque yo le respeto?

¿El teme al ridículo, él que durante diez años me ha hecho el hazmereir de todo el pueblo? ¡Ay, cuanto lo siento! ¿Y por eso quiere deshacerse de mí y de Miguelito? ¿Porque quiero respetarlo aún y voy a verlo a su casa con el muchacho? ¡Cuánto lo siento, cuánto, palabra de honor! Pues si es por eso, ¡ah! señor abogado, dígame—se lo ruego—dígame que no volveré a ir a su casa con el chiquillo; pero que, en cuanto a respetarlo ¡ah, en cuanto a respetarlo, eso ya no lo puedo evitar! Le he respetado siempre, cuando el respeto podía costarme desestimación y menosprecio, ¿y quiere, que ahora, precisamente ahora, que es cuando lo necesito más, no le respete? Dígame usted, señor abogado, ¿qué he de hacer para no respetarle? No he hecho otra cosa en toda mi vida ¿y quiere que ahora, de repente, no le respete ya? Por fuerza he de respetarle siempre, ¡dígaselo usted! Al revés; ahora voy a respetarlo más. Sí, señor. Usted perdone; me enseña usted mismo el medio de venganza ¿y quiere que no lo aproveche? Ante todo el mundo haré el alarde de respetarle más aún, de manera que todos sepan y vean cuál es, y cómo es este respeto mío hacia él. ¿Me lo podrá impedir? En cuanto le vea, enseguida me acercaré a él. ¡Haré como una profesión el ser su sombra! Sí, señor. La sombra de su arrepentimiento; de todo el mal que me hizo, por todo cuanto le he querido. Vaya a decírselo. El será el cuerpo y yo la sombra. Que me da un puntapie, lo recibo; que me da un bofe-

tón, me lo aguanto. Me quitaré, por el contrario, el sombrero enseguida por cada puntapie que me lance, por cada bofetón que me dé. Puede ir a decírselo. El cuerpo él y yo la sombra.

El abogado trató por todos los medios de disuadirle, con ruegos, con razones, con amenazas. No hubo quien apartara a Bellavida de aquella frase:

—El cuerpo él y yo la sombra.

Estaba ya para lanzarse del todo en el abismo de la más negra desesperación, y he ahí que encontraba en aquellas palabras, como un sostén para detenerse, para rehacerse. ¡Ay, Dios! ¡Si hasta podía reírse! Sí; ¡ya se reía! Había llorado tanto; ahora podía reírse. Sí, sí. Y los demás se reírían también. Sería su venganza. Todos los maridos engañados deberían adoptar aquel nuevo género de venganza: darse a respetar, a venerar, a elogiar ante todo el mundo, por todos los medios, al amante de la mujer, hasta desesperarlo; reflejar sobre él, constantemente, el ridículo de su propia mansedumbre, hasta hacerlo huir entre la general hilaridad; y, entonces—eso, eso—correr tras él, y nuevos saludos, reverencias y sombrerazos, hasta no dejarle un instante de descanso.

A cada cual su turno, ¡pedazo de ingrato! Jamás había imaginado él, que su sincero respeto era ya una venganza de la traición, porque envenenaba al señor notario su mismo placer. Un motivo más para respetarlo ahora que le había abierto

los ojos y que, por medio de su emisario, le había hecho ver y tocar lo que había sufrido, ¡pobrecillo!

De aquí en adelante, había que indemnizar al pobre señor notario por todo aquel sufrimiento, con otro tanto respeto.

Y a la mañana siguiente, en cuanto Bellavida vió al notario, corrió furtivamente, de puntillas tras él, y dió en seguirle de cerca, espectral. El notario notó que la gente que venía de frente se reía, mirándole, por algo que había a su espalda; se volvió; le vió; se detuvo para fulminarle con una mirada, palideciendo. Bellavida, impassible, se detuvo también. El notario adelantó a pecho abierto, y rugió bajo, bajo, haciendo ademán de levantar la caña de Indias:

—Déjame en paz, Bellavida, y vete o te estrello ¿sabes?

—Estrélleme el señor notario, pero no me voy —le respondió Bellavida, inmóvil, con los ojos bajos.

—Pero, a fin de cuentas, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Nada; respetarle siempre, señor notario.

—¡Ten cuidadito que voy a dar parte al Comisario!

—Puede ir, pero ¿qué mal le hago yo?

—¡Ah! ¿Que, qué mal me haces? ¡Estás haciendo que todo el mundo se ría a mi costa!

—No, señor; yo le respeto como siempre le he respetado.

Y la prueba de cuanto el notario afirmaba, se manifestó, tras esta respuesta en una estruendosa carcajada de los curiosos que habían ido formando corro. A duras penas se contuvo el notario; miró a su alrededor con extraviados ojos, a toda aquella gente; luego se volvió a Bellavida:

—¿Los estás oyendo?

—Sí, señor.

—¿Y no te vas?

—No, señor.

Y se fué él, el señor notario, casi corriendo, para no hacer un disparate, y se encerró en su casa como un loco. Pero Bellavida, a toda prisa le siguió, entre las carcajadas de la multitud que se había reunido, entre una turba de chiquillos que tomaban a zumba al señor notario.

Y no acabó ahí; Bellavida se impuso, de verdad, como una profesión, el ser su sombra, él —que había sido siempre, a juicio de todos algo loco, por aquellas «ideas distinguidas».

El notario vióse obligado a recurrir al Comisario de Policía; mas Bellavida respondió al Comisario que no molestaba a nadie; que iba por las calles por cuenta propia, solo y silencioso, como una sombra, siempre con el mayor respeto para el señor notario.

¿Entraba el notario en el salón del Casino? Bellavida se quedaba esperándole, paseando ante la puerta de cristales, durante horas y horas.

—Ahí está Bellavida—decían—. El notario no debe andar lejos.

El notario salía del casino; y él detrás. El notario se detenía ante el escaparate de una tienda; y él se detenía también, hasta que el notario no echaba a andar.

—¡Mucho cuidado, Bellavida, que te estrello de veras!

—Estrélleme el señor notario. Yo le respeto.

La gente le preguntaba si no se cansaba de seguir al notario y Bellavida, cada vez más lívido, cada vez más escuálido, siempre vestido de riguroso luto, encogíase de hombros, entornaba los ojos y respondía, serio, serio:

—No, ¿por qué? El es el cuerpo y yo la sombra.

El cuervo de Mízzaro

Trepando un día por las peñas de Mízzaro unos pastores desocupados, sorprendieron en su nido a un enorme cuervo que, pacíficamente, incubaba los huevos.

—¡Eh, pazguato! ¿Qué estais haciendo? ¡Venid a ver! ¡Está incubando los huevos! ¡Eso es cosa de tu mujer, pazguato!

No es de creer que el cuervo dejase de exponer sus razones; las expuso, mas en lenguaje cuervesco; y no le entendieron. Los pastores entretuviéronse en atormentarlo durante todo el día; después, uno de ellos, se lo llevó al lugar; mas a la mañana siguiente, no sabiendo ya qué hacer de él, le ató, como recuerdo, una campanilla de bronce al cuello y le dejó en libertad:

—¡A gozar!

* * *

La impresión que le produciría al cuervo aquel colgajo sonoro, sólo él podría saberlo, que lo paseaba por el cielo. A juzgar por los amplios vuelos a que se entregaba, arriba, arriba, a lo alto, parecía deleitarse, como perdidos en su memoria el nido y la hembra.

—«Din, dindín, din, dindín...»

Los labriegos que, encorvados, labraban la tierra, al oír aquel repiqueteo se enderezaban; miraban aquí y allá, asombrados, hacia las llanuras interminables, bajo la gran llamarada del sol:

—¿Quién toca? ¿Dónde tocan?

No soplabla la más ligera ráfaga de aire. ¿De qué lejano campanario podría llegar hasta ellos aquel alegre repique?

Todo se lo podían imaginar, menos que un cuervo produjera aquellos sonidos así, en el aire.

—¡Espíritus!—pensó Quico que, solo, trabajaba en su fundo, cavando zanjas, junto a los almen-dros, para llenarlas después de estiércol. Y se signó. Porque él creía, ¡uy, y de qué manera!, en los espíritus. ¡Lo había podido comprobar tantas veces! Hasta, en alguna ocasión, se había oído llamar, al volver anochecido del campo, a lo largo de la carretera, junto a los apagados ladrillares, donde, según rumor, tenían su alojamiento. Llamar, sí; se había oído llamar: «¡Quico!, ¡Quico!», talmente. Y los cabellos se le habían erizado debajo de la gorra.

Aquel repiqueteo lo había oído él antes, desde

lejos, luego de cerca, de lejos otra vez; en todo el contorno no había alma viviente: campo, árboles, plantas, que no hablaban, ni oían, y que, con su misma impasibilidad, acrecían su desconcierto. Luego, al ir a buscar el almuerzo, que por la mañana se había llevado de la casa—un panecillo y una cebolla—, que dejara en la alforja, en unión de la chaqueta, algo lejos de allí, colgadas en la rama de un olivo, ¡oh, señores: vió que la cebolla, sí, estaba en la alforja, pero el panecillo no lo había encontrado! ¡Y en pocos días tres veces!

No había dicho nada a nadie, porque bien sabía que cuando los espíritus la tienen tomada con uno, ¡ay, del que se queje!: te toman por su cuenta y es peor.

—No me encuentro bien —decía Quico a su mujer al volver del campo, cuando le preguntaba por qué tenía aquel aire de atontado.

—¡Pero, comes!—le hacía observar, a poco, la mujer al verle engullir, uno tras otro, tres o cuatro platos de sopa.

—¡Como, sí! —mascullaba Quico, en ayunas desde la mañana y con la agravante de no poderse desahogar.

Hasta que, por los campos, se esparció la noticia de aquel cuervo ladrón, que iba sonando su campanilla junto al cielo.

Quico tuvo el desacierto de no saber reír de ello, como los demás labradores que habían tenido aprensión.

—¡Prometo y juro—dijo—que se las haré pagar! ¿Y qué hizo? Se llevó en la alforja, en unión del panecillo y la cebolla, cuatro habas secas y cuatro hebras de bramante. En cuanto llegó al fundo, quitó la albarda al borriquillo y le encaminó hacia una cuesta, a que comiera los rastros que habían quedado. Con aquel borriquillo hablaba Quico como se habla con un cristiano; y el borrico, enderezando ora esta, ora la otra oreja, de cuando en cuando resoplaba, como para responderle de alguna manera.

—¡Ve, Cicio, ve!—le dijo aquel día—¡Y ffjate bien, que nos vamos a divertir!

Agujereó las habas; las ató a las cuatro hebras de bramante sujetas a la albarda y las colocó en el suelo, sobre la alforja. Luego se alejó para ponerse a labrar.

Pasó una hora; pasaron dos. De cuando en cuando, Quico suspendía la labor, creyendo oír el sonido de la campanilla en el aire; enderezábase, tendía el oído. Nada. Y volvía de nuevo a labrar.

Llegó la hora del almuerzo. Perplejo, sin saber si ir por el pan, o aguardar todavía un poco, Quico se movió al fin; pero después, al ver tan bien dispuesta la trampa sobre la alforja, no quiso estropearla; en esto, oyó claramente un lejano repiqueo; levantó la vista:

—¡Allí estaba!

Y, calladito, calladito, latándole fuertemente el corazón, dejó aquel sitio y se ocultó lejos.

El cuervo, no obstante, como si gozara con el sonido de la campanilla, revoloteaba en lo alto, en lo alto, y no bajaba.

—Puede que me vea—pensó Quico; y se levantó para ocultarse más lejos aún.

Mas el cuervo siguió volando en lo alto, sin dar señales de querer descender. Quico tenía hambre; mas no quería darla por vencida. Volvió a labrar. ¡Espera, espera! El cuervo, siempre allí arriba, como si lo hiciera aposta.

Hambriento, con el pan a dos pasos de él, allí, sí, señores, ¡y sin poder tocarlo! Se recomía por dentro, pero resistía, irritado, obstinado.

—¡Bajarás, bajarás! ¡También tú debes tener hambre!

Y el cuervo, mientras tanto, desde el cielo, parecía responderle burlón, con el sonido de la campanilla:

—«¡Ni tú, ni yo!» «¡Ni tú, ni yo!»

Así pasó el día. Quico, exasperado, se desahogó con el borriquillo, volviéndole a colocar la albarda, de la que pendían, como un adorno de nuevo género, las cuatro habas. Y, ¡andando!, mordisqueando, como un rabioso, aquel pan que había sido durante todo el día su martirio. Y, a cada bocado, una palabrota dirigida al cuervo: «¡verdugo!», «¡ladrón!», «¡traidor!»... porque no se había dejado cazar por él.

Pero, al día siguiente, le fué bien.

Una vez preparada la trampa de las habas con

igual esmero, no había hecho más que ponerse al trabajo, cuando oyó un repiqueteo descompuesto allí cerca y graznar desesperadamente, entre un fuerte batir de alas. Acudió.

El cuervo estaba allí, sujeto por el bramante que le salía del pico y le ahogaba.

—¡Ah! Has caído, ¿eh?—le gritó aferrándole por los alones—Estaba buena el haba, ¿eh? Ahora me toca a mí, ¡animalucho! Ya verás.

Cortó el bramante; y, como para empezar, asentó al cuervo dos manotazos en la cabeza.

—¡Éste, por el miedo, y éste, por los ayunos!

El borrico, que estaba por allí cerca mordisqueando los rastrojos, al oír graznar al cuervo, escapó asustado. Quico le detuvo con la voz; después, desde lejos, le enseñó el negro animalucho:

—¡Aquí está, Cicio! ¡Lo tenemos!

Lo ató por las patas; lo colgó de un árbol y volvió al trabajo. Mientras labraba comenzó a pensar en la venganza que tomaría. Le cortaría las alas para que no pudiese volar; luego se lo entregaría a sus hijos y a los demás chiquillos de vecindad para que se entretuvieran con él... Y se reía entre sí.

Al anoecer, colocó la albarda sobre el borriquillo; cogió el cuervo y le colgó por las patas a la grupa; montó, y ¡en marcha! La campanilla, sujeta al cuello del cuervo, comenzó a sonar. El borriquillo enderezó las orejas y se detuvo.

—¡Arre!—le gritó Quico, dando un tirón de la cabezada.

Y el animal echó a andar, poco persuadido, no obstante, por aquel ruido insólito, que acompañaba al de sus cascos en la lenta marcha a lo largo de la polvorienta carretera.

Quico iba pensando en que, desde aquel día, en los campos nadie volvería a oír repiquetear por los aires al cuervo de Mizzaro. Lo tenía allí, y no daba ni señales de vida el maldito avechucho.

—¿Qué haces?—le preguntó volviéndose y dándole en la cabeza con la cabezada—¿Te has dormido?

Y el cuervo, al golpe:

«¡Crah!»

Ante aquel inesperado graznido, el borrico se paró de pronto, con el cuello extendido y las orejas enderezadas. Quico soltó una carcajada.

—¡Arre, Cicio! ¿Qué? ¿Te asustas?

Y golpeó al asno, en las orejas, con la cuerda. Poco después, volvió a repetir al cuervo la pregunta:

—¿Te has dormido?

Otro golpe más fuerte. Más fuerte aún el cuervo:

—«¡Crah!»

Pero esta vez el burro dió un salto de carnero y emprendió la fuga. En vano Quico con toda la fuerza de las manos y de las piernas trató de contenerlo.

El cuervo, sacudido por aquella precipitada fuga, se dió a graznar a la desesperada; y cuanto más graznaba, más corría el asno espantado.

—«¡Crah!», «¡crah!», «¡crah!»

Quico ululaba, a su vez, tirando de las riendas; pero ambos animales parecían ya enloquecidos por el terror, que mutuamente se infundían: uno graznando y el otro huyendo. Sonó durante un gran rato en la noche aquel correr desesperado; después el estrépito de una caída, y después nada.

Al día siguiente, en el fondo de un barranco, fué hallado el cuerpo de Quico completamente destrozado, bajo el borriquillo, destrozado también; un osario que humeaba al sol entre una nube de moscas.

El cuervo de Mizzaro, negro en el azul de la clara mañana, repicaba nuevamente en los cielos, libre y feliz.

Y luego, ¡Dios mío!, con aquel corpachón de hipopótamo, de animal antediluviano... ¿sería posible?

Y el profesor resoplaba, fulminando con los ojos a la criada que, pequeñita e hinchada, como una pelota, se extasiaba contemplando a su grueso amo en aquel insólito traje de gala, sin advertir, la desdichada, no mirándole más que a él, la humillación que a su alrededor sentían los viejos y honestos muebles vulgares y los pobres libros de la pequeña habitación, casi oscura, en desorden.

Como era lógico, el profesor Gori no tenía frac y había tenido que alquilarlo. El dependiente de una sastrería próxima le había subido una brizada de ellos, para elegir; y ahora, con aires de un competente «arbitrator elegantiarum», con los ojos entreabiertos y en los labios una sonrisita de complacida superioridad, le examinaba, haciéndole volver de un lado para otro— «¡Pardon!»—, y concluía sacudiendo el mechón de pelo:

—¡No le sienta!

El profesor volvía a resoplar y se enjugaba el sudor.

Se había probado ocho, nueve, no sabía ya cuántos. Cada uno más estrecho que el otro. Y ya el cuello—que le ahorcaba—y la pechera se hallaban en un estado lastimoso. Y aún le quedaba por anudar—no sabía cómo—la corbata blanca.

El frac estrecho

Corrientemente, el profesor Gori, solía tener una gran paciencia con la vieja criada que desde hacía unos veinte años le servía con toda diligencia, aunque con demasiado afecto. Aquel día, no obstante, por primera vez en su vida, se veía obligado a vestirse de frac, y se hallaba dejado de la mano de Dios...

La sola idea de que una cosa tan fútil pudiese preocupar un espíritu como el suyo—ajeno a toda banalidad y dominado por tan graves cuidados intelectuales, morales y sociales—, bastaba para irritarle. Aumentaba su irritación el hecho de que, un espíritu como el suyo, tan sencillo y tan complejo a la vez, pudiera prestarse a llevar el traje prescrito por una necia costumbre, para ciertas representaciones de gala, con que la vida se hace la ilusión de ofrecerse, a sí misma, una fiesta o una distracción.

Al fin, el dependiente, complacido, exclamó:
—¡Este, sí...! No podríamos hallar nada mejor, caballero.

El profesor Gori volvió primero a fulminar con los ojos a su criada para impedir que repitiese: «¡Pintado!» «¡Pintado!» Después se miró el frac, en consideración al que, sin duda, el dependiente le había llamado «caballero»; luego, volviéndose:
—¿No ha traído usted ninguno más?—interrogó al dependiente.

—¡He subido doce, caballero!

—¡Y dale! ¿Será éste, pues, el duodécimo?

—El duodécimo, para servirle.

—¡Entonces, está bien!

Era más estrecho que los otros. El sastre, algo resentido, concedió:

—Algo estrechillo está, pero puede pasar. Si tuviese la bondad de mirarse al espejo...

—¡Muchas gracias!—chilló el profesor—Ya es bastante con el espectáculo que le ofrezco a usted y a mi señora criada. No es necesario que me lo ofrezca a mí mismo.

Aquél, entonces, correctísimo, inclinó apenas la cabeza, y se fué con los otros once fracs.

—Pero, ¿es posible?—prorrumpió con un iracundo gemido el profesor, intentando levantar los brazos.

Se dirigió a la cómoda para echar una ojeada a una perfumada tarjeta de invitación, y volvió a resoplar. La invitación era para las ocho, en casa

de la novia, en la calle de Milán. ¡Veinte minutos de camino, y eran ya las siete y cuarto!

Volvió entonces la criada que había ido a la puerta a acompañar al sastre.

—¡A callar...!—le impuso en el acto el profesor—Trate usted, si puede, de terminar de ahogarme con esta corbata.

—Despacito, despacito... El cuello...—le recordó la criada. Y, tras haberse limpiado bien, bien, las manos temblorosas, con un pañuelo, se dispuso a acometer la empresa.

Reinó durante cinco minutos el silencio; el profesor, y a su alrededor la habitación entera, parecían suspensos, en espera del juicio universal.

—¿Está ya?

—¡Hum...!—suspiró ella.

El profesor saltó en pie, vociferando:

—¡Déjelo usted! ¡Probaré yo! ¡No puedo más...!

Mas en cuanto se colocó ante el espejo, dió en tales aspavientos, que la pobrecilla se asustó. Se hizo, ante todo, a sí mismo, una grotesca reverencia; mas, al inclinarse, viendo detrás de sí que los faldones se le abrían y se le volvían a cerrar, volvióse como un gato que nota algo atado a la cola; y, al volverse, «¡trac!», el frac se le abrió por debajo del brazo.

Se puso furioso.

—¡Descosido! ¡Solamente descosido!—le tranquilizó enseguida la criada, acudiendo presurosa—Quíteselo y se lo coseré.

—¡Pero si es que no hay tiempo ya!—gritó exasperado el profesor — Iré así, ¡por castigo!, así... Quiere decirse que no podré tender la mano a nadie. ¡Déjeme usted!

Se anudó a toda prisa la corbata; ocultó bajo el abrigo la vergüenza de aquel atavío, para él tan inverosimilmente ridículo, y ¡en marcha!

* * *

En fin de cuentas, debería estar contento, ¡qué diablo! Celebrábase aquella mañana el enlace de una de sus antiguas discípulas, que él quería muchísimo: Cesárea Reis, que, por su intervención, obtenía, con aquella boda, el premio de los sacrificios padecidos en tantos interminables años de estudios.

El profesor Gori, durante el trayecto, comenzó a pensar en la extraña casualidad, mediante la cual el casamiento aquel se efectuaba. Sí; pero, ¿cómo se llamaba el novio? ¿Aquel hombre rico, viudo, que un día se le presentara en la Escuela Superior del Magisterio a que le indicara una institutriz para sus hijas?

—¿Grimi...? ¿Griti...? No. ¿Mitri...? ¡Ah, eso, sí! ¡Mitri, Mitri!

Ese era el origen de aquel enlace. Cesárea Reis, ¡pobre muchacha!, huérfana desde los quince años, había atendido heroicamente a su propio sustento y al de su vieja madre, trabajando unas

veces como modista y otras dando lecciones particulares, logrando obtener así el diploma de profesora.

Admirado él de tanta constancia, de tanta fuerza de voluntad, a fuerza de ruegos y solicitudes, había conseguido para ella un puesto en Roma, en las escuelas normales. Cuando llegó a solicitar el señor Griti...

—¡Griti, Griti...! ¡Eso es! Se llama Griti... ¡Qué Mitri!

Le había indicado a Cesárea. A los pocos días habíale visto llegar afligido, azorado. Cesárea Reis no había querido aceptar el puesto de institutriz en consideración a su corta edad y a su estado, teniendo en cuenta que no podía dejar sola a su madre, y, sobre todo, ante el temor a la fácil maledicencia de las gentes... ¡Y, quién sabe, la voz, la expresión, con que la picarilla le habría dicho aquellas palabras!

Linda muchacha la Reis; y de una belleza que a él le gustaba singularmente; de una belleza en donde los diurnos dolores (por algo Gori era profesor de la lengua: decía precisamente así: «los diurnos dolores») habían puesto la gracia de una suavísima dulzura, de una tierna y grata nobleza.

Claro es que aquel señor Grimi...

—Me temo mucho que se llame Grimi, ahora que lo estoy pensando...

Claro es que aquel señor Grimi, desde el primer momento se había enamorado perdidamente

de ella. Cosas que ocurren, según parece. Y, tres o cuatro veces, aunque sin esperanza, había vuelto a insistir, en vano; al fin le había rogado a él, al profesor Gori, le había suplicado, que interpusiera su autoridad para que la señorita Reis, tan linda, tan modesta, tan virtuosa, ya que no fuese la institutriz, llegase a ser la segunda madre de sus hijas. ¿Y por qué no? El profesor había mediado con muchísimo gusto, y la muchacha había aceptado, y ahora el casamiento iba a celebrarse, aunque a disgusto de la familia del señor... Grimi o Griti, o Mitri, que se oponía encarnizadamente.

—¡Que el diablo se los lleve a todos!—terminó, resoplando una vez más, el obeso profesor.

Convenía, no obstante, llevar a la novia unas flores. Ella le había rogado que fuese testigo de la boda; mas el profesor le hizo observar que, en calidad de testigo, hubiera tenido que hacerle un regalo digno de la conspicua posición del novio, y no podía: en conciencia, no podía. Bastante era el sacrificio del frac. Pero un ramito de flores, por lo menos, eso sí, ¡vamos! Y el profesor entró, titubeando mucho, y azoradísimo, en una tienda de flores, donde le dieron un gran manojo de ramas con pocas flores y mucho gasto.

Al llegar a la calle de Milán, vió, al final, ante la puerta de la casa que habitaba su discípula, un gran grupo de curiosos. Supuso que fuese tarde; que se hallaban ya, en el patio, los carruajes del cortejo nupcial, y que toda aquella gente estaba

allí para presenciar el desfile. Alargó el paso. Pero, ¿por qué aquella gente le miraba de aquella manera? El frac se hallaba oculto por el abrigo. Tal vez... ¿los faldones? Se miró por detrás. No; no se veían. ¿Y entonces? ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué el portalón estaba entornado?

El portero, con aire compungido, le preguntó:

—¿El señor va arriba para el casamiento?

—Sí, señor. Invitado.

—Pero... es que el enlace no se celebra ya.

—¿Cómo?

—La pobre señora... la madre...

—¿Muerta? —exclamó Gori, estupefacto, mirando al portal.

—De repente, esta noche.

El profesor se quedó estupefacto.

—¿Es posible? ¿La madre? ¿La señora de Reis?

Y echó una mirada a su alrededor, entre los curiosos, como para leer en los ojos de ellos la confirmación de la increíble noticia. El ramo se le cayó de la mano. Se inclinó a recogerlo, pero advirtió que el descosido se le agrandaba bajo la manga, y se quedó a medias. ¡Ay, Dios! El frac, ¡claro! El frac para la boda, castigado ahora a comparecer ante la muerte. ¿Qué hacer? ¿Subir ataviado de aquella manera? ¿Volverse atrás? Recogió el ramo, y, luego, aturdido, se lo entregó al portero.

—Haga el favor de guardármelo.

Y entró. Trató de subir a trancos la escalera;

no lo consiguió, mas que hasta su primer tramo. Cuando llegó al último piso—¡maldita panza!—ya no podía respirar.

* * *

Al penetrar en la salita, sorprendió en los congregados cierta sorpresa, una turbación, rápidamente contenida, como si alguien a su entrada, se hubiese retirado precipitadamente, o, como si de improviso, se hubiese interrumpido una íntima y animadísima conversación.

Ya de suyo azorado, el profesor Gori se detuvo junto a la puerta; miró perplejo a su alrededor; sintióse como extraviado en un campo enemigo. Eran todos grandes señores aquellos: parientes y amigos del novio. Aquella anciana debería ser la madre; aquellas dos, que parecían solteras, tal vez hermanas o primas. Se inclinó grotescamente. ¡Ay, Dios! ¡Otra vez la manga...! E inclinado, como si le tirasen desde dentro, volvió a echar una mirada a su alrededor, como para comprobar si alguno hubiese podido advertir el aumento de aquel malditísimo descosido de debajo del brazo. Nadie contestó a su saludo, como si el luto, la gravedad del momento, no consintieran siquiera una leve inclinación de cabeza. Algunos (tal vez los íntimos de la familia), rodeaban a un señor, en el cual Gori, fijándose

bien, creyó reconocer al novio. Lanzó un suspiro de alivio, y se dirigió a él presuroso.

—Señor Grimi...

—Perdón, Migri.

—¡Ah, sí! Migri... Lo estaba pensando desde hace una hora, ¡créalo! Decía Grimi, Mitri, Griti... ¡y no me acordaba de Migri! Perdona... Soy el profesor Fabio Gori, me recordará... aunque ahora me vea vestido de...

—Mucho gusto, pero... —balbuceó el otro, observándole con fría altivez; luego, como recordando—¡Ah, Gori... ¡sí! Es usted entonces el... sí, digo, el autor... el autor, digamos, indirecto, del casamiento! Mi hermano me ha hablado...

—¿Cómo, cómo? Perdona: ¿Será usted el hermano?

—Carlos Migri, para servirle.

—Es un favor, muchas gracias. Parecidísimo, ¡caray! Perdona usted, señor Gri... Migri, sí, sí; pero... pero, este rayo en un día tranquilo... ¡Claro! Yo por desgracia... bueno, por desgracia no; no tengo yo la culpa... Pero, es que indirectamente, por casualidad, digamos, he contribuido...

Migri le interrumpió con un gesto, levantándose.

—Permita usted que le presente a mi madre.

—¡Un verdadero honor! ¡Imagínelo usted!

Le llevó ante la anciana señora, que ocupaba con su enorme volumen medio sofá, vestida de

negro, con una especie de cofia, negra también, sobre los cabellos lanudos, que le rodeaban el rostro achatado, amarillento, como de pergamino.

—Mamá, el profesor Gori. ¿Sabes? el señor es quien había concertado el casamiento de Andrés.

La anciana elevó los párpados graves, solemnemente, mostrando los ojos uno más abierto y el otro más cerrado, y aovados, turbios, casi sin mirada, borrosos.

—En realidad, —corrigió el profesor inclinándose esta vez con todo miramiento, por el frac descosido—, en realidad, esto es... concertado no; no es esa la palabra... Yo, sencillamente...

—Quería dar una institutriz a mis nietecitas, —terminó la señora, con voz cavernosa—. ¡Muy bien! Eso hubiera sido lo justo...

—Eso... —musitó el profesor—. Conociendo los méritos, la modestia, de la señorita Reis...

—¡Ah, una excelente muchacha, nadie lo niega! —confirmó enseguida la señora, volviendo a bajar los párpados—. Y, nosotros, puede creerme, que estamos consternadísimos...

—¡Qué desgracia! Ya, ya. ¡Tan de repente! —exclamó Gori.

—Como si no existiese realmente la voluntad de Dios—le ayudó, por segunda vez, a terminar la anciana.

Gori la miró; no se atrevió a oponerse; dijo:

—Cruel fatalidad...

Luego, echando una ojeada al salón:

—¿Y don Andrés?

El hermano le respondió con afectada indiferencia:

—¡Pst!... No se... se hallaba aquí hace poco... Habrá ido tal vez a prepararse.

—¡Ah!—exclamó entonces el profesor, recuperando de improviso su anterior alegría—.Entonces ¿el enlace se efectúa de todas maneras?

—¡No! ¿Qué está usted diciendo?—saltó la anciana, asombrada, ofendida—. ¡Oh, Señor! ¡Dios mío! ¿Con la muerta en la casa? ¡Ooh!

—¡Oooh!—profirieron, maullaron, las solteronas con horror.

—Prepararse para el viaje, —explicó Migri—. Debía haber salido hoy mismo para Turín, con su esposa. Tenemos nuestras fábricas de papel allí, en Valsangone; donde está haciendo tanta falta...

—Y... se marchará... ¿así?—preguntó Gori.

—Por fuerza. Si no se va hoy, mañana. Le hemos convencido nosotros; mejor dicho: hemos animado, al pobrecillo. Aquí, como comprenderá usted, no es muy prudente, ni conveniente que esté...

—Por la muchacha... ya sola... —apoyó la madre, con la cavernosa voz—. Las malas lenguas...

—¡Es claro!—prosiguió el hermano—. Y, además, los negocios... Era un enlace...

—¡Precipitado!—Intervino una de las solteronas.

—Digamos, improvisado,—trató de atenuar Mi-

gri—. Ahora, esta gran desgracia sobreviene fatalmente, como... para dar tiempo... eso es. La dilación se impone... por el luto... y... así, se podrá pensar, reflexionar... por una y otra parte...

El profesor Gori permaneció mudo durante un gran rato. La molestia irritante que le producía aquella conversación, entrecortada toda, por tan prudentes reticencias, era la misma que le ocasionaba su frac estrecho, y descosido, debajo del brazo. Igualmente descosidas le parecieron las palabras y dignas de ser acogidas, por el descosido que ocultaban, con el mismo cuidado con que eran proferidas. A poco que se hubiese forzado; de no sostener la conversación tan comedida y suspensa, con todos los debidos cuidados, cabía el peligro de que, al igual de la manga que se había despegado, también se hubiese abierto y manifestado la hipocresía de todos aquellos señores.

Sintió, por un momento, la necesidad de abstraerse de aquella opresión y también del fastidio que, en el atontamiento en que había caído, le producía aquel encajito blanco que ornaba el cuello del traje negro de la anciana. Cada vez que veía un encajito como aquél, le volvía a la memoria, quién sabe por qué, el recuerdo de un tal Pedro Cardella, tendero de su pueblecillo lejano, que padecía un enorme quiste en la nuca. Ya no podía más. Sintió deseos de resoplar; se contuvo a tiempo, y suspiró como un necio:

—Eso es... ¡Pobre muchachal

Le respondió un coro de conmisericordias por la novia. El profesor Gori sintió como si de improviso le azotaran, y preguntó, irritadísimo:

—¿Dónde está? ¿Podría verla?

Migri le señaló una puerta del saloncito.

—Allí, si usted desea...

Y el profesor se dirigió allí precipitadamente.

* * *

Sobre una camita blanca, una cosa larga, negra, rígidamente extendida: el cadáver de la madre, con una enorme cofia, de alas tiesas, almidonadas.

El profesor no vio otra cosa al entrar; mas, presa de aquella irritación creciente, de la cual, en su extravío y en su azoramiento, no llegaba a darse cuenta, con la cabeza ardiente, en lugar de conmoverse, sintió aumentar su indignación, como ante una cosa absolutamente absurda, como ante una estúpida y cruel superchería de la suerte que, ¡no, caramba, no se debía dejar pasar a ninguna costa, acarreado así la desgracia de una pobre muchacha!

Todo aquel estiramiento de gala, allí en la muerta, que parecía haberse tendido ella misma en el lecho, como para gozarse, a traición, de la fiesta preparada para la hija, con aquella enorme

cofia almidonada... ¡Vamos! Casi, casi le dieron ganas de gritarle:

—¡Levántese de una vez! ¡No nos gaste bromas de ese género!

Y si hubiera pensado en ello, hubiese apagado, una a una, las velas que rodeaban el cadáver. Aunque no hubiera podido hacerlo, porque la criada, que había ido a comprarlas, no las había traído aún; y, por suerte, en cambio, penetraba la hermosa luz del sol en la amplia y clara habitación, exaltada como él.

Cesárea Reis se hallaba en el suelo, caída sobre las rodillas; acurrucada junto al lecho en donde yacía su madre; ya no lloraba, como suspenso en un atolondramiento, grave y vano. Entre los negros cabellos despeinados, tenía aún algunos mechones, envueltos en papillotes, desde la noche antes.

Pues, bien; en lugar de lástima, le produjo casi enojo al profesor. Sintió la impetuosa necesidad de levantarla del suelo, de sacudirla de aquel aturdimiento. ¡No había que dejarse vencer por la suerte, que favorecía tan inicualemente los planes hipócritas de todos aquellos señores reunidos allí, en la otra habitación! No, no; todo se hallaba preparado, todo se hallaba dispuesto; aquellos señores habían ido de frac, como él, para la boda; pues bien: no faltaba más que un acto de fuerza de voluntad en alguien; obligar a la pobre niña, derribada en el suelo, a que se levantara; llevarla, arrastrarla,

así, medio aturdida, como se hallaba, a contraer el enlace proyectado para salvarla de la desgracia.

Pero, tampoco surgía en él aquel acto de voluntad para intentar lo que tan evidentemente era contrario al deseo de toda aquella familia. Como quiera que Cesárea, sin mover la cabeza, sin pestañear, levantó apenas, apenas, una mano, y le indicó a su madre, diciéndole: «¿Ve usted, señor profesor?», éste sintió una sacudida, y:

—¡Sí, querida, sí!—le respondió con una desabrida precipitación, que desconcertó a su antigua discípula—Pero, ¡levántate! ¡No hagas que me incline, porque no puedo! ¡Levántate tú! ¡Vamos, enseguida! ¡Vamos, vamos, hazme el favor!

Sin querer, obligada por aquella agitación, la muchacha sacudió su abatimiento y miró, entre asombrada y amedrentada, al profesor.

—¿Dónde?—le preguntó.

—Donde, hija mía... pero, ¡levántate antes! Te digo que no me puedo inclinar, ¡santo Dios!—le respondió Gori.

Cesárea se levantó; mas, al distinguir sobre el lecho el cadáver de la madre, se cubrió el rostro con las manos y estalló en violentos sollozos. No esperaba que el profesor, mientras la aferraba por los brazos y la sacudía, gritase:

—¡No!, ¡no!, ¡no! ¡No llores ahora! ¡Ten paciencia, hijita! ¡Hazme caso a mí!

Volvió a mirarle, casi aterrada ahora, con el llanto detenido en los ojos.

—Pero, ¿cómo no voy a llorar?—dijo.

—¡No debes llorar, porque para ti no es esta hora de llorar!—cortó el profesor—¡Te has quedado sola, hija mía, y debes ayudarte a ti misma! ¿No comprendes que debes ayudarte a ti misma? ¡Ahora, sí, ahora! ¡Coger con las dos manos todo tu valor; apretar los dientes y hacer lo que yo te diga!

—¿El qué, profesor?

—Nada. Ante todo, quitarte esos papillotes que tienes en los cabellos.

—¡Ay, Dios!—gimió la muchacha acordándose y llevándose enseguida las manos a la cabeza.

—Así, ¡muy bien!—la animó el profesor—¡Ahora, entra ahí, ponte tu trajecito de diario y el sombrerito, y ven conmigo!

—¿Dónde? ¿Qué dice?

—¡Al Juzgado, hijita!

—Pero, ¿qué dice, profesor?

—¡Digo al Juzgado, al registro civil y después a la iglesia! Porque este casamiento se ha de hacer ahora mismo, se ha de hacer, ¡o estás perdida! ¿No ves cómo me he acicalado por ti? Yo seré uno de los testigos, como tú querías. Deja un momento a tu pobre madre; no pienses en ella durante un rato, y que no te parezca un sacrilegio. Ella misma, tu madre, lo ordena. Hazme caso: ¡ve a vestirme! Yo lo dispondré todo allí para la ceremonia. ¡Ahora mismo!

—¡No... no...!—¡Me es imposible hacer seme-

jante cosa!—gritó Cesárea, dejándose caer sobre el lecho de su madre y hundiendo el rostro entre los brazos, desesperada:—¡Imposible, profesor! ¡Sé que para mí todo ha terminado! Él se marchará; ya no volverá nunca... me abandonará... Pero yo no puedo... no puedo...

Gori no cedió; se inclinó para levantarla, para arrancarla de aquel lecho; mas, al extender los brazos, pateó rabiosamente con un pie, gritando:

—¡Ea! ¡Se acabó todo esto! Seré testigo, aunque sea con una manga sola, pero este matrimonio se hará hoy mismo, hoy. ¿Lo comprendes? Mírame a los ojos. Lo comprendes, ¿verdad que si dejas pasar este momento estás perdida? ¿Qué será de ti sin tu cargo de las escuelas, sin nadie que te ayude? ¿Culparás a tu madre de tu desgracia? ¿No soñó la pobre tanto con esta boda? ¿Y quieres ahora que por su culpa involuntaria se desbarate? ¿Qué mal haces? ¡Valor, Cesárea! Aquí estoy yo. ¡Descarga sobre mí la responsabilidad de cuanto hagas! Ve, ve a vestirme, ve a vestirme, hija mía, no pierdas tiempo...

Y, al decir esto, fué llevándose a la muchacha hasta su cuarto, sosteniéndola por la espalda. Después, volvió a atravesar la habitación mortuoria, cerró la puerta y entró como un guerrero en el saloncito.

* * *

¿No ha llegado aún el novio?

La familia, los invitados, volviéronse todos a mirarle, sorprendidos por el tono imperioso de la voz; Migri le preguntó, con simulado interés:

—¿Se siente mal la señorita?

—¡Se siente bastante bien!—le respondió el profesor, mirándolo con unos ojos así de grandes—. Al contrario; tengo el gusto de comunicarles a ustedes, que he tenido la suerte de persuadirla de que ahogue por un instante, y venza en sí misma su dolor. Estamos todos aquí ¿verdad? Todo está dispuesto... Bastará con que uno de ustedes... —¡déjenme hablar!—basta con que uno de ustedes... usted, por ejemplo, sea tan amable—(añadió, dirigiéndose a uno de los invitados)—me haga el favor de correr en un coche al Juzgado y prevenir al oficial del registro civil... que...

Un coro de vivas protestas interrumpió en este punto al profesor. ¡Escándalo, asombro, horror, indignación!

—¡Dejen ustedes que me explique!—gritó el profesor, que dominaba a todos con su persona—. ¿Por qué ha de malograrse este casamiento? Por el luto de la novia, ¿verdad? Ahora bien, si la novia misma...

—Pero yo no consentiré nunca—gritó, más fuerte aún que él, la anciana, cortándole la palabra—no consentiré nunca que mi hijo...

—¿Cumpla con su deber y haga una buena

obra?—preguntó, rápido el profesor, terminando él esta vez la frase.

—Pero, ¿por qué se entromete usted en esto?—comenzó a decir, pálido y vibrante de ira Migri, en defensa de su madre.

—¡Perdone! Me entrometo... —le atajó enseñuando el profesor Gori— porque sé que usted es un caballero, mi querido señor Grimi...

—¡Perdón, Migri!

—Migri, Migri, y comprenderá que no es lícito, ni honrado, substraerse a las apremiantes exigencias de una situación como esta. ¡Hay que ser más fuertes, caramba, que la desgracia que agobia a esa pobre criatura, y salvarla! ¿Puede quedarse sola, sin ayuda, sin su cargo siquiera? ¡Dígalos usted! No: este enlace se efectuará, no obstante la desgracia y no obstante... ¡ustedes perdonen!

Se interrumpió, enfurecido. Metió una mano bajo la manga del gabán; aferró la manga del frac y, con un violento tirón, acabó de arrancársela, lanzándola al aire. Rieron todos, sin querer, ante aquel inesperado cohete de nuevo género, mientras el profesor, con un gran suspiro de alivio, proseguía:

—¡Y no obstante esta manga que me ha atormentado hasta ahora!

—¡Está usted de broma!—insistió, reponiéndose, Migri.

—No señor: se me había descosido.

—¡Bromea! Esos son arrebatos.

—Los que aconseja el caso...

—¡O el interés! Le digo que es imposible en estas condiciones...

Llegó en esto, por fortuna, el novio.

—¡No! ¡No! ¡Andrés, no!—le gritaron, en el acto, varias voces de aquí y de allá.

Mas Gori las acalló avanzando hacia Migri:

—Decida usted. ¡Déjeme hablar! Yo, señor Grimi...

—Perdón, Migri!

—¡Migri, si señor, malditísima memoria! Se trata de esto: he llegado a convencer a la señorita de Reis para que tenga fortaleza y se domine, exponiéndole la gravedad de la situación en que usted, querido Migri, la ha colocado y en la cual la dejaría. Si usted, señor Migri, accede, se podría, sin aparato alguno, callados, calladitos, en un carruaje cerrado, acudir al Juzgado, celebrar enseguida el enlace... Supongo que usted no irá a oponerse... Dígame, dígame...

Andrés Migri, sorprendido, miró primero a Gori, después a los otros, y al fin respondió:

—Yo... por mí... si Cesárea quiere...

—¡Quiere! ¡Quiere!—gritó el profesor, dominando con su vozarrón la desaprobación general—. ¡Vamos! ¡Al fin una palabra salida del alma! ¡Venga usted, entonces, corra al Juzgado, generoso señor!...

Y cogió por un brazo al invitado a quien se había dirigido en un principio; lo acompañó hasta la

puerta. En el recibimiento halló un gran número de magníficas cestas de flores, que habían ido llegando para la boda, y se asomó a la puerta del saloncito para llamar al novio y librarlo de su familia indignada, que comenzaba ya a cercarle.

—¡Señor Migri! ¡Señor Migri, un ruego! Mire... Migri acudió.

—Interpretemos el sentimiento de aquella pobrecita. Todas estas flores, ¿verdad?, para la muerta... ¡ayúdeme!...

Se apoderó de dos cestas y volvió a entrar en el salón triunfalmente, derecho hacia la cámara mortuoria. El novio le seguía, afligido, con otras dos cestas. Fué una súbita conversión de la fiesta, divertidísima. Varios acudieron al recibimiento, tropezándose, riendo, a coger más cestas para llevarlas en procesión.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! La boda... y todas las flores a la muerta...

Poco después, Cesárea entró en el salón, palidísima, con el modesto traje negro de ir al colegio, los cabellos apenas alisados, vibrante por el esfuerzo que hacía para contenerse. Inmediatamente el novio acudió a su encuentro, la acogió en sus brazos, cariñosamente. Todos callaban. El profesor Gori, con los ojos brillantes por las lágrimas, rogó a tres de aquellos caballeros que acompañaran con él a los novios para servir de testigos, y se encaminaron en silencio.

La madre, las solteronas, los invitados que quedaban en el salón, comenzaron nuevamente a dar suelta a su indignación contenida por un momento ante la presencia de Cesárea. Felizmente, la pobre madre, allí, entre sus flores, no podía ya escuchar a aquellas buenas gentes que se mostraban escandalizadas por la irreverencia ante su muerte.

Mas el profesor Gori, durante el trayecto, pensando en todo cuanto en el salón se diría a su costa, quedóse aturdido y llegó al Juzgado que parecía ébrio: tanto, que, no pensando ya en la manga del frac que se había arrancado, despojóse como los demás del gabán.

—¡Profesor!

—¡Ah, sí! ¡Caramba!—exclamó, y volvió a ponerse a toda prisa.

Hasta Cesárea sonreía. Mas Gori, que hasta cierto punto se había tranquilizado, diciéndose a sí mismo, que, en fin de cuentas, no tendría que volver allí entre aquellas gentes, no pudo reír, ya que tenía que volver por fuerza, para recoger la manga que habría de restituir, en unión del frac, a la tienda en que lo había alquilado. ¿La firma? ¿Qué firma? ¡Ah, sí; tenía que firmar como testigo! ¿Dónde?

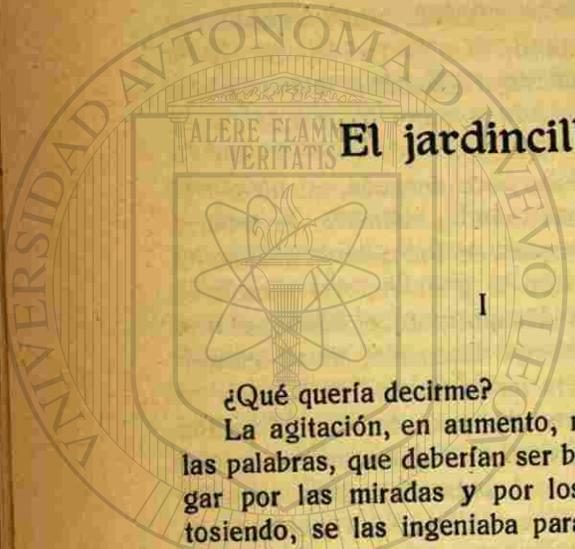
Despachado, a toda prisa, el otro acto en la iglesia, los novios y los cuatro testigos volvieron a la casa.

Fueron acogidos con el glacial silencio de antes.

Gori, tratando de pasar lo más desapercibido posible, echó una mirada por el saloncito y dirigiéndose a uno de los invitados, con un dedo entre los labios, le preguntó:

—Callado, calladito... ¿Tendría la bondad de decirme dónde ha ido a parar la manga de mi frac?

Y, envolviéndola, poco después, en un periódico y marchándose callado, calladito, se puso a considerar que, después de todo, debía solamente a la manga del frac la gran victoria alcanzada aquel día sobre el destino, porque, sin aquel frac estrecho, con la manga descosida, no se hubiese suscitado una exaltación semejante en él, que, en la habitual anchura de sus cómodos y ajados trajes de diario, frente a la desdicha de aquella muerte imprevista, se hubiese entregado, sin más, como un necio, a la emoción, a un inerte sentimiento por la desdichada suerte de la pobre muchacha. Fuera de sí, encolerizado contra su frac estrecho, había hallado, en cambio, en la exasperación, ánimo y fuerza para rebelarse y triunfar.



El jardincillo

I

—¿Qué quería decirme?

La agitación, en aumento, no dejaba lugar a las palabras, que deberfan ser bien ásperas, a juzgar por las miradas y por los gestos con que, tosiendo, se las ingeniaba para que yo lo comprendiese.

—¿El criado?—le pregunté, buscando, angustiado, una interpretación.

Me indicó que sí, con la cabeza, repetidas veces, con cólera; después, con la mano temblorosa, me hizo más gestos.

—¿Lo despido?

—Sí, sí, sí, me indicó con la cabeza otra vez.

Aun cuando la indignación, de que parecía estar presa el pobre enfermo, se me transmitiera a mí también (ante la idea de que aquel bellaco se hubiese aprovechado de los breves momentos en

que durante el día, me veía obligado a alejarme), me quedé perplejo. Venía precisamente, a decirle que, en adelante, no podría velarle y cuidarle, como en los primeros días de la enfermedad. Si despedía al criado, ¿cómo podría permanecer sólo en la casa?

Sobre los sentimientos de afecto y de fidelidad de aquel criado, había concebido también yo graves sospechas; tanto, que en el caso de tener que privar de mi asistencia al pobre viejo, se me había ocurrido inducirlo a que se acogiera a un hospital, o casa de salud. Me pareció aquel el momento propicio para hacerle la proposición.

El abuelo Bauer (le llamaba así desde que yo era un chiquillo) me miró con desencajados ojos, luego lanzó en derredor una lenta mirada a la habitación, cuyo viejo ajuar le era tan querido como su propio sér, y desde el sillón de cuero, en que se hallaba hundido, volvió al fin los ojos hacia la ventana, sin responderme.

Había allí un jardinito. Pertenecía a los inquilinos del segundo piso; mas quien realmente lo disfrutaba era él, el abuelo Bauer, que, desde aquella ventana baja podía hablar cómodamente con el jardinero, sin contar con que, las ramas de un almendro, que parecía ahora todo él florido de mariposas, casi se le entraban en la habitación para anunciarle la primavera inminente.

Advertí que dos lágrimas destilaban los depilados ojos hundidos de mi querido viejecillo;

dos lagrimones que le corrían por las mejillas de cera.

—¿No le agradaría, verdad?—me apresuré a decirle, compadecido.

Negó con la cabeza, sin mirarme, casi avergonzado, mientras la emoción le agitaba los labios.

—¿No? Pues, bien; quere decirse que se arreglará de otra manera. Mientras tanto usted no se aflija...

El pobre viejo alzó hacia mí los ojos lacrimosos para darme gracias, y una ligera sonrisa, casi pueril, le rozó los labios que, enseguida, se contrajeron, como en una mueca. ¡Tanta ternura había sentido en aquel momento por sí mismo! ¡Pobre abuelo Bauer! Se moría, o mejor, se apagaba allí poco a poco, solo; y tras una larga vida, llena de escaseces y fatigas, verse privado, ahora, de aquellos objetos familiares, testigos de la tranquilidad conquistada al fin, habíale parecido una verdadera crueldad.

Había nacido en Italia, de padres alsacianos; y, desde jovencito, estuvo con mi abuelo y después con mi padre en el modesto puesto de escribiente.

Tras nuestro revés financiero y la muerte, por

consecuencia, de mi padre, habíase ido a Alsacia a visitar a unos parientes desconocidos. Transcurridos casi siete años, apareció de nuevo en Italia, vencido por la nostalgia del país en donde había nacido y crecido.

Volvía con un modesto haber, heredado de un primo, muerto célibe. En aquellos siete años, me había quedado sólo, sin mi madre y casi pobre. El abuelo Bauer fué a verme en cuanto llegó, y me ofreció vivir con él. Yo, por las buenas relaciones de que aún disfrutaba, había logrado un empleo de confianza que me obligaba a viajar constantemente; por eso no acepté su oferta. No obstante, no perdí de vista al buen viejecito: iba a verlo cada vez que volvía a Roma y él me acogía con la ternura de un padre.

Era para mí una verdadera delicia su trato. Al hablar con él, me parecía que hundía el alma en un baño de antigua cordialidad.

El abuelo Bauer había permanecido en un estado de virginal ignorancia de casi todas las cosas de la vida y había que ver con cuánto asombro su imaginación iba abriéndose poco a poco, a los conocimientos más sencillos, ahora que la vida se hallaba para él casi acabada. Pasaba horas y horas en la biblioteca, leyendo, estudiando, para darse cuenta de tantas y tantas cosas, que realmente, ya no debían importarle. Quedábase absorto de todo aquello que aprendía tan tarde; trasladaba lo aprendido al tiempo en que

hubiera podido servirle, y se hundía en largas y profundas meditaciones, imaginando el curso que hubiera podido tomar su vida, si aquella enseñanza hubiese llegado a tiempo.

Mas su mayor pasión eran las plantas. Una vez se mudó de una casa por no ver morir a un árbol que había crecido, nadie sabía cómo, en el centro del patio. Aquel pobre árbol—yo lo recuerdo—habíase ido elevando sobre su débil tallo ceniciento con evidente esfuerzo, con evidente dolor, casi angustiado en el anhelo de ver el sol y el aire libre, con el terror de no tener en sí tanta energía para sobrepasar los techos de las casas que le rodeaban. Mas ¡había llegado al fin!

¡Cómo brillaban felices las frondas de la copa y qué envidia no despertaban en las de abajo, sin aire y sin sol! Hasta en la muerte, al separarse de las ramas, en otoño, las hojas de arriba eran más dichosas: volaban a lo lejos con el viento, a lo alto, caían en los tejados, veían el cielo aún; mientras las pobres hojas bajas morían entre el fango de la calle, pisoteadas.

En todas las épocas, al atardecer, el árbol se poblaba de miriadas de pajarillos que parecían en él darse cita, desde todos los tejados de la ciudad. Las ramas palpitaban, entonces, más de alas que de hojas: parecía que cada hoja tuviera voz, que todo el árbol cantase trémulo.

Desde las ventanas de las casas los niños sonrefan, aturdidos, al piar compacto, continuo, en-

sordecador. Abuelo Bauer se asomaba conmigo; sonreía con aire misterioso, de viejo mago, y me decía entornando los ojos:

—Espera...

Daba dos fuertes palmadas. Enseguida, como por encanto, el árbol callaba, exánime.

—¿Qué te parece?

Poco después el clamor se reanudaba: cada pájaro volvía a embriagarse con su propio vocerío y el de los otros, y el concierto iba haciéndose poco a poco más compacto, más ensordecedor que antes.

Pero ocurrió que el propietario de aquella casa, un buen día, pensó elevar las paredes del patio, para edificar otro piso. Y, entonces, el árbol, que con tanto trabajo había ganado la libertad del sol, del aire libre, dobló acobardado la copa, se encorvó sobre el tronco.

Abuelo Bauer, al verlo así, comenzó a obsesionarse, a sentir una pena que le cortaba la respiración.

—¡Mira, mira!—me decía, enseñándome los pajarillos que, desde los canales soltaban el vuelo y se sostenían, suspensos en el aire con las alas, piando, como para exhortar, desde más cerca, al árbol a que se enderezase.

Y tal vez los pájaros repetían también al viejo árbol las consabidas frases, los inútiles consejos, las vanas amonestaciones, que se suelen dar a los caídos, a los desolados: «¡Ten valor!» «¡No hay

que acobardarse!» «¡Recobra tus fuerzas!» «¡Levántate!»

Mas el viejo árbol no tenía ya fuerzas para la audacia. ¡Había luchado tanto para llegar hasta allí, a aquella altura! Más alto aún, no podía llegar. Mejor morir.

Al dejar aquella casa, abuelo Bauer habíase instalado en ésta del jardincito, que no le pertenecía. No iba, desde hacía tiempo, a la Biblioteca; habían comenzado para él los achaques de la vejez, pasados los setenta; no podía salir ya todos los días, y estábanse allí en la ventana, conversando con el jardinero y haciendo el amor—como él decía—a las rosas del jardín.

III

De tal manera se enamoró de aquellas rosas, y de las demás flores, que comenzó a consumirse por el deseo de tener también él un jardincito. Se le ocurrió una idea que me agradó muy poco, cuando me la expuso, aun cuando la fundase en un razonamiento lleno de buen sentido.

—A mi edad—me dijo—, hay que pensar también en la muerte, hijo mío. Y como quiera que no tengo bastantes ahorros para comprarme dos casas con dos jardines, me haré una sola, pero muy linda, con un jardincillo que valdrá por dos.

Este me servirá ahora para satisfacer el deseo que siento; aquélla me servirá para después... Y cuando este «después» haya llegado, tú te cuidarás del jardincillo del abuelo Bauer.

Así, adquirió un buen pedazo de tierra en el cementerio.

La casa, abajo, en lugar de arriba, y sin pretensión alguna. Una pequeña fosa, y basta. Porque los muertos tienen esto de bueno: que pueden prescindir de la comodidad del aire y del sol y de todas las cosas, una vez visto y considerado que están libres para siempre del fastidio de respirar y de moverse, y que su frío no se resuelve con la calefacción.

Pero, realmente, el abuelo Bauer, al pasarse los días enteros allí arriba, cuando se sentía bien, ocupado en dar vida al jardín en aquel pedazo de tierra suyo, parecía un muerto que había salido de su fosa para darse aún quehacer, para moverse, para gozar del aire y del sol, calladito y atareado, sin ningún recuerdo, sin ninguna curiosidad por la vida, sin notar siquiera el asombro de algunos visitantes del cementerio, que se detenían con la boca abierta, a lo lejos, para mirarle, inclinado sobre esta o aquella planta, con las tijeras, o el azadón, o la regadera; o bien sentado en la sillita de tijera que se llevaba colgada del brazo todas las mañanas, el sombrero de paja, el quitasol abierto en la espalda, inmóvil, con los ojos fijos en el vacío, absorto en algún pensamiento lejano,

que le dibujaba una leve sonrisa en los labios entre la barbita de plata.

A muchos les daba, casi, casi, la tentación de ir a sacudirle, a ordenarle que se volviese abajo, de donde había salido, que se ocultase, porque a un muerto no le es lícito, ¡caramba!, eso de desconcertar así a las gentes, enloquecerlas con todas aquellas tareas, en el jardín, o con su inmovilidad en la silla, con el quitasol abierto sobre el hombro.

A la noche, abuelo Bauer, al volver a su casa, hablaba con el jardinero, desde la ventana. ¡Había que oír las conversaciones! Había recibido de él semillas y tallos para trasplantarlas; y las flores— sostenía — brotaban mejor, bastante mejor que aquí, porque, en fin de cuentas, los muertos aún servían para algo.

Ahora, clavado desde hacía quince días en aquel butacón de cuero, del que no volvería a levantarse, no sentía más pena que la de no poder ir, ni siquiera en carruaje, a ver su querido jardincito «allá arriba». Y era para él un consuelo poder contemplar este otro, en cambio, desde la ventana, enderezando difícilmente la cintura y alargando el cuello cuanto podía. ¿Las rosas que aquí florecían, no eran acaso hermanas de las rosas que florecían allí? Menos bonitas, pero hermanas.

¿Y sabéis por qué aquel día hallé yo al abuelo Bauer tan indignado contra su criado? Porque no

había ido todas las mañanas a cuidar del jardincito del cementerio, como abuelo Bauer le había mandado. El jardinero, aquella mañana, al hacerle una visita, le había dado la mala noticia.

No hubo manera; tuve que despedir al criado; le despedí, en realidad, como he dicho, porque le consideraba infiel y desatento. El jardinero prometió que iría él a cuidar las plantas, las «hermanas», más bellas, y, con esto, abuelo Bauer se tranquilizó.

Y decidí (conociendo que la muerte no debería estar lejos) pedir la asistencia de dos hermanas de la Caridad para aquellos últimos días, y él no se opuso. Tenía conciencia de su estado, y no se apenaba nada por ello; había vivido mucho; había saboreado la tranquilidad; ahora sentíase fatigado; era tiempo ya de cerrar los ojos y de dormir para siempre allí en su fosita, bajo las rosas del otro jardín.

IV

Cada día, al ir a verle, me asaltaba ante la puerta la esperanza de que mi continuo desasosiego pudiera desvanecerse ante una repentina mejoría; mas la hermana menos joven, que acudía a abrirme la puerta, respondía siempre con un gesto de triste resignación a mi primera y anhelante pregunta.

Permanecía con él algunas horas; la conversación languidecía, no obstante, porque él, tras haberme acogido con una melancólica y muda sonrisa de gratitud, con frecuencia cerraba los ojos; y entonces yo, para no serle molesto, callaba, como las dos hermanas que le asistían.

Ni un ruido, ni una señal de vida llegaba hasta aquella linda casita apartada, donde el anciano aguardaba tranquilo la muerte. A veces, en el silencio, a través de los cristales, llegaba el piar de un pájaro; las hermanas y yo levantábamos los ojos hacia la ventana; el pájaro estaba allí, sobre la rama florida del almendro, y, sacudiendo a un lado y a otro la cabecita, miraba con curiosidad hacia la habitación, como si deseara preguntar: «¿Qué hacéis?» Después, de pronto, un estremecimiento de alas, y ¡adiós!, como si hubiese comprendido lo que en aquella habitación se estaba aguardando.

Un día, el abuelo Bauer me preguntó si había ido a ver su jardinito. Había ido, pero no quise decirselo.

—¿Por qué no me lo has dicho?—me dijo—Aquí o allá, ¿no, es ya lo mismo? Al contrario, mejor allá... ¿Has visto qué lindo es? Os traigo a todos preocupados, y yo tengo un deseo tan grande de dormir...

Le hablé entonces de sus plantas, todas floridas, exagerando, para darle gusto, mi admiración. Los ojos de abuelo Bauer se avivaban de alegría.

—Pronto iré... ¡Lástima que no pueda verlo...!

El espectáculo de aquel sér, aún del todo conciliado, que con aquella tranquilidad habíase conciliado con la idea de la muerte, me proporcionaba una oculta e indefinible pesadumbre. Pero, a los pocos días, una cosa debía sorprenderme más aún.

Había enfermado, bastante gravemente, el hijo único de un íntimo amigo mío, hermosa y avispada criatura de casi siete años, que ya se acariciaba en el labio unos imaginarios bigotillos, y montado a caballo en una silla, con un sable de madera en la mano, un yelmo de cartón en la cabeza, a vencer beduinos marchaba a Africa.

Había ido a casa de mi amigo para tratar de negocios, hallándole a él y a su esposa dominados por un dolor angustioso, delirante, junto a la camita del enfermo adorado.

—Tifus... tifus...

Sin saber decir más, los padres ocultaban los rostros entre las manos, como para no ver al hijito devorado por la calentura.

Todavía desconcertado y conmovido fui aquella tarde, con bastante retraso, a ver al abuelo Bauer. Escuchó la triste noticia con que excusaba mi retraso, quiso saber cuántos años tenía el niño y si los médicos habían diagnosticado ya la enfermedad.

—¿Tifus?

Sacudió la cabeza, con las cejas contraídas,

luego cerró los ojos, y en la habitación volvió a reinar el habitual silencio.

—¿Cuántos días hace?—preguntó al cabo de mucho tiempo, sin abrir los ojos. Yo no podía suponer que pensara aún en el niño enfermo y como quiera que no entendía la pregunta:

—¿De qué?—le dije.

—Que el niño está enfermo—, explicó el abuelo Bauer, como si hablase entre sueños.

—Nueve días—le respondí—. Y con la misma intensidad de fiebre.

—¿Le dan baños fríos? Aunque sea uno cada dos horas, sin temor... Díselo a tu amigo...

Tras otro largo silencio quiso saber también el nombre del niño.

Al día siguiente llegué, con igual retraso, a ver al abuelo Bauer, e igualmente en los días sucesivos. Iba primero a saber noticias del niño, no porque me interesara más que mi querido viejecillo, sino porque el abuelo Bauer se interesaba más que yo aún por el enfermito, y lo primero que, cada día, al verme, me preguntaba:

—¿Cómo está? ¿Cómo está?

Habíase impresionado por la circunstancia de aquella criaturita que se moría a la par de él; y, mientras por sí mismo no se quejaba siquiera, por el niño se afligía tanto que parecía no hallar consuelo.

—Pero dime: ¿es que no han tenido consulta aún?

Y aconsejaba los médicos que deberían llamar. Hubiera querido salvarle a toda costa.

Pero, desgraciadamente, el niño estaba perdido. El día que dí al abuelo Bauer la triste noticia, se hallaba presente el jardinero del jardín de al lado, que había ido a referirle que el rosal que rodeaba el recinto había crecido tanto que la piedra sepulcral se encontraba casi cubierta.

—Señor Bauer, las rosas dicen: —¡Por aquí no entrará nadie!

Mas, el abuelo Bauer se hallaba peor aquel día. Miraba con ojos apagados; parecía no entender.

Al marcharse el jardinero, cayó en un letargo. Luego se estremeció con un suspiro y dijo:

—Si quisieran llevarlo allí...

Creí que deliraba y, para volverle a la razón, le pregunté:

—¿Dónde, abuelo Bauer?

—Allí...

Y alzó apenas la mano.

Comprendí y sentí una verdadera emoción. Quería decir a su jardincito, allá a arriba, en el cementerio. Quería el niño junto a sí en la fosita, bajo las rosas.

—Díselo... díselo... —repitió con insistencia, animándose un tanto y mirándome a los ojos:— ¿Se lo dirás?

El secuestro

Regresaba como los demás días, a aquella hora, de su finca de allá abajo, casi asomada sobre el mar, en el borde del acantilado. Más fatigada y más triste que él, la vieja borriquilla se afanaba, desde hacía ya un rato, por vencer los últimos repechos de aquella interminable carretera, llena de vueltas y revueltas, sobre la cual, desde allí abajo, parecía que se adosasen, compactas, oprimidas, unas contra otras, las decrepitas casucas del vecindario, en el collado.

A aquella hora, los labradores habían ya vuelto todos del campo; la carretera se hallaba desierta. Mas, si por acaso encontrase a alguien, el señor Guarnotta tenía la seguridad de que le saludarían. Porque, a Dios gracias, todos le respetaban.

Desierto, como aquel camino, se hallaba ya a sus ojos todo el mundo: ceniza de crepúsculo, así toda la vida. Las ramas de los árboles desbordándose por los resquebrajados tapiales; los altos

setos de polvorientas chumberas y, aquí o allá, los montones de grava le parecían, en su inmovilidad absoluta y en aquel abandono, y en aquel silencio, como dominados por su misma pena infinita. Pena de vivir así...

Encorvado, vestido de negro, como siempre, con su alta estatura caída, los brazos colgantes, seguía la penosa marcha del animal, como si caminara también él: y en realidad, con los pies fuera de los estribos, a poco no le arrastraban por el polvo de la carretera.

¡Cuánto polvo de aquel no se llevaba a casa por las noches! Su mujer no se cansaba de reprenderle. Levantando la prenda en alto y apartando de sí en cuanto él acababa de quitársela, la chaqueta, la iba enseñando a su alrededor a las sillas, al armario, a la cama, a la cómoda, gimiendo:

—¡Dios mío, miren ustedes ésto! ¡Si se puede escribir en ella con el dedo!

¡El traje negro para el campo, a pesar de los tres de dril que adrede la había encargado!

En mangas de camisa, Guarnotta, hubiera mordido de buena gana aquellos tres dedos cortos y gruesos que su mujer, con gesto rabioso, le metía casi por los ojos. Perro pacífico, se contentaba con lanzarles una mirada de reojo, y la dejaba refunfuñar. Quince años antes, a la muerte de su único hijo, había prometido él ir siempre vestido de negro.

—Pero, ¿luto hasta en el campo?—objetaba ella.— Haré que te pongan el luto en la manga de los trajes de dril. ¡Y sólo con la corbata basta, al cabo de quince años!

La dejaba rezongar. ¿No se estaba todo el día en su finca junto al mar? En el pueblo no se dejaba ver por nadie, desde hacía años.— Luego...

—Luego ¿qué?

Luego sí no lo llevaba en el campo, ¿dónde hubiera llevado el luto por su hijo? ¡Cerebro! ¡Por vida de Dios, un poco de cerebro antes de abrir la boca y desbarrar!—¿En el corazón? Sí. ¡Muchas gracias! ¿Es que no lo llevaba en el corazón? Pero quería, además, que se viese también por fuera... Que lo viesen los árboles, ¡eso!, y los pájaros; porque, en efecto, ojos en la espalda para vérselo él mismo, no tenía. Pero, ¡por vida de Dios!, ¿por qué refunfuñaba tanto su mujer? ¿Tenía, por ventura, que quitarle ella el polvo por las noches? Para eso estaban las criadas. Tres, para dos personas. ¿Economía? Un traje negro al año: ochenta, noventa liras. ¡Vamos! Hubiera debido comprender que estaba de sobra hablar tanto. ¡Sobre todo, no siendo más que madrastra, ya que el hijo muerto era del primer matrimonio! Sin más parientes, ni siquiera lejanos, a su muerte, toda su fortuna (¡no escasa!) iría a parar a ella y a sus sobrinos. A callar, entonces; aunque no fuese más que por prudencia... Pero, ¡claro!, si hubiese teni-

do inteligencia para comprenderlo dejaría de ser la pécora que era...

Y por eso él se pasaba los días en el campo. Solo, entre los árboles, y con la inmensa extensión del mar ante los ojos. En el murmullo continuo y leve de aquella fronda, en el rumor lento y sombrío de aquel mar, habíase habituado a sentir, como desde una infinita lejanía, la vanidad de las cosas y el tedio angustioso de la vida.

* * *

Hallábase ya a menos de un kilómetro del pueblo, y desde la iglesita de la Dolorosa, allá arriba, le llegaban, blandos y lentos, los repiques del Ave-María, cuando, de improviso, en una brusca curva del camino, antes de que pudiera darse tiempo ni de interrumpir la oración que solía hacer:

—¡Boca abajo!

Y desde la sombra vió saltar hacia él tres apostados, con el rostro encubierto y armados de escopetas.

Uno sujetó la borriquilla por el cabestro; los otros dos, en un abrir y cerrar de ojos, lo descalbalaron, y al suelo; y mientras uno de ellos, con la rodilla sobre sus piernas, le ataba las manos, el otro le anudaba a la nuca un pañuelo, doblado en forma de venda, sobre los ojos. Apenas pudo pronunciar:

—¡Hijos míos! ¿Qué queréis de mí?

Le levantaron, empujándolo, estrujándolo, arrastrándolo a toda prisa por los brazos, fuera de la carretera, por la cuesta pedregosa, hacia abajo, hacia el valle.

—Hijos...

—¡Calla, o mueres!

Más que los empujones y tirones de que era víctima, le horrorizaba la apresurada ansiedad con que aquellos tres hombres perpetraban tal violencia. ¡Quién sabe qué fiera de propósito no revelaba aquella ansiedad!

Probablemente no querrían matarlo enseguida. De haber sido por una orden o por una venganza, le hubiesen matado allí, en la carretera, desde la sombra en que se hallaban apostados. Por lo tanto, le capturaban para el rescate.

—Hijos...

Estrujándole aún más fuertemente los brazos y sacudiéndole, le intimaron a que callara.

—¡Al menos, aflojadme un poco la venda! Me aprieta demasiado los ojos... No puedo sopor-tarla...

—¡Camina!

Primero hacia abajo, luego hacia arriba, y adelante, y atrás; luego, nuevamente hacia abajo, y después arriba, arriba, arriba... ¿Dónde le llevaban? En el interno desbarajuste de sus ideas y de sus sentimientos, entre el rebullir de imágenes siniestras y la ansiedad de aquella ciega carrera,

a saltos, a empujones, entre piedras y malezas, las luces, las primeras luces del pueblo, iluminado con petróleo, allí arriba, en lo alto del collado tal y como las había entrevisto antes de que le asaltasen, y como muchas veces, al volver de la finca, siempre a aquella hora, las viera, ahora, a pesar de la presión de aquella venda que le aplastaba los ojos, se le aparecían—¡qué extraño!—claras, determinadas, como si las tuviese delante, con los ojos libres... Iba, así, arrastrado, empujado, tropezando, lleno de terror, y se llevaba consigo aquellas lucecitas plácidas y tristes ante él, con el collado, con todo el monte, con todo el pueblo situado allá arriba, donde todos ignoraban la violencia de que era objeto en aquel momento, y atendían tranquilos y despreocupados a sus habituales quehaceres.

A poco, advirtió también el apresurado patear de su borriquilla. ¡Ah...! Traían consigo también a la vieja borriquilla, cansada, ¡pobre animalito...! Pero, ¿qué sabía ella? Advertía tal vez un ímpetu insólito, una insólita violencia; pero iba donde la llevaban, sin comprender nada... Si se hubiesen detenido un momento, si le hubiesen dejado hablar, les hubiese dicho, con calma, que se hallaba dispuesto a dar todo cuanto quisieran. ¿Qué le importaba un dinero sin alegrías, si dándolo resolvía aquel terrible apuro, sobre todo, cuando eran ya pocos los años que había de vivir?

—Hijos...

—¡Calla y anda!
—Pero ¡si no puedo más! ¿Por qué me hacéis esto? Estoy dispuesto...

—¡Calla! Hablaremos después... ¡Caminal!

Lo hicieron andar así, una eternidad. De pronto, fué tal el cansancio, tal el aturdimiento que le producía aquel pañuelo, ciñéndole la cabeza, que se sintió desvanecer y ya no comprendió nada...

* * *

Volvió en sí a la mañana siguiente, en una cueva baja, entre un vaho de humedad que parecía emanar de la misma palidez de la primera luz del día, que se insinuaba apenas, lívida, entre las sinuosidades gredosas. Y sentía, en el aturdimiento mortal, la pesadilla de todas las violencias que le hicieron, como si las hubiera soñado: violencias ciegas, de brutos, a su cuerpo que no podía sostenerse, llevado en hombros ora del uno, ora del otro, tirado al suelo, y arrastrado, o levantado, por los pies o las manos. ¿Dónde estaba ahora? Tendió el oído. Creyó notar en la parte de fuera un silencio de altura, inmenso y como suspenso.

Yacía en el suelo como un animal, con los pies y las manos atados. No podía moverse, pero notaba que los miembros le pesaban, como si se le hubiesen tornado de plomo y una pesadez,

también, en la cabeza... ¿Estaría herido? ¿Le habrían dejado allí por muerto?

No. ¡Estaban allí! Se confabulaban fuera de la cueva. Su suerte, pues, no se había decidido aún. Mas el recuerdo de cuanto le acaeciera no se le representaba ya como un infortunio contra el que pudiera rebelarse. No. Sabía que no podía y casi no quería. Era para él, su infortunio, algo ocurrido hacía mucho, casi en una vida anterior, cuando quizás su cuerpo vigoroso hubiese anhelado la salvación.

¡Qué le importaba ahora todo! Su vida, mísera por cierto, habíale quedado allá, en el sitio del secuestro. Ahora, en torno de él no había sino un vago silencio, que parecía una invitación al olvido.

Aun cuando le hubiesen dejado libre, no hubiese tenido fuerzas, ni quizás el deseo de volver allá, a recoger su vida. Mas no, no era cierto: una gran ternura, una gran lástima de sí mismo le resurgió de improviso y se apoderó de él un estremecimiento de horror, cuando vió entrar a uno, a gatas, en la gruta, con el rostro cubierto bajo un rojo pañuelo, agujereado a la altura de los ojos. Le miró enseguida las manos.

Un lápiz nuevo, de esos de a perra chica, sin despuntar aún. Sí, precisamente era un lápiz... Y en la otra mano, llevaba un grosero pliego de cartas, todo manoseado, con el sobre encajado. Ahora con alterada voz, le intimaba a escribir.

Al ver que le daban el lápiz, sin querer, sonrió, aliviado. Dijo:

—¡Ah...! si me soltaras...

Entraron también a gatas y vendados los otros dos. Uno se le acercó; le soltó solamente las manos. El tercero le dijo:

—¡Cuidado! ¿eh?

Le pareció reconocer aquella voz. ¡Sí, sí, Manuza! Aquel Manuza llamado así porque tenía un brazo más corto que otro. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¿Sería realmente él? Le miró el brazo manco. ¡El, era! Y, seguramente hubiera reconocido a los otros dos en el acto si se hubiesen quitado la venda. Conocía a todos los labradores del contorno. Entonces, dijo:

—¿Cuidado, yo? ¡Cuidado vosotros, hijitos! ¿A quién queréis que escriba? ¿Con qué voy a escribir? ¿Con esto?

Y mostró el lápiz que le habían dado.

—Sí, con eso: ¿no es un lápiz acaso?

—Sí, un lápiz; pero vosotros no sabéis siquiera manejarlo.

—¿Cómo que no?

—No. Antes hay que sacarle punta.

—¿Sacarle punta?

—Sí; con una navajita... ¡Si me dieseis una navajita...!

—¡Cá! ¡Nada de navajitas...!

Y Manuza repitió:

—Mucho cuidado con lo que se hace...

—Sí, sí; ¡mucho cuidado, querido Manuza...!

—¡Ah! —exclamó éste— ¿Me ha reconocido usted?

—Pero, hombre; ¿te tapas la cara y te dejas el brazo al aire...? Quitate ese pañuelo y mírame a los ojos. ¿Tú? ¿Eres tú el que me juega esta partida?

—Menos palabras—gritó Manuza arrancándose con ira el pañuelo—. ¡Le he dicho a usted, cuidado! ¡Escriba usted, o le mato!

—Pero, ¡si estoy dispuesto a todo!—prosiguió Guarnotta—. En cuanto me hayais afilado el lápiz... Aunque, si me dejarais hablar... ¿Queréis dinero, verdad? ¿Cuánto?

—¡Tres mil onzas!

—¿Tres mil? No pedís poco...

—¡Usted las tiene! ¡Déjese de historias!

—¿Tres mil onzas?

—¡Más, más!

—Más aún, sí. Pero no en casa, en efectivo. Tendría que vender casas, tierras... ¿Y creéis que eso se pueda hacer así, de un día para otro, y sin estar yo allí?

—¡Pues, que las pidan prestadas!

—¿Quién?

—¿Quién? ¡Su mujer y sus sobrinos!

Guarnotta sonrió amargamente y trató de incorporarse sobre un codo.

—De eso quería hablaros, precisamente, —les contestó—. Os habéis equivocado. ¿Contais con

mi mujer y sus sobrinos? Si queréis matarme es otra cosa: aquí estoy; matadme y no se hable más. Pero si queréis dinero, no podréis alcanzarlo más que por mí y a condición de que me dejéis ir a casa.

—¿Qué dice usted? ¿A su casa? ¿Usted? ¡Ni que estuviésemos locos...! ¡Está usted de broma!

—¡Vosotros decidiréis...!—suspiró Guarnotta.

Manuza arrancó violentamente de manos de su compañero el papel y repitió:

—Menos palabras, he dicho: ¡escriba usted! El lápiz... ¡Ah, sí! Hay que sacarle punta... ¿Cómo se afila?

Guarnotta, entonces, lo explicó; y los tres, luego de haber cambiado entre ellos una mirada, salieron de la cueva. Al verlos salir a gatas, como tres animales, Guarnotta no pudo por menos que sonreír. Pensó que tal vez ahora se pondrían los tres a afilar el lápiz y que, en fuerza de cortar, como se poda la rama de un árbol, no conseguirían nada.

¡Es claro! Y se sonreía mientras que tal vez su vida dependiese de aquella ridícula dificultad que los tres hallaban en una operación absolutamente nueva para ellos: quizás, irritados, al ver desaparecer entre sus manos el lápiz, trozo a trozo, hubiesen vuelto para demostrarle que si sus cuchillos no servían para afilar un lápiz, servirían para degollarle. Y había hecho mal, había cometido una falta imperdonable, al confesar que había

reconocido a Manuza... —En efecto: ahora se peleaban fuera, resoplaban, blasfemaban...

¡Claro! Se pasaban del uno al otro aquel pobre lápiz de a perra chica, cada vez más corto. Quién sabe los cuchillos que tendrían en las manos... en aquellas manazas, rudas y terrosas...

¡Ya están ahí! Volvieron a entrar uno a uno, derrotados.

—¡Eso no es más que palo inútil...!—dijo Manuza—. ¡Un asco! Usted que sabe escribir ¿no lleva por casualidad, uno afilado en el bolsillo?

—No lo llevo, muchachos,—respondió Guarnotta—. Pero es inútil, os lo aseguro. Hubiera escrito, si me hubieseis obligado a escribir, pero ¿a quién? ¿A mi mujer, a sus sobrinos? Esos sobrinos son suyos y no míos, ¿comprendéis? Nadie hubiese contestado, estad seguros: hubiesen fingido no haber recibido la carta conminatoria. Si pretendéis sacarles dinero, no os echéis antes sobre mí; por el contrario, id a verlos y poneos de acuerdo: «tanto—pongamos mil onzas—por mi muerte». Puede que no os las diesen tampoco; porque, es verdad, anhelan mi muerte; pero como soy viejo, la esperan gratis, de Dios, sin remordimientos, dentro de algunos días... ¿Pretendéis, en serio, que os den un céntimo, un solo céntimo por mi vida? Os habéis equivocado. Mi vida a nadie puede importar ya, más que a mí. ¡Y no me importa, os lo juro! ¡Claro es que morir así, de mala muerte, no me gusta y sólo por no morir de esta mane-

ra, os prometo y os juro por el alma de mi santo hijo, que en cuanto pueda, dentro de dos días, de tres, iré yo mismo a llevaros el dinero al sitio que me indiquéis!

—¿Después de habernos denunciado?

—¡Os juro que no! ¡Os juro que no chistaré, que no hablaré con nadie! ¡Se trata de mi vida...!

—¡Lo promete usted ahora, pero en cuanto esté usted libre...! Antes de ir a su casa, irfa a denunciarnos.

—¡Os juro que no! Deberíais confiar... Recordad que voy todos los días al campo... mi vida está allí... entre vosotros... y he sido siempre un padre para todos... Siempre me habéis respetado, Dios mío, y ahora... ¿creéis que voy a exponerme al peligro de una venganza? Confíad en mí, dejadme volver a casa y tendréis el dinero...

No respondieron. Volvieron de nuevo a mirarse y salieron otra vez, a gatas, de la cueva.

* * *

Durante todo el día no volvió a verlos. Los oyó durante un buen rato, discutir fuera de la cueva; después ya no oyó nada. Aguardó, dando vueltas con la imaginación a todas las suposiciones sobre lo que hubiesen podido decidir. Estaba seguro de haber caído en manos de tres novatos, en el momento quizás de su primer delito. Habíanse echado sobre él como ciegos, sin considerar sus

condiciones de familia, pensando sólo en su dinero. Convencidos, ahora, de su equivocación, no sabían ya, o no veían, la manera de librarse de él. Ninguno de ellos confiaría en el juramento que les hiciera de no denunciarlos y menos aún, Manuza, que se había visto reconocido. ¿Qué hacer?

Su única esperanza consistía en que en ninguno de los tres surgiese la estúpida idea de un atentado inútilmente ejecutado, borrando después los rastros para poder dedicarse, de nuevo, a su honrada vida de antes. O que, por el contrario, resueltos los tres a vivir fuera de la ley y a continuar cometiendo delitos, no sintiesen preocupación por el primer delito cometido y lo soltasen sin importarles las consecuencias, lanzados ya a la vida airada. Para él, pues, lo mejor era que se decidiesen a ser bandidos, porque para reanudar su vida honrada no tenían más remedio que matarlo, por temor a la denuncia, borrando todo rastro que pudiese señalarlos como asesinos.

La consecuencia era, que Dios debería inspirarle palabras con que iluminarlos, de tal suerte que reconocieran que ningún provecho lograrían con querer ser honrados. Cosa no muy difícil al parecer, en vista de que habían demostrado su intención de echarse al camino, al capturarlo. Mas era mucho de temer aquel desengaño que habían sufrido en el primer momento, tocando con sus propias manos la gran equivocación cometida al

comenzar la nueva vida. Y un desengaño, suele no tardar en trocarse en arrepentimiento y en deseo de retirarse de un camino que tan mal empieza. Para volverse atrás, limpiando las huellas de sus primeros pasos, la lógica, —sí—, la lógica podía llevarles a cometer un delito; pero para borrarlo, la misma lógica ¿no les conduciría por el mismo camino en busca de otros delitos? Luego mucho mejor era un crimen ahora, que podía permanecer oculto y sin rastro, que muchos después al descubierto y en peligro. A costa de este crimen podían tener aún la esperanza de salvarse, si no frente a su conciencia, frente a los hombres, porque al querer salvarse se hubieran perdido irremisiblemente, contando con que la denuncia era inevitable.

Conclusión de estas atormentadas reflexiones: la certeza de que hoy o mañana, tal vez aquella misma noche, durante el sueño, le asesinarían.

Aguardó, aguardó, hasta que la cueva quedó a oscuras. Entonces, ante el temor de que aquel silencio negro, vacío, y el cansancio mortal del cuerpo, en un momento dado, pudieran sobre él más que el miedo de ceder al sueño, sintió de la cabeza a los pies un estremecimiento de todo su instinto que le empujaba, aun estando así, con las piernas atadas todavía, a salir de la cueva a fuerza de codos, arrastrándose por el suelo; y tuvo mucho que luchar para persuadir a su instinto aterrado de que debería hacer el menor ruido po-

sible; porque después de todo, ¿qué conseguía con asomar la cabeza, como un lagarto, fuera de su agujero? ¡Nada! Cuando más ver el cielo y ver allí fuera, al aire, con sus ojos, la muerte, sin que le fuese infligida, a traición, durante el sueño.

¡Ah! ¡Silencio! ¿Era la luz de la luna? Luna nueva, sí, y muchas estrellas... ¡Qué noche! ¿Dónde estaba? En una montaña... ¡Qué aire y qué silencio! Quizás fuese aquel el monte Caltafaraci, o el de San Benedetto...

¿Qué era aquéllo? El llano de Consólida, o el llano de Clerici... Sí, y aquella montaña, hacia poniente, debía ser la de Carapezza... Luego, aquellas lucecillas de allí, temblorosas, como un rocío de luciérnagas en la claridad opalina de la luna... ¿serían las del pueblo? ¿Entonces... ¡ay, Dios! entonces estaba muy cerca? Y le parecía que le hubiesen hecho andar tanto... tanto... ¿Y con quién estaba?... ¿Estaba sólo? ¿Sería posible?

Alargó la mirada. Negro, inmóvil, acurrucado, como un inmenso buho en un risco del monte, uno de los tres, que había quedado allí de guardia, se destacaba firmemente en la clara diafanidad del albor lunar. ¿Dormía?

Trató de incorporarse algo más, pero de repente quedóse sin alientos al oír la voz de aquel, que, sin descomponerse, le decía:

—¡Le estoy viendo! ¡Vuelva a esconderse o disparo!

No rechistó, como si quisiera despertar en el

otro la sospecha de haberse engañado y permaneció inmóvil, mirando. Pero aquel repitió:

—Lo estoy viendo.

—Déjame respirar un poco de aire—le dijo—.

Aquí me ahogo. ¿Me váis a dejar así? Tengo sed.

El hombre movió, amenazador, la cabeza:

—¡Oh! Si quiere usted quedarse ahí, es a condición de callar. También yo tengo sed y estoy en ayunas como usted. Silencio, o le obligo a esconderse. Silencio.

Y aquella luna, que revelaba la existencia de tantos llanos y de tantos montes tranquilos... y el alivio de aquel aire... por lo menos... y el lejano suspiro de las lucécitas de su pueblo...

Pero ¿dónde se habrían ido los otros dos? ¿Habrían dejado a éste el encargo de matarlo durante la noche? ¿Por qué no enseguida? ¿Qué aguardaba? ¿Aguardaba, tal vez, durante la noche, la vuelta de los otros dos?

Sintió nuevamente la tentación de hablar, pero se contuvo. Además, si lo habían resuelto así...

Volvió los ojos hacia el risco en que aquél se hallaba sentado: lo vió en la actitud anterior. ¿Quién era? En la voz, poco antes, le había parecido uno de Grotte, pueblo importante entre las minas de azufre. ¿Sería Filicó? ¿Era posible? Buen hombre, de una sola pieza, animal de carga, de pocas palabras... Si realmente era él ¡cuidadito! Tan taciturno y duro, si había decidido apartarse del buen camino, ¡cuidadito...!

No pudo contenerse; y, con una voz casi involuntaria, vacía de toda intención, como si debiese llegar a él sin ser proferida por su boca, dijo, sin preguntar:

—Filicó...

El otro no se movió.

Guarnotta aguardó algún tiempo y repitió, con la misma voz, como si no fuese él, con los ojos fijos en un dedo que iba haciendo señales en la arena:

—Filicó...

Y un estremecimiento le recorrió la espalda esta vez, porque imaginó que aquella obstinación suya en proferir aquel nombre, casi sin querer, debiera costarle, de rechazo, un disparo.

Mas el otro tampoco se movió esta vez, y entonces él exhaló en un suspiro de extremada fatiga toda la congoja de su desesperación, y abandonó en el suelo el peso muerto de la cabeza, como si realmente no tuviese ya fuerzas, ni deseo de sostenerla.

Allí, con el rostro en la arena, que le entraba en la boca como a un animal muerto, sin cuidarse ya de la prohibición de hablar ni de la amenaza de un disparo, comenzó a desatinar sin fin. Habló de la luna, que ya iba a ponerse; habló de las estrellas, que Dios había creado y puesto allí tan lejos, para que los animales ignorasen que eran otros tantos mundos bastante más grandes que la tierra; y habló de la tierra, también, que únicamente los

animales no saben que gira como un trompo; y dijo, como por un personal desahogo, que en aquel momento había hombres que se hallaban cabeza abajo, y que, a pesar de ello, no caían en el cielo, por razones que todo cristiano que no fuese un bruto debería saber.

Y en medio de aquel desvarío se halló, de pronto, hablando de astronomía, como un profesor al hombre que, poco a poco, se le había ido acercando; más aún: había llegado á sentarse junto á él, allí mismo, a la entrada de la cueva, y era precisamente él, sí, Filicó, de Grotte, que desde hacía mucho tiempo quería saber aquellas cosas... aunque no acabaran de convencerle... y no le pareciesen ciertas... ¡El zodiaco... la vía láctea... las nebulosas...!

Eso es. Pero, ¿por qué cuando no se puede ya más... cuando se han agotado en la desesperación las propias fuerzas—¡cabe imaginar nada más grotesco!—, puede ponerse uno como si tal cosa, aun bajo la amenaza de un fusil, a limpiarse las uñas cuidadosamente con una astillita, tratando de que no se doble ni se tronche, o palpase en la boca los dientes que le quedan: tres incisivos y un canino, y a pensar seriamente en si son tres o son cuatro los hijos del tonelero que vive junto a su casa, y al que se le murió la mujer quince días ha?

—Hablemos en serio: dime. ¿Es que, ¡por la Virgen!, crees que soy una brizna de hierba que

se arranca como si tal cosa? ¡Tócame, hombre: de carne soy, por la Virgen Santísima, y alma tengo y me la dió Dios, como a tí! ¿Es que queréis degollarme mientras duermo? No... ¡No te marches! Oye... ¿Te vas? ¡Ah, mientras te hablaba de las estrellas me oías! Oye lo que te digo: mátame aquí, cara a cara: ahora... No me asesines a traición. ¿Qué dices? ¿Por qué no quieres responder...? ¿Qué esperas, puede saberse? Ni obtendréis dinero; ni podréis tenerme aquí. ¿Por qué, pues, no me dejais marchar? ¿Queréis matarme? ¡Mátame de una vez, en nombre de Cristo, y no hablemos más!

¿A quién se dirigió? El otro había vuelto a colocarse en el risco como un buho, para demostrarle que de todo era inútil: no quería hablar.

Pero, después de todo, ¡qué bruto era también él! ¿No sería mejor que le matasen durante el sueño, si al cabo habían de matarle? Hasta cuando más tarde entrasen en la cueva para matarle valdría la pena fingir que dormía cerrando los ojos. Pero, ¡qué fingir ni qué tontería!, si en la obscuridad podía tener los ojos abiertos... Nada. Bastaba con no moverse cuando fuesen a tientas a buscarle la garganta como a un cordero...

Dijo:

—Buenas noches.

Y se retiró.

* * *

Pero no fué así.

Reconocida la equivocación, resueltos a apartarse del mal camino, ni lo libertaron ni lo mataron. Lo tuvieron allí, en aquella cueva firmemente, convencidos de que, al obrar así, no hacían bien, desde luego; pero tampoco hacían mal, por lo menos un mal mayor que el que por equivocación habían cometido.

¿Qué hacer, pues? Nada. Encomendaban a Dios la solución; pronto o tarde, según hubiera querido Dios hacerles más corta o más larga la penitencia de aquel pecado.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué era lo que pretendían? ¿Que se muriese allí de muerte natural? ¿Creían que ésta era la solución de Dios?

Eso, sí.

—Pero, ¡qué Dios ni Dios, grandísimos brutos! Dios no me matará nunca. ¡Me mataréis vosotros teniéndome aquí muerto de hambre, de sed, de frío, atado como un animal, en esta cueva, durmiendo en el suelo, sucio, haciendo aquí mismo mis necesidades, peor que un burro en su cuadra! ¿A quién dirigía estas palabras? Los tres se habían confiado a Dios, y él como si hablase a las piedras.

Entretanto, no era cierto que muriese de hambre ni que durmiese en el suelo. Le habían subido allí arriba tres haces de paja para hacerle un camastro, y un capote también para que se resguardase del frío. Además, pan con alguna cosilla,

todos los días. Ellos se lo quitaban de la boca, y se lo quitaban también a sus hijos y a sus mujeres para dárselo a él. Y pan bien ganado, ¡ay!, con el sudor de la frente, porque cada uno de ellos, turnándose, permanecía allí de guardia en la cueva, mientras los otros iban a trabajar. Y en aquella vasijita de barro había agua para beber, que sólo Dios sabía el trabajo que costaba encontrarla en aquellas tierras sedientas. Y, además, en cuanto a hacer sus necesidades allí en el suelo, podía salir de la cueva por la noche, para hacerlas al aire libre.

—Pero, ¿cómo? ¿Delante de ti?

—Yo no miro.

Frente a aquella testarudez, estúpida e inquebrantable, se hubiese puesto a patalear como un chiquillo. Pero, ¿es que eran de roca? ¿De qué eran?

—¿Reconocéis vuestra equivocación, sí o no?

La reconocían.

—¿Reconocéis que debéis purgar esa equivocación?

—Sí; no rematándole, aguardando su muerte de Dios, y tratando de aliviarle, en cuanto podían, el martirio que le daban.

—¡Muy bien! ¡Mas eso es por vosotros, pedazos de animales, por el mal que vosotros mismos confesais haber hecho! Pero, ¿y yo? ¿Qué tengo yo que ver? ¿Qué mal he hecho yo? ¿Soy, o no soy, la víctima de vuestra equivocación? ¿Y me hacéis

pagar a mí también—a mí que nada tengo que ver en ello—el mal que vosotros habéis cometido? ¿Debo padecer yo de este modo, porque vosotros os habéis engañado? Pero, ¿es así como razonais?

Nada de eso; ellos no razonaban de ninguna manera. Era Dios, quien lo quería así ya, como castigo. Y se estaban oyéndole, impasibles, con los ojos fijos y vagos en los duros rostros terrosos. La paja... el capote... la vasijita de agua... el pan, con el sudor de la frente... y vaya usted a evacuar al aire libre.

Hasta llegaban a sacrificarse, uno por vez, estando allí de guardia, y a hacerle algo de compañía también. Sí, señores, y le hacían hablar de Dios y de ciencia, y de las cosas de la ciudad, y del campo; de los buenos años que se daban en otros tiempos, cuando había más religión, y de algunas enfermedades de las plantas, que, antes, cuando había más religión, no se conocían.

Y aquel viejo Almanaque que habían hallado, quién sabe dónde, y que la noche de un domingo, uno de los tres le llevara, para que engañase la ociosidad leyendo, él, que tenía la gran suerte de saber leer...

—¿Qué decían, qué decían aquellos grabados, con todas aquellas lunas, y aquella balanza, y aquellos peces y aquel escorpión?

Oyéndole hablar, despertábase en ellos una voraz curiosidad por saber, llena de gruñidos de asombro y de infantiles atolondramientos, a los

que él, poco a poco, comenzaba a tomar cierto gusto, como a una cosa viva que nacía de él, de todo cuanto en aquellas conversaciones sacaba, como nuevo, también para sí, de su espíritu, tras tantos años dormido en la pena de su dolorosa existencia.

Y comenzaba a sentir que aquella era también para él una vida, a la que había acabado por adaptarse, una vez aplacada la indignación, ante una fatalidad que no se le presentaba ya como pasajera, aun cuando extraña o como suspendida en el vacío.

Para todos, ya, en sus tierras lejanas, en su pueblo, habría muerto. Tal vez, nadie se interesó en hacer investigaciones tras su misteriosa desaparición; y si, por acaso, le habían buscado, lo habrían hecho sin impacencias, sin importarle a nadie el hallarle. Una vez transcurrido el tiempo prescrito por las leyes, la mujer entraría en posesión de la herencia, y ¡adiós!

Pero tan fatigado, tan postrado, con aquel corazón más árido y más seco que la greda de la montaña, ¿le importaba ya, realmente, volver vivo a la vida de antes? ¿Tenía motivos para echar de menos todo cuanto le faltaba, si para volver a alcanzarlo tendría que ser a costa del amargo hastío de antes? ¿No se arrastraba antes, en el pueblo, bajo el peso de un tedio insoportable? Aquí, por lo menos, se hallaba tendido y sin reprensiones.

Los días se le pasaban, en aquel silencio de altura, casi fuera del tiempo, vacíos de todo sentido y sin objeto. En aquella vacuidad suspensa, hasta la misma intimidad de su propia conciencia se le paralizaba; miraba sus hombros y la tierra de la cueva, como las únicas cosas que existieran; y fijaba los ojos en su mano como si existiese sólo por ella misma como aquellas piedras y aquellas malezas en aislamiento espantoso.

Sólo que, al advertir, paso a paso, que cuanto le había ocurrido no era una desdicha tan grande como en su indignación le había parecido al principio (¿qué desdichas podrían ya ocurrirle a él?), comenzó a reconocer que, realmente, era un duro y grave castigo el que aquellos tres hombres se habían impuesto al conservar la vida.

Muerto, como estaba ya para todos, permanecía vivo sólo para ellos, con todo el peso enorme y vano de aquella vida inútil, de la que él, íntimamente, se sentía ya libre. Podían arrojar, como si nada fuese, aquel peso, que no tenía valor alguno para nadie, del que ya nadie se cuidaba; y, en cambio, cargaban con él, lo soportaban, resignados al castigo que ellos mismos habíanse impuesto. No solamente no se quejaban de él, sino que hacían todo cuanto les era posible por agravar su propio castigo con los cuidados que le prodigaban. Porque le habían tomado afecto los tres, como a una cosa que les perteneciese a ellos, y de la cual extraían misteriosamente una

satisfacción, que su conciencia ni siquiera necesitaba, pero que durante toda la vida hubiesen echado de menos, cuando les llegara a faltar.

Filicó llevó a la cueva un día, a su mujer con un chiquillo al pecho y una niña de la mano. La niña llevaba al «abuelo» una gran rosca de pan «quemado». ¡Con qué ojos habíanse quedado mirándole la madre y la hija! Deberían haber pasado ya varios meses desde el secuestro, y quién sabe en el estado que se encontraba: la barba enmarañada en las mejillas y en el mentón; sucio, andrajoso. Mas reía, para demostrarles una buena acogida, agradecido a la visita y al regalo del pan. No obstante, puede que aquella misma risa en su rostro desvaído, era lo que había causado espanto en la buena mujer y en su hija.

—No, pequeñita, ven aquí... ven aquí... Toma, te daré un trocito: cómelo. ¿Lo ha hecho mamá?

—Mamá...

—¡Muy bien! ¿Tienes hermanitos...? ¿Tres...? ¡Uy, pobre Filicó, cuatro hijos ya...! Tráeme a los muchachos, deseo conocerlos. ¡La semana que viene! Bien. Pero... esperemos que no llegue a ella...

* * *

Y llegó. ¡Ya lo creo! Largo, muy largo, quiso Dios que fuese el castigo.

¡Duró más de dos meses aún!

Murió un domingo, un hermoso atardecer en que, allá arriba, había tanta luz aún como en pleno día. Filicó había llevado sus hijos a ver al «abuelo» y «Manuza» los suyos. Murió entre aquellos chiquillos, mientras bromeaba con ellos —como un chiquillo más—, disfrazado con un pañuelo rojo sobre los cabellos lanosos.

Los tres acudieron a levantarlo del suelo cuando le vieron caer de repente, mientras reía y hacía reír tanto a los niños.

¿Muerto?

Apartaron a los chiquillos; los hicieron retirar con las mujeres. Y le lloraron, le lloraron, arrodillados los tres junto al cadáver, y rogaron a Dios por él y también por ellos. Luego le enterraron en la cueva.

Durante toda la vida, si alguien por casualidad nombraba delante de ellos a Guarnotta y su misteriosa desaparición:

—¡Un santo!—decían—¡Oh! ¡Ese se ha ido con zapatos y todo al cielo!

Porque el purgatorio, bien lo había pasado en este mundo, por culpa de ellos.

INDICE

	Págs.
PORTADA.	3
De cómo Cirinció olvidóse por un momento, que era él.	5
El café nocturno.	20
De la nariz al cielo.	32
Las tres.	55
La pensión vitalicia.	68
Ayer y hoy.	116
Como gemelas.	151
Hilito de aire.	145
Un matrimonio ideal.	156
El marido de mi mujer.	169
La sombra del remordimiento.	179
El cuervo de Mizzaro.	202
El frac estrecho.	210
El jardincillo.	254
El secuestro.	248

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1740. 1625 MONTERREY, MEXICO

Murió un domingo, un hermoso atardecer en que, allá arriba, había tanta luz aún como en pleno día. Filicó había llevado sus hijos a ver al «abuelo» y «Manuza» los suyos. Murió entre aquellos chiquillos, mientras bromeaba con ellos —como un chiquillo más—, disfrazado con un pañuelo rojo sobre los cabellos lanosos.

Los tres acudieron a levantarlo del suelo cuando le vieron caer de repente, mientras reía y hacía reír tanto a los niños.

¿Muerto?

Apartaron a los chiquillos; los hicieron retirar con las mujeres. Y le lloraron, le lloraron, arrodillados los tres junto al cadáver, y rogaron a Dios por él y también por ellos. Luego le enterraron en la cueva.

Durante toda la vida, si alguien por casualidad nombraba delante de ellos a Guarnotta y su misteriosa desaparición:

—¡Un santo!—decían—¡Oh! ¡Ese se ha ido con zapatos y todo al cielo!

Porque el purgatorio, bien lo había pasado en este mundo, por culpa de ellos.

INDICE

	Págs.
PORTADA.	3
De cómo Cirinció olvidóse por un momento, que era él.	5
El café nocturno.	20
De la nariz al cielo.	32
Las tres.	55
La pensión vitalicia.	68
Ayer y hoy.	116
Como gemelas.	151
Hilito de aire.	145
Un matrimonio ideal.	156
El marido de mi mujer.	169
La sombra del remordimiento.	179
El cuervo de Mizzaro.	202
El frac estrecho.	210
El jardincillo.	254
El secuestro.	248

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1740. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

100